



FRANK McFAIR

LA RUTA DE LA LOCURA





San Bernardo, 68 - MADRID

C O L E C C I O N

F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (3.ª edición.)
Núm. 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (2.ª edición.)
Núm. 3.—EL REY DEL HAMP'A, por Fred Baxter (2.ª edición.)
Núm. 4.—EL COBARDE, por Alf Manz.
Núm. 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
Núm. 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
Núm. 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.

En preparación:

SHANGHAI
ESPIAS EN LA NOCHE.
T A N G E R.

I



L «taxi» se detuvo junto al cordón de la acera, y Martin Farrell descendió de él. Sacó un billete de su bolsillo y pagó al taxista. Luego, se enfrentó con la casa, la que constaba de dos plantas y tenía un pequeño jardincillo delante.

Hacía muy cerca de dos años que no veía aquella casa. Es decir, todo el tiempo que pasó recorriendo Sudamérica. Ya casi se le hacían extrañas muchas cosas en Nueva York, como, por ejemplo, los colores de las compañías de «taxis», la enorme cantidad de bares y clubs nocturnos que habían aparecido, como hongos en un criadero, por todas partes. Lo único que no había cambiado, se dijo, sonriendo, eran las mujeres. Precisamente acababa de pasar una por su lado, que ¡vaya!...

Muy decidido, llamó a la puerta. El ladrido de un perro le

contestó desde la casa, y al instante, y mientras un mayordomo impresionante le abría la puerta, una bola peluda, llena de ladridos y de gemidos de alegría, le cayó en los brazos.

—¿Quién me tira perros? —preguntó Martin, sonriendo y acariciando la erizada cabeza del terrier—. ¿Qué hay, «Binky»? ¿Te cuidan bien, hijo?

—Es un placer ver de nuevo al señor —dijo el mayordomo—. La señora saldrá, ahora mismo. Está...

—Está aquí —exclamó una voz femenina.

Y al instante, «Binky», gruñendo un poco, se vio obligado a dejar sitio a una muchacha pelirroja, cuyas facciones tenían una extraña semejanza con las de Martin.

—¡Caramba, Martha! —dijo éste, separándola un momento—. No has cambiado ni pizca. Si acaso, te pusiste más bonita que antes. Pareces más... mujer, diría yo.

—Los primeros serán veinticuatro —dijo ella con acento de tristeza, pero bailándole la risa en los azules ojos—. Anda, ven; siéntate, conmigo.

Se lo llevó casi arrastrando hasta una acogedora salita, cuyo diminuto tamaño contrastaba extrañamente con las dimensiones de los demás cuartos de la casa. Le hizo sentar en una butaca y le acercó una botella y un sifón. Luego le miró intensamente.

—También tú has envejecido, Marty —observó—. Tienes arruguillas en torno a los ojos, cuando te sonríes, y alguna cana de cuando en cuando. ¿Quién diría que solamente tienes...; déjame pensar... veintiocho, no?

—Tú lo dices. No hay ningún derecho para que, de cuando en cuando, algún cabello se me vuelva blanco, a no ser que sea un capricho de mamá Naturaleza. Dicen que los hombres canosos atraen más a las mujeres que los que son demasiado jóvenes. No me mires tanto, que acabarás por ponerme en un apuro. ¿Y tu marido?

—Vendrá ahora mismo.

Tocó un timbre y el mayordomo apareció casi al instante, como si no tuviera otra cosa que hacer más que esperar detrás de las puertas a que su señora le llamase.

—Cigarrillos —ordenó Martha Farrell. Es decir, Martha Owen, pensó Martin. Como si no hiciera tres años que se había casado con Archie Owen, él siempre pensaba en su hermana no como la señora

de Archie, sino como Martha. Habían estado siempre tan unidos, que era difícil acomodarse a la idea.

—Esta noche damos una fiesta, querido —dijo la joven de pronto.

—¿Para celebrar mi regreso? Hombre, muy agradecido, pero no veo por qué...

—No seas insolente, Marty. Lo de menos es que hayas vuelto o no. No, es que hay otras noticias.

—¿Cuáles?

—Ya lo sabrás luego. Tú te quedas aquí hasta la hora de la fiesta, ¿verdad?

—Iré un momento a cambiarme de traje, entonces.

En aquel momento, Owen entró como una tromba en la habitación. Parecía aún más alegre, boyante e irresistible que cuando Martin le conociera. Positivamente, era imposible permanecer a su lado más allá de cinco minutos sin sentirse uno penetrado de su optimismo y alegría.

Estrechó la mano de Martin con tanta fuerza que casi se la estrujó, preguntándole al mismo tiempo dónde había estado, qué había hecho, qué tal se había portado y a cuántas chicas había conquistado. Luego, cogió a su mujer en brazos, la levantó del suelo, le hizo dar varias vueltas y de pronto, pareciendo recordar algo, la dejó suavemente en un sillón. Martin le observaba sonriendo. No cabía duda de que el cariño de Archie por su hermana tampoco había disminuido. Al contrario, por la manera que tenía de mirarla, parecía que iba a comérsela al poco rato.

—¿Qué te parece, Marty? —preguntó, volviéndose hacia su cuñado—. ¿No es maravilloso? Tengo la mujer más bonita de toda Nueva York, Chicago, Filadelfia y Los Ángeles, incluyendo Hollywood, y esta mujer, además...

Martha se levantó y, jadeante todavía, le puso un dedo en los labios. Archie la miró muy apurado. Era indudable que «aquello», lo que fuese, era algo que no podría guardar mucho tiempo en secreto. Estallaría de un momento a otro.

—¡Qué...! —dijo—. Después de todo, es tu hermano, ¿no? Pues tiene derecho a saberlo.

—Claro que sí —dijo Martin, encendiendo un cigarrillo y sirviéndose un segundo «*whisky*». Arcille Owen sabía cuidarse, no

cabía duda. Sus licores no costaban menos de nueve dólares la botella—. Vamos, Martha, déjate de secretos. Después de todo, soy tu hermano.

—Martha va a tener un bebé —respondió Archie, estallando, por fin—. ¿Eh? ¿No es magnífico? Un bebé, hombre, ¿te das cuenta? Un chico, guapo como la madre y con la inteligencia del padre. ¿Qué te parece?

—Podría ser una niña, con la cara del padre y con la inteligencia de la madre. Estaríais aviados entonces —dijo Martin gruñonamente, haciéndole un rápido guiño a su hermana—. Además, no veo que haya de maravilloso en tener un bebé. Muchas mujeres lo hacen todos los días y, sin embargo, aún no he visto manifestaciones en las calles con ese motivo. A no ser, claro, en Inglaterra; pero, para ello, tiene que nacerles un niño a los reyes.

Archie pareció muy alicaído de pronto y, desde luego, algo ofendido.

—No podrás darte cuenta de ello, sería inútil discutir contigo. Cásate; anda, cástate, y verás si no te parece que «sí» debiera haber manifestaciones cuando algo así le ocurre a uno. Lo que pasa es que careces de sentimientos paternos, eso es. Debí esperármelo. Un cuñado policía es una de las cosas con las que no se debería cargar jamás. Ni siquiera por una Martha.

Y se bebió un vaso entero de «*whisky*». Martin le palmeó la espalda.

—Agente federal, Archie, no policía. Conozco algunos tipos que te darían un puñetazo en la nariz si les llamasas policías. Pero, bueno, hombre, te felicito, de veras. No me desagrada la idea de convertirme en tío, aunque lo mejor que podéis esperar los dos es que el bebé se parezca a mí, si es un chico.

—Felicita a Martha —dijo Archie ya más tranquilizado—. Ella también tiene algo que ver con esto.

Pero Martha estaba muy enfadada.

—Sí, hombre. Pasaos la tarde discutiendo los méritos relativos de cada uno de vosotros, pero no olvidéis que seré yo la que tenga al chico. Y siempre puedo oponer un completo «no ha lugar» a todo lo que digáis.

Martin llenó su vaso de nuevo. Ofreció una copa a Archie y otra a su hermana y luego levantó su vaso.

—Por Martin Owen —dijo.

—No podrá ser —dijo Archie—. Mi padre quiere que se llame como él. Me ha costado mucho trabajo convencerle para que no se llevase a Martha a un sanatorio, en cuanto se enteró de lo del bebé. Está rabiando por ser abuelo. Pero bueno; no importa, pienso tener más enseguida. Uno de ellos se llamará como tú.

—No ha lugar —indicó Martha—. Uno está bien.

Martin se rió a carcajadas. Hacía tiempo que no se reía tan a gusto, ni se encontraba tan bien. Durante dos años había estado echando de menos las excitantes peleas de su hermana y de su cuñado, peleas que terminaban siempre porque el pobre Owen pedía perdón a su esposa muy compungido. La verdad es que, desde el día que la conoció en un baile, no había podido nunca separarse de ella por más tiempo que unas horas. Se casaron casi enseguida.

Martin se volvió a arrellanar en su sillón y cerró los ojos.

—No discutáis más, chicos.

Archie se sentó a su lado, en una sillita pequeña, que crujió bajo su peso.

—Anda, cuéntame qué has hecho por ahí, por Sudamérica. Una vez estuve en Río, ya lo sabes, pero apenas tuve tiempo de fijarme en la ciudad. Iba por negocios, claro.

—Claro —contestó Martin humorísticamente—. Bueno; pues ya lo sabes, cosas del servicio. Secreto profesional, señor.

De pronto se dio cuenta de que algo no andaba todo lo bien que debiera. El caso es que, cuando habló de «secreto profesional», se dio cuenta de que su hermana y su cuñado cambiaban una mirada extraña.

—¿Qué os ocurre, chicos?

No contestaron de momento. Luego, como si hubiera estado reteniéndolo para soltarlo de pronto, Martha dijo:

—Quisiéramos consultarte una cosa, Marty. Es necesario que nos aconsejes.

—Sí, eso es —repitió Owen—. Es necesario que nos aconsejes.

—Bueno; pues lo haré si me decís de qué se trata. No tengo ganas de adivinar ahora. ¿Qué os parecería si empezaseis por el principio? Es una buena manera.

En silencio, volvieron a mirarse los dos esposos de nuevo. Owen se levantó y paseó a grandes zancadas por el cuarto. Una de las

veces que pasaba junto a Martha, ésta le cogió y le hizo sentarse en uno de los brazos del sillón.

—Espero que no hayáis cometido ningún crimen —dijo Martin, recreándose ante el evidente desconcierto de los otros—. Ya sabéis que soy un agente incorruptible. Metería en la cárcel a mi propio cuñado si hiciera alguna cosa fuera de la ley. Por ejemplo, cortar el pescado con cuchillo o cazar el zorro con escopeta. Vamos, abridle vuestro corazón al viejo, Marty. Ya veréis cómo él os ayuda a salir del lío. Después de todo, siempre hay alguna jovencita apenada que quiere llorar sobre la pechera de mi camisa.

—Se trata de... —empezó Martha.

La interrumpió la llegada del mayordomo. Detrás de él se oyó un leve y airoso taconeo y una muchacha apareció a espaldas del criado.

—Soy yo, queridos —dijo—. ¿Cómo estáis?

Y penetró en la habitación. Los dos hombres se pusieron en pie; Martin, reprimiendo un gesto de admiración, y Archie, uno de sorpresa. El gesto de Martin Farrell tenía justificación, porque, a pesar de que estaba acostumbrado a ver muchachas bonitas a menudo, ésta sobrepasaba todo lo que hasta entonces hubiera podido admirar.

Tenía un pelo rubio, del color del trigo tostado, que se aureolaba alrededor de la cabeza, pareciendo, al reflejar el sol en sus puntas, como una Aurea corona. Una tez blanca, de porcelana, con delicioso carmín en las mejillas. Una boca roja, ni pequeña ni grande, sino del tamaño justo para hacerla bonita como una flor, según pensó Marty. Y unos ojos azules, a los que bastaba mirar a un hombre para dejarlo casi sin sentido.

Y, para más, todo ello montado sobre un cuerpo que hubiera hecho llorar de envidia a Cleopatra. Era, en fin, una de esas muchachas que paran la circulación y obligan a los guardias a ir dispersando la muchedumbre que la rodea en cuanto sale a la calle. Martin, por lo menos, jamás había visto nada tan bello en toda su vida.

Martha había interrumpido lo que iba a decir. Se llevó una mano a los labios, pero reaccionó enseguida, y dirigiéndose hacia la otra le pasó un brazo por el talle.

—Martin, quiero presentarte a Alberta van Stroewe. ¿No la

recuerdas? Iba conmigo al colegio.

—¡No! —exclamó Martin—. ¿Alberta? ¿Aquella chica de las trenzas colgan...? —Se detuvo a tiempo al oír la carcajada de la muchacha.

—La misma —dijo Alberta, sonriendo aún—. ¿Le parece que estoy peor sin trenzas?

—Siempre dije que esos apéndices eran un insulto —contestó él, estrechándole la mano—. No hay más que verla a usted ahora. ¿No te acuerdas, Martha, de que te lo decía entonces, en aquella época, que el que Alberta van Stroewe usase trenzas era un delito de lesa belleza? ¿No te acuerdas?

—No, no me acuerdo, porque lo estás inventando ahora mismo, querido. En cambio, si me acuerdo de que no te referiste ni una sola vez a Alberta sin añadir: «Esa horrible rubia panocha», o algunas cosas más fuertes aún.

—¡Tocado! —aseguró Martin—. Bueno; de los arrepentidos es el reino de los cielos.

—Vamos a tomar el té —dijo, de pronto, Martha un poco nerviosamente.

El té en casa de los Owen, dirigido por el estirado mayordomo, era una función muy importante. En realidad, a cualquiera de ellos le habría gustado tomarlo sin necesidad de tanta ceremonia, pero no serviría de nada importar un mayordomo de Inglaterra para luego hacer las cosas a la ligera. Así, pues, aquello requería mucho tiempo. Martin se encontró sentado al lado de Alberta, a la que oyó llamar Alby a su hermana. Decidió que era un nombre que le gustaba mucho, y en un aparte le preguntó si podría llamarla así.

—Después de todo, somos viejos conocidos. Llamarla Alby me parece mejor que no pelo de panocha, y, sin embargo, eso le dije una vez, según mi hermana. Yo no logro acordarme.

La joven rió de nuevo. No obstante, había algo en sus ojos que intrigaba a Martin. Parecían un poco velados, no tan brillantes como debieran haber sido, con aquel color tan luminoso. Además, mostraban una extraña tendencia a ocultarse tras los párpados, cuando se la miraba fijamente. Todo ello le llamaba la atención al agente. «El» había visto ya antes aquello, pero no podía acordarse. Es decir, no había visto a la muchacha, sino alguien que hacía lo mismo. Se encogió de hombros. Suponía que aquello carecía de

importancia.

—No te dejes conquistar por mi hermano, Alby —estaba diciendo Martha en aquel momento, mirándola fijamente—. Es un terrible don Juan. Ya te acordarás que en el colegio, más de las tres cuartas partes de las chicas, estaban enamoriscadas de él.

—La otra tercera parte se componía de crías que no llegaban a los diez años —respondió Martin con desfachatez—. Ése era el motivo de que no imitaran a las demás.

—Y ¿no se aprovecha nunca de ese atractivo para las damas? —preguntó Alby mirándole fugazmente.

—Claro. Pero no demasiado. Solamente de cuando en cuando.

—Estoy a salvo —dijo ella, de pronto, rehuyéndole la mirada—. Mi prometido es muy celoso y apenas me deja salir sola.

—¡Prometido! —exclamó Martin—. ¡No me diga que tiene usted un prometido, por Dios! Aunque, pensándolo mejor, con esa cara, no uno, sino algunas docenas se pueden tener. Mala suerte —añadió quejumbrosamente, limpiándose la boca con la servilleta.

—Eso es lo que se saca de andar correteando por ahí —intervino Archie—. Mira, yo afinqué en el mismo sitio y el premio fué que encontré una magnífica mujer y...

Martha le interrumpió cuando ya iba a soltar lo del bebé.

—Además —dijo Alby—, es un partido espléndido. ¿No has oído hablar de Albert van Stroewe?

Martin emitió un apagado silbidito.

—De manera que Alby es su hija, ¿no es así? Caramba. Si me descuido le pido relaciones sin saberlo. Y ¿cómo lo hubiera tomado el viejo ogro de Wall Street?

—¿Debo ofenderme por lo de ogro? —preguntó Alberto abriendo mucho los ojos. Pero, al parecer, era aquello una cosa que no podía hacer durante mucho tiempo. Al instante, los párpados volvieron a ocultar las maravillosas pupilas.

—Era sólo una metáfora —articuló Farrell— para ilustrar el horrible ridículo que hubiese hecho yo si me llego a dejar fascinar por usted. Hay gente en la democrática América que es más aristócrata que los lores británicos. Su padre, y dispense, es uno de ellos.

—Por fortuna, yo me crié en una escuela pública —contestó Alby sin sonreír esta vez—. Gracias a ese detalle, que exigió mi

madre, pude yo conocer a Martha.

Martin se levantó de pronto.

—Lo siento, he de cambiarme de ropa si he de venir a la fiesta.

—¿Trajo usted coche? —dijo Alby, levantándose también.

Al oír la negativa de Marty, se ofreció a llevarlo en el suyo. Ella también había de vestirse, dijo. Mientras salían, el agente tuvo tiempo aún de sorprender una mirada entre su hermana y su esposo. Aquello le irritó y decidió obligarles a decir el secreto cuanto antes.

Un «Lincoln», último modelo, estaba parado junto al encintado. Alby trepó al asiento del chófer y puso las manos sobre el volante, mientras Martin subía a su lado. Pero no llegó a arrancar siquiera. Farrell se dio cuenta del temblor de las manos de la joven; elevó la vista y vio de nuevo aquellos párpados casi transparentes y las vagas pupilas.

—Déjeme conducir a mí —rogó—. Siempre tuve ganas de tener un coche como éste. Cuando era niño cifraba todas mis ilusiones en poder tener algún día un automóvil.

—¿Y ahora? —preguntó ella cambiando de asiento con Farrell.

—Ahora, en que me mire usted una sola vez frente a frente. No lo conseguí en toda la tarde.

Ella rió por lo bajo, musicalmente. Luego le miró a él.

—No, no; ahora, no —protestó Martin—. Podría atropellar a alguien. Si me mira, me deslumbro.

Pero ya no había tan auténtica alegría en su tono. Acababa de acordarse de dónde había visto aquellos síntomas en la faz de una persona. Ahora sabía por qué Alberta van Stroewe no podía, le resultaba muy difícil, mirar a nadie a los ojos durante mucho tiempo. Se sintió desgraciado al saber el secreto.

—¿Quiere que la lleve a casa? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—No, vayamos a la suya y luego volveré yo. Tengo aún que hacer unas compras.

—La acompaño, ¿quiere?

—No, no, de veras que no —contestó ella, pareciendo un poco inquieta y rebullendo en el asiento del coche. Farrell suspiró. También sabía qué es lo que la chica quería hacer, para qué era para lo que quería quedarse sola.

El coche recorrió la Octava Avenida, hasta el cruce con la calle Treinta y Cuatro Oeste. Dos manzanas más allá, en una casa de departamentos situada enfrente de la estación de Pennsylvania, tenía él cuatro habitaciones de soltero.

—La invito a un trago si sube conmigo —le dijo, en un vano intento de hacerla cambiar de idea.

—Gracias —contestó ella un poco secamente—. Le dije que tenía que hacer unas compras. Hasta luego, en casa de Martha.

Y el «Lincoln» arrancó a gran velocidad. Farrell se quedó parado delante de la puerta de su casa, contemplándolo alejarse. Luego, suspiró y entró en el edificio.

II



El hombre iba dejando una estela perfumada, por dónde pasaba. Era un perfume mezcla de loción, agua de colonia y cigarrillos caros. Martin volvió la cabeza, un poco fastidiado. Lo que menos podía él figurarse es que Alberta se iba a presentar allí con aquel tipo. Por cierto que no era un tipo desagradable, ni mucho menos, pero Martin adivinó a la primera ojeada que era un inglés y él no les tenía demasiada simpatía a los ingleses.

—Debe ser su prometido —soliloquió mientras deambulaba por las salas, atestadas de gente casi todas ellas. Cuando Archibald Owen se ponía a hacer las cosas, las hacía bien. Ahora, el dueño de la casa estaba comunicando la grata nueva de que sería padre a un grupo de amigos. Seguramente que muchos de ellos no serían sino

tiralevitas profesionales, hombres siempre a la espera de poder felicitar a alguien para pedirle inmediatamente un favor.

Casi estaba por marcharse, de puro aburrido que se sentía. Había tomado ya varios cócteles y un par de «whiskys», cuando vio a Alberta, que llegaba acompañada del inglés. Inmediatamente desapareció el aburrimiento.

«Ganas me dan de coger a ese tío y pegarle unos cuantos puñetazos. ¿Acaso no se ha dado cuenta de cómo viene ella?», pensó, furioso, buscándolos con la vista.

Y es que Alby van Stroewe iba completamente embriagada, pero no porque hubiese tomado alcohol, sino porque se había puesto una Inyección de morfina, quién sabe si la cuarta o quinta del día. Ésa era la explicación de sus gestos extraños, en los que ninguno de los que la rodeaban parecía darse cuenta.

Antes de alcanzar a Alberta, tropezó con su hermana. Martha le tomó del brazo.

—Ven, Marty, quiero hablarte, pero aquí no puede ser. Archi me ha pedido que te explique yo lo que queríamos decirte esta tarde.

—¿Ahora? —preguntó Martin, preocupado—. Le interesaba más encontrar a Alberta.

—Sí, es necesario. Anda, ven, Marty.

No tuvo más remedio que seguirla hasta la salita donde estuvieran aquella tarde. Martha se sentó, un poco fatigada, pero él quedó en pie, taconeando de cuando en cuando impacientemente.

—Se trata de Alby —dijo Martha de pronto—. No sé cómo empezar, pero...

Martin se inclinó sobre su hermana con expresión de alivio.

—¿Crees que no le sirven a tu hermano los ojos para nada? Y esta noche está completamente «dopada», como dirían los sudamericanos. ¿Hace mucho que toma morfina?

Martha le miró muy asombrada.

—Caramba —dijo—. Pues debe hacer un par de años, o cosa así. Desde luego, debió empezar después de casarme yo, conque ya ves que no puede hacer mucho tiempo. Pero es que creo que lo toma como todas las cosas que hace ella. Con pasión. Eso es. Cuando estábamos en el colegio, reñíamos a menudo porque ella era una apasionada por todo. Lo mismo por un patín que por un lápiz o un palo de «hockey».

—¡Lástima de chica! —dijo, pensativamente, Martin.

Martha se puso en pie, y cogió a su hermano por las solapas.

—¿No podrías hacer algo, Marty? Después de todo, eres agente federal, ¿no? Pues el uso de drogas está penado por el Gobierno. A los contrabandistas los meten en la cárcel. ¿No puedes hacer algo?

—¿Poder? Mira, Martha. Tu amiga es hija nada menos que de Albert van Stroewe, uno de los hombres más ricos de la ciudad. Prácticamente tiene en sus manos tal montón de asuntos que podría provocar un pánico en la Bolsa con sólo levantarse un día de mal humor. ¿Tú crees que ese hombre no habrá hecho ya todo lo posible por quitarle la droga a su hija? ¿Crees que no habrá tratado de encontrar a los contrabandistas para meterlos en la cárcel? Vaya si lo habrá hecho. Y cuando su hija sigue teniendo droga a su disposición (y ten en cuenta que esta tarde sólo se marchó de aquí para ir a ponerse una inyección) es que su padre no ha conseguido nada. ¿La quiere el viejo?

—¡Que si la quiere! Hombre, si desde que murió la mujer, el hombre no ha sido más que un pelele en manos de Alby.

Martha se dejó caer en el sillón de nuevo y escondió la cara entre las manos.

—Tú también pareces quererla bastante —observó Martin.

—Es imposible no hacerlo. Era, hasta que empezó a tomar drogas, la chica más... yo no sé cómo decirte. ¡Sí!, la más pura y más Inocente de todas las de nuestro grupo, si es que me entiendes. Parecía que ninguna de esas pequeñas cosas que hacen que una chica se rebaje a veces, como mentirillas, hurtos sin importancia, salir con un chico y ser besada, pudiera tocarla siquiera. Generosa hasta la locura, buena compañera, amiga leal en todo momento y la persona más sincera que conocí jamás.

—Esas personas sólo nacen una cada siglo, querida —dijo Martin apretando los labios—. Escucha, trataré de hacer algo, pero sólo por ti.

Me parece que ella ya debe estar lista para el entierro.

—No, Marty. Sin decirle a ella nada me fui a ver a un toxicólogo. Me dijo que si solamente hacía un par de años que la tomaba, podría curarse con relativa facilidad. Pero que hacía falta que ella quisiera.

—Y ella, ¿no quiere?

—No lo sé, Marty —respondió su hermana levantando hacia él los atormentados ojos—. Una sola vez le hice un ligero reproche, una insinuación velada. Bueno; pues me miró como si hubiese visto un fantasma y luego me dijo: «¡Pobre Martha! No te imaginas siquiera lo que veinticuatro horas pueden cambiar a una persona». Eso me dijo. No lo entendí, pero quiero demasiado a Alby para abandonarla. ¿Me ayudarás, Marty?

—Lo haré, querida. Si descubro que ella se proporcionó la droga sin que haya una banda de contrabandistas por ahí, no podré hacer nada, sino dejar la cosa. Pero si hay una pandilla, entonces contaré con todo el apoyo del

F. B. I.,

querida. Y somos muy fuertes.

—¿Quieres decir que empezarás... solo?

—Sí, señora. La organización no puede preocuparse porque una muchacha tome drogas. Hay que «saber» si es que alguien en especial reparte esas drogas. ¿Comprendes?

—Sí —contestó ella, pensativamente—. Tengo mucha confianza en ti, Marty. Siempre han dicho tus jefes que eres de los mejores agentes, ¿no?

—Me adulaban. Bueno; anda, vuelve con Archie y deja esto en mis manos. Trataremos de lograr algo enseguida.

Martin volvió a los salones y buscó de nuevo a Alby. Al fin la distinguió en un rincón con su rubio acompañante. Se acercó a ellos.

—Buenas noches —dijo, sonriendo—. Ya creí que no la encontraría.

La examinó con atención, pero procurando que ni ella ni el otro se diesen cuenta.

—Hola —ella movió el brazo vagamente—. ¿No conoce al señor Satterwhite? El señor Farrell.

El inglés hizo una ligera inclinación con la cabeza, Tenía unos ojos muy azules, fríos e impersonales.

—Encantado —dijo, escuetamente.

—¿Cómo está usted? —preguntó Martin. Se volvió de nuevo a la joven—. ¿Qué le parece si bailamos un poco? En la otra sala hay música. Y, por cierto, que me gustaría bailar un rato.

—Gracias, no —dijo ella—. Estoy un poco cansada. Siéntese aquí

y charlaremos. ¿No sabes, John? —añadió, dirigiéndose al rubio—. Marty Farrell es el hermano de Martha. Ya nos conocíamos cuando ella y yo íbamos al colegio. ¿No es espléndido?

Farrell miró rápidamente al inglés. La cara de éste continuaba inescrutable. Martin sintió deseos de golpearle. Le parecía imposible que nadie dejara de darse cuenta de lo que le ocurría a la joven.

—Debería salir un rato al jardín —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. Quizá es que aquí hace demasiado calor; pero, Alby, no tiene usted cara de encontrarse muy bien.

—¿Yo? —preguntó Alberta—. Pero si me encuentro maravillosamente. Lo único que necesito es beber algo. ¿Quién quiere traérmelo?

—Yo mismo —dijo enseguida el rubio. E hizo un ademán de alejarse. Farrell se movió al mismo tiempo que él, separándose de la joven. De pronto, tomó al inglés del brazo.

—Oiga —dijo—. ¿No cree que sería mejor sacar de aquí a esa muchacha? En este momento, lo que más le conviene es dormir.

—¿De veras? —preguntó Satterwhite sacudiéndose la mano de Farrell y mirándole fríamente—. Dispense. No acostumbro interponerme en las diversiones de los demás. Si la señorita —recalcó la palabra «señorita»—. Van Stroewe quiere permanecer aquí, no tengo ninguna razón para tratar de impedírselo. Ni quiero, tampoco.

—Entonces lo haré yo —dijo Martin, furioso.

Se alejó a grandes pasos y se dirigió hacia Alby. Ésta miraba a su alrededor de una manera vaga, como si le costase mucho trabajo fijar la vista en alguna parte. Farrell le dio un golpecito en el hombro.

—Venga conmigo —le dijo sin contemplaciones.

Ella levantó la vista.

—¡Ah, el señor Martin Farrell! Y ¿para qué he de ir con usted?

Marty apretó los labios y una mirada dura apareció en sus ojos. Era la mirada que tan bien conocían un montón de malhechores en las dos Américas.

—Mire —dijo—. Si no viene ahora mismo conmigo haré una escena. Ya sé que eso le dolerá a Martha y a Archie, pero todo el mundo se enterará de que está usted empapada de morfina. ¿Lo prefiere así?

Una densa palidez se extendió por la cara de la joven. Martín trató de mantenerse fuerte a pesar de que le emocionaba aquella palidez. Pero era necesario hacer algo.

—¡Yo...! —empezó ella—. ¿Cómo se atreve usted?

—Déjese de pamemas. Mire —levantó la manga de ella, a pesar de su resistencia, y le mostró las picaduras de las inyecciones en su brazo—. Y si registramos su bolso, seguro que encontraremos las ampollas. ¿Qué prefiere?

Alby hizo ademán de levantarse. En aquel momento, alguien se puso al lado de Marty. Se trataba del inglés, nuevamente.

—Se me olvidó advertirle, señor Farrell, que no molestase a *miss* Van Stroewe —dijo, secamente.

Martin no le hizo ningún caso. Ajustaría cuentas con él después.

—Vamos, Alby —ordenó.

La muchacha le siguió como una autómatas, perdida su voluntad ante el temor del posible escándalo. Después de una ligera vacilación, Satterwhite les siguió. En el camino se encontraron con Martha, que avanzaba hacia ellos cogida del brazo de su esposo. Martin les hizo una rápida seña y Alby se despidió rápidamente, diciendo que tenía que marcharse.

Ya en la calle, Martin subió al coche de la muchacha y se puso ante el volante. El inglés se colocó detrás de él y la muchacha hizo ademán de subir.

—Espere un momento, *miss* Van Stroewe —dijo Satterwhite de pronto—. Quiero que sepa que si usted no lo desea, no tiene ninguna obligación de seguir a este individuo. Ignoro la clase de relaciones que la unen a él, pero su conducta es...

—Ahora es cuando me cansé, hermano —dijo Martin con ira. Se apeó del coche y se enfrentó con el otro—. Yo también ignoro qué clase de tipo es usted; pero, desde luego, no me gusta. Lárguese: es un consejo muy bueno. De lo contrario...

—¿De lo contrario, qué? —preguntó el otro sin perder la calma.

—Le romperé la cara.

—¿De veras? Bueno; puede probar.

Marty le lanzó un puñetazo al mentón, pero el inglés hurtó el cuerpo muy a tiempo. Inmediatamente contestó con un golpe que alcanzó a Farrell en el costado izquierdo de la cara. El golpe fue fuerte, pero el agente era duro como el pedernal. De su abuelo,

irlandés, había heredado el pelo rojizo y singulares aptitudes para la lucha. Además, por regla general, el agente federal ha de conocer toda clase de luchas.

Fue cosa de un segundo. Amenazó de nuevo la cara de Satterwhite, y cuando éste se la protegió, le golpeó furiosamente en el epigastrio. Su contrario exhaló el aliento con un quejido ahogado y hubiera caído a tierra a no sujetarle Martin. Lo mantuvo un momento así y luego lo soltó. Pero en el momento en que iba a meterle de nuevo en el coche, un policía llegó corriendo. Las peleas en medio de la Octava Avenida, y a las ocho de una tarde de primavera, no son frecuentes.

—¡Eh, amigos, quietos! —gritó.

Farrell, ahogando una maldición, echó mano al bolsillo. El policía, rápido como el relámpago, sacó su revólver, pero lo que Farrell le estaba mostrando no era un arma, sino una chapa, que el oficial contempló con respeto.

Y fue en aquel momento cuando el coche echó a andar, deslizándose, suave y casi silenciosamente, sobre el asfalto, alcanzando enseguida una gran velocidad. La joven lo había puesto en marcha mientras los hombres peleaban y ahora escapaba. Farrell maldijo en alta voz y, con gran sorpresa suya, el inglés hizo lo mismo desde el suelo.

—Es usted un tonto de nacimiento —dijo Satterwhite incorporándose. El policía miraba a ambos curiosamente, pero al oír que se insultaba a un agente, gruñó en tono de amenaza.

Farrell no le hizo caso. Alzó la mano, y un «taxi» vacío que avanzaba lentamente por entre el tráfico, se acercó a la acera.

—Si alcanza a aquel coche —dijo, señalándoselo, ya que el «auto» de la joven se había visto detenido por el farol rojo de la esquina de la calle Veintitrés— habrá dos dólares para usted.

El taxista soltó el freno de mano.

—Seguro, amigo. Dio usted con el hombre que necesitaba. Si se me pierde, me como el contador.

En el momento en que arrancaba, la portezuela se abrió y el inglés se metió de rondón en el «auto». Farrell le echó una mirada de ira y se dispuso a pelear por la posesión del vehículo. El guardia se quedaba atrás, no sabiendo si liarse a tocar el silbato o marcharse a hacer su ronda.

—Espere un poco —dijo Satterwhite—. No tengo ganas de que me vuelva a golpear. Esa chapa que le enseñó usted al oficial...

—Con esa chapa puedo pegar a un tipo delante de la Policía y ésta no dirá ni media palabra. ¡Aprisa, chófer!

El «taxi» sorteó a dos camiones enormes que avanzaban paralelamente y casi fue a meter el motor en la trasera de un reluciente «Cadillac». Las ocho y media es una hora en la que toda Manhattan está todavía congestionada. En aquel momento, la gente se disponía a salir ya de la isla, y el túnel de Lincoln, el puente de Washington, rebosaba de vehículos. Es difícil conducir en esas condiciones, pero el chófer era muy bueno. En todo el trayecto entre las calles Veintitrés y Catorce, no perdieron de vista ni un solo momento al «Lincoln» de la joven. Mientras, Farrell se dispuso para entendérselas con su acompañante.

—Escuche —le dijo—. No sé quién es usted ni me importa, pero le voy a decir unas cuantas cosas. Y procure no olvidar que está hablando con un agente federal norteamericano, no con un blandengue detective de su país, señor Satterwhite. ¿No se había usted fijado que esa chica estaba empapada de morfina? ¿Cuándo conoció a Alberta y dónde? Va usted a contestarme o, cuando lleguemos al destino, le van a tener que sacar con una espuerta. Hable.

Hubo un brillo humorístico en los azules ojos del inglés. Con su cara sonrosada parecía un gran bebé, así, al sonreír. Pero Martin había visto aquellos ojos brillar peligrosamente hacía muy poco tiempo y no se confió. Por el contrario, echó mano al sobaco, donde llevaba la funda de su pistola. El inglés alzó los dos brazos.

—Antes le llamé tonto, Farrell, pero no lo repetiré. No es usted tonto, pero sí muy precipitado. Claro que sabía que la señorita Van Stroewe estaba llena de morfina. Ésa era, precisamente, la razón por la cual yo la acompañaba.

—¡Qué! —preguntó Farrell, sorprendido.

El inglés se inclinó hacia él, y un poco más confidencialmente, añadió:

—¿Guardará un secreto?

—¡Al diablo con usted y con sus secretos! —bramó Farrell—. Va usted a hablar, quiera o no quiera, y a dejarse de tonterías.

En aquel momento el chófer tomó la calle Catorce y dobló a la

Séptima Avenida. A unas treinta yardas delante de ellos, el «Lincoln» se abría paso entre el tráfico. Ese mismo tráfico podía ser causa de que el mecánico del «taxi» perdiese la pista, de manera que Farrell se inclinó sobre el cristal, sin separar los ojos del negro coche.

En Greenwich empezó a aclararse la circulación. Satterwhite no se había movido de su asiento y parecía desentendido de todo. Farrell se sintió incapaz de aguantar más.

—Bueno, amigo, ¿va usted a hablar?

El inglés pareció tomar una decisión. Miró a Martin seriamente.

—Escuche. Sé que al decirle esto me pongo en sus manos y sentiría que se me dificultase la labor, pero me parece que no tendré más remedio que decirle una cosa. Estoy aquí comisionado por mi país.

—¿No puede inventar otra cosa? —Gruñó Farrell—. Eso está muy visto, compañero.

—Pues visto o no, es la verdad. Mire.

Sacó un papel del bolsillo interior de la chaqueta y se lo mostró a Martin. Éste lo leyó atentamente.

—La organización a la que pertenece usted sabe todo lo referente a mí —dijo Satterwhite—. Creo que el F.B.I. y nosotros estamos colaborando. Pero hasta hace media hora ignoraba que ya hubiesen puesto en movimiento a los agentes federales.

—Intelligence, ¿eh? —preguntó Martin devolviéndole el papel—. ¿Qué se trae entre manos?

—Ese guardia nos va a fastidiar —dijo, de pronto, el chófer del «taxi» frenando bruscamente ante la porra levantada de un agente de la circulación en la esquina de la calle Christopher.

—Y sería una lástima —agregó Satterwhite—. Tenía esperanzas de saber algo esta misma noche. ¿Qué cuál es mi juego? Parece mentira que sea usted el que lo pregunta. El mismo que el suyo.

Martin pensó durante un momento. Si el Intelligence Service estaba colaborando con la Oficina de Investigación Federal, y si encontraba a un agente británico acompañando a una adicta a las drogas, lo más probable es que se tratase de lo mismo que su hermana le había pedido que investigase. No quiso confesar su ignorancia. El Departamento de Drogas del F.B.I. estaría, seguramente, detrás de alguna pista ya.

—¿Qué es lo que sabe? —preguntó en el momento en que el disco rojo se tornaba verde.

El «taxi» arrancó como una centella, pero Farrell vio indeciso al mecánico. Habían perdido la pista. El «Lincoln» de Alby igual había podido seguir por la calle Christopher, hacia los muelles, o seguir por la calle de Hudson. Farrell se echó sobre su asiento ahogando una maldición.

—Estamos listos —anunció.

El inglés no pareció oírle. Luego, de pronto, dijo:

—¿Va usted a seguir utilizando el «taxi»?

—¡Infiernos, sí! —contestó Martin—. ¿Qué quiere? ¿Qué me vaya a casa andando?

—Pues entonces yo tomaré otro. He de regresar a mi hotel. Me arruinó la noche, Farrell. Y quizá hubiese sido la decisiva. Ahora tendré que volver a empezar.

—Aguarde un poco. Podríamos charlar un poco antes, ¿no le parece? Podríamos tomar algo ahí, en ese bar.

Satterwhite dudó un momento, Luego se decidió.

—Bueno. No me vendría mal un poco de «*whisky*».

Se apearon y entraron en el bar. Farrell eligió una mesa apartada de las demás y se sentó, encargándole media botella de «*whisky*» al camarero. Llenó dos copas y miró a su compañero.

—Ahora —dijo—. Ya puede hablar.

MÁS REALIDADES:

TIGER, EL SOLITARIO. (Agotada.)

EL ESPIA FANTASMA. (Agotada.)

de la Colección

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

III



ARTY Farrell se apeó del «taxi» en la esquina de la Calle 48 y la Quinta Avenida. Dos manzanas más allá se elevaba la Catedral de San Patricio, irguiendo sus torres y agujas seudogóticas en un vano intento de sobresalir por entre las ciclópeas construcciones de los gigantescos rascacielos del Rockefeller Center, que, frente a ella, parecían montarle una guardia de honor. Algo así, se dijo Farrell, como cuando los granaderos de la Guardia Real se inclinaban respetuosos ante la pequeña figura de la reina de Inglaterra, como él viera en su último viaje a Gran Bretaña. A veces, Marty Farrell se sentía un poco poeta.

A su derecha había un palacete de tres pisos, separado de la calzada por una verja de hierro forjado.

—Deben tener dinero a montones —dijo Farrell—. Seguramente

que sus antepasados emigraron aquí cuando los indios aún, circulaban libremente por la otra orilla del Hudson.

Empujó la verja, caminó varios pasos por un caminito de baldosas y se detuvo ante la puerta principal. Su llamada fue contestada por un mayordomo de erguido empaque, más alto aún que Farrell. Unas grandes patillas ajamonadas encuadraban su cara, de una altivez superior a la de cualquier conde británico. Pero Farrell era muy difícil de intimidar.

—Quiero ver a míster Van Stroewe —dijo, concisamente.

El mayordomo volvió a mirarle de arriba abajo, con pocas muestras de respeto, Marty sintió que le ardían las orejas.

—¿No me oyó? —preguntó de nuevo brillándole los azules ojos.

—Sí, señor —respondió el otro, imperturbable—. Pero me temo que el señor no pueda recibirle ahora. Está... muy ocupado.

Aquella manera de hablar, marcando pausas que indicaban al visitante la poca importancia que se le concedía, encendió a Marty de ira.

—He de verlo —dijo—. Y esté usted seguro, cara de palo, de que me recibirá. ¿Prefiere que pase yo, o va a anunciarme?

Hubo un ligero revuelo detrás del mayordomo, mientras éste, perdía su impasible expresión ante la amenaza.

—¿Qué ocurre? —preguntó una voz masculina, gravemente modulada.

El mayordomo se volvió a medias y contestó con tono respetuoso:

—Éste... caballero desea ver al señor, míster Cardigan.

Se apartó y dejó paso a un hombre joven, de unos treinta años, de mediana estatura e impecablemente vestido. Llevaba bajo el brazo una carpeta grande que debía contener documentos. Miró a Farrell con expresión interrogativa.

—Soy el secretario de míster Van Stroewe —dijo—. ¿No podría...?

—Es un asunto personal —respondió Farrell sintiéndose un poco más a gusto—. Estoy seguro de que míster Van Stroewe me atenderá cuando sepa mi nombre.

—Si quiere usted darme su tarjeta —dijo el secretario iniciando una ligera sonrisa que a nada comprometía—, veríamos lo que se puede hacer.

Pero Marty jamás llevaba tarjetas suyas. Eso es muy peligroso cuando se tiene su género de vida. Por de pronto, a nadie le interesaba su dirección.

—Dígale que está aquí Martin Farrell, el hermano de Martha Owen. Con eso bastará.

—Bien. Siéntese, por favor Volveré enseguida.

Farrell le hizo un guiño burlesco al mayordomo y se sentó en un sillón del amplio «hall», al lado de una estatua de mármol que representaba a un hombre sentado, con la barbilla apoyada en las manos. El mayordomo levantó aún más la cabeza y se retiró al fondo del «hall», decidido, por lo visto, a no perder de vista al visitante.

Pero Cardigan no tardó en volver. Ya no llevaba el portafolios.

—Míster Van Stroewe le recibirá ahora mismo, míster Farrell —dijo—. ¿Tiene la bondad de seguirme?

Atravesaron una serie de habitaciones y cada una de ellas le pareció a Farrell más lujosa que las demás. Era evidente que Van Stroewe no ahorra unos miles de dólares con tal de que ellos le sirvieran para embellecer la casa. Aquello era como un palacio encantado. Incluso, sobre un testero, en una de las salas, Farrell vio un par de cuadros, que le recordaron instantáneamente a otros que viera en París.

—Esos cuadros... —preguntó, dirigiéndose a Cardigan, que caminaba a su lado con pasitos menudos y presurosos.

—Van Goghs auténticos —le respondió el secretario con una sonrisa que mostraba sus blancos e iguales dientes—. Y aquel otro es un Constable. Y aquél, un Corot.

Farrell lanzó un pequeño silbido, pero no dijo nada más. Llegaban a una puerta de roble labrado. Cardigan llamó con los nudillos y, sin esperar respuesta, entró, manteniendo la puerta abierta para que pasara Farrell.

Se encontraron en un enorme despacho, con las paredes cubiertas de anaquelerías de cristal y con dos amplios ventanales al fondo. Delante de los ventanales había una mesa de caoba con tapa de cristal, y detrás de la mesa, un hombre, que se levantó al acercarse Marty.

Era completamente calvo, y debajo de sus ojos azules había unas bolsas enormes. Su boca era fina, de rasgos duros, y las mejillas, un

poco caídas. Recordaba instantáneamente a un perro dogo alemán. Estaba bastante grueso, con una gordura fofa, un poco repelente, pero sus ojos indicaban una inteligencia aguda y despierta.

—Buenos días, míster Farrell —dijo—. Recuerdo a su hermana. Nos visitaba a menudo a mi hija y a mí. ¿Puedo servirle en algo?

Hablaba rápidamente, como hombre que no puede perder su tiempo, pero Marty Farrell jamás se dejaba arrastrar por nadie. No le habían invitado a sentarse, pero él tomó asiento desenfadadamente, en una butaca al otro lado de la mesa. Van Stroewe, después de dirigirle una curiosa mirada, tomó asiento también en su sillón giratorio.

—Deseo hablar con usted para un asunto que le interesa mucho, míster Van Stroewe —y dirigió una mirada a Cardigan. Éste no se movió.

—No tengo asuntos privados para mi secretario, señor Farrell. Puede usted decir lo que sea delante de él.

—No, señor —respondió Farrell decisivamente—. Lo que he de decir es un asunto personal.

Había un tono de autoridad en su voz. Van Stroewe le dirigió una mirada extraña, y de pronto, pareció caer en la cuenta de algo.

—Porty, ¿quieres dejarnos un momento? Te necesitareé enseguida.

—Sí, señor —y Cardigan se retiró por una puerta pequeña, casi oculta entre las anaqueleras de la derecha.

—Bien, míster Farrell. Estamos solos. Y le escucho —dijo el millonario un poco secamente.

—Se trata de su hija, señor. Por eso quise que nadie nos escuchase.

—¿Mi hija? —Había un perceptible tono de defensa en la voz de Albert van Stroewe—. Que yo sepa, míster Farrell, nada ocurre con ella.

—Que usted sepa, señor, sí que ocurre algo. Y perdone que sea un poco crudo, pero no podemos perder tiempo. Ni usted, ni yo —dijo significativamente.

—Hable, míster Farrell; pero le ruego que sea conciso. Me esperan.

—Ignoro cómo un hombre con su inmensa fortuna y su no menos inmensa influencia ha podido consentir que su hija... bueno,

digamos para ser claros, que su hija se entregase a una droga de la cual es muy fácil librar a una persona con sólo protegerla un poco. Ya ve que no pienso morderme la lengua.

Van Stroewe irguió su corpachón con aire lleno de dignidad. Pero Farrell se dio cuenta de que aquella dignidad tenía algo de falso. El hombre, se dijo, estaba asustado. Asustado y terriblemente preocupado.

—Tenga usted la bondad de salir de aquí, míster Farrell. Hay leyes que protegen a las familias honorables de la difamación. Y yo...

Marty se puso en pie también y su puño cerrado golpeó la tapa de cristal de la mesa, haciendo saltar un cenicero de bronce. En sus ojos brillaba la ira.

—Mire, puede hacerme echar por sus criados, pero jamás logrará con toda su influencia cerrar los ojos de las personas sensatas; entérese bien. Su hija está metiéndose hasta los riñones en un asunto que sólo puede conducirlo a la locura o a la muerte, y ahí está usted todavía pretendiendo ignorarlo. ¿No tiene ojos en la cara, hombre? Sólo quiero ayudar a Alby, porque es amiga de mi hermana y porque no puedo ver con tranquilidad cómo una persona descende tan bajo sin ningún motivo para ello. Con o sin su ayuda, seguiré esto hasta averiguar quién diablos es el que provee de drogas a la muchacha, a una muchacha que sólo necesita las alitas para parecer un ángel. Y cuando encuentre al tipo o a los tipos que lo han hecho, juro por Dios que los meteré en la cárcel para el resto de sus vidas y los mataré yo mismo. Elija. O me ayuda, y en ese caso procuraré llevarlo todo con el máximo de discreción, o me niega su ayuda, y en ese caso... bueno, mis métodos son un tanto drásticos; ya está usted avisado.

Repentinamente, Van Stroewe se dejó caer en su sillón y se cogió la cabeza con las manos. Los gritos de Farrell, el puñetazo en la mesa y el oculto dolor que le roía, habían desmoronado a aquella humanidad, por luchadora que fuese.

—He hecho todo lo que estaba en mi mano, palabra —dijo con voz débil—. Advertí a mi nena, la advertí hasta enronquecer, la amenacé, casi llegué a pegarle, y todo fue inútil. Contraté policías particulares que le siguieron los pasos. Uno de ellos me dio el informe de un Club Nocturno —por ahí están sus señas—; pero

cuando uno de los detectives murió atropellado por un camión, otro fue encontrado en el Hudson, acribillado a balazos, la agencia no quiso trabajar más para mí. Investigué yo mismo. Utilicé toda mi influencia, y un senador amigo mío llevó el asunto al Congreso. Todo inútil. Mi niña siguió tomando esa cosa... demoníaca, y yo tuve que ir viendo cómo se hundía poco a poco... A veces creo que me volveré loco.

—Así está mejor —dijo Farrell con un suspiro de alivio. La cosa había resultado más fácil de lo que esperaba—. Bueno, viejo, no se preocupe. Si hay una humana posibilidad, lo conseguiremos. Tengo detrás de mí todo el poderío de la más formidable fuerza del mundo, y además... bueno, pongamos que, como amiga de mi hermana, me interesa Alby. Deme esas señas.

Aquel viejo, ante el que temblaban los lobos de Wall Street, se comportaba como un chiquillo cuando se trataba de su hija. Farrell le consideró un momento con lástima mientras que Van Stroewe rebuscaba en un cajón de la mesa con dedos temblorosos.

—Esto es —dijo por fin, alargándole un papel—. Pero míster Farrell, yo le rogaría... pues bien... un escándalo me sería... horrible...

—Descuide. Y si logra saber algo, llámeme a estas señas. Alguien recibirá el recado para mí, y me lo dará. Y no se preocupe, míster Van Stroewe. Creo que conseguiremos algo.

Marty Farrell se dirigió a su departamento. Se inclinó hacia el encargado de la portería y de la centralita telefónica, un muchacho joven, que estaba leyendo una novela de detectives.

—Si hay algún recado para mí, ya puedes guardarlo como si de ello dependiese tu vida, Toby —le dijo—. Es muy importante, no lo olvides. Y tampoco te olvides de que no estoy para nadie.

Subió a su departamento, se afeitó rápidamente y se cambió de camisa, silbando distraídamente. Estaba pensando en las palabras de Satterwhite: «No podemos andarnos jugando, Farrell. La muchacha ésa no ha conseguido sus drogas ella misma. Hay “alguien” que le provee de ellas en gran cantidad. Quién, aún no lo sé, pero quizá lo hubiese averiguado esta misma noche si usted no se hubiese interpuesto. Y la raíz de todo ello está o estaba en Inglaterra. ¿Cree usted que yo estoy aquí en viaje de placer? Scotland Yard y el Intelligence no se meterían en los asuntos del

F.B.I. si no fuese porque la cosa también nos atañe a nosotros».

Marty dejó de silbar y cogió el teléfono. Esperó hasta que Toby le hubiese puesto con el número que pidió y esperó hasta oír el «clic» que indicaba que el chico de la centralita había cerrado para no oír. Mediante buenas propinas lo tenía acostumbrado a no escuchar nada de lo que él hablaba. Al otro lado del hilo le respondió una voz ronca.

—¿Bart? —preguntó—. Escucha, te voy a pedir un favor. ¿Sabes si hay alguien del Departamento investigando algo sobre drogas?

—Siempre trabajamos en algo relacionado con eso, hombre —le respondieron—. ¿Crees, acaso, que eres tú el único que se gana el sueldo?

—Me refiero a algo en lo que pueda intervenir también... digamos nuestros primos de allende el Océano.

Bart bajó la voz perceptiblemente.

—¿Desde dónde telefoneas, Marty? —preguntó.

—No hay peligro, viejo. Habla.

—Hay algo, efectivamente. El inspector Prudens está con ello; pero no sé por qué me parece que anda un tanto alicaído. Quizá sea que no le guste colaborar con nadie.

—Gracias, Bart. Si hay algo nuevo te llamaré y podrás meterte en el asunto. Pero, escucha. Es algo que me atañe a mí personalmente y no quiero levantar la caza. ¿Me entiendes?

—No muy bien, pero esperaré. Prudens me pide siempre consejo. Ya sabes que es nuevo.

—Adiós, Bart, y gracias otra vez.

Terminó de vestirse, se puso el sombrero y salió al pasillo. Al pasar por delante de la centralita le dio un amistoso golpecito al chico.

—Sé bueno, Toby, y no te olvides de que te debo un dólar por aquella cosilla, que hiciste para mí. Te lo pagaré un día de éstos.

—Gracias, señor Farrell. Casi no valía la pena.

Marty caminó vivamente por la calle Treinta y Cuatro, inundada del sol mañanero. Solamente tenía una vaga idea de lo que podría hacer en todo aquel embrollo; pero estaba ya metido en él y no era hombre que se echase atrás. Por de pronto, lo primero era averiguar por qué murieron dos detectives particulares. Sin duda se enteraron de algo y su pago fue plomo. Pero ya sabía que sería inútil intentar

averiguar nada en la Agencia de Detectives. Solían ser serias en los asuntos de sus clientes, y estaba seguro de que no le dirían absolutamente nada. La ley les protegía hasta de los agentes federales. Aunque en un asunto de drogas... Decidió acercarse. Van Stroewe le había dado las señas.

Se hallaba situada la Agencia en la Avenida Dyer, en un edificio de cerca de treinta pisos de alto, a dos pasos de allí. En el bajo había un teatro y un par de bares. Tuvo que ascender veinticinco pisos, y por fin atravesó una puerta de cristal esmerilado, en la que se leía: «Agencia O'Myer, de asuntos privados».

Se encontró en una sala enorme, con una división que la cruzaba por el medio, y al otro lado de la cual escribían a máquina una docena de bonitas chicas. Sin hacer caso del letrero «Privado», Farrell se coló en la sala de rondón. Inmediatamente una agraciada joven, a la que únicamente restaba encanto la presencia de unas gafas de gruesa armadura, le cortó el paso.

—¿Qué desea, señor? Aquí no puede estar.

—Ya estoy, preciosa. Quiero ver a míster O'Myer. Y deprisa.

—Míster O'Myer no recibe ahora, señor. Le ruego que...

—¿Aún no se dio cuenta, encanto? —Sacó su placa y se la enseñó. La joven cambió de actitud inmediatamente.

—Por aquí, señor. —Le condujo, sorteando las mesas, donde todas las chicas levantaban los ojos al ver pasar a Marty. Éste les sonrió por turno, y al fin entró en la oficina de O'Myer, dejando detrás de sí una estela de palpitantes corazones femeninos.

O'Myer era un hombre de corta estatura y pelirroja cabeza. Sus rasgos eran duros, los de un hombre trabajador que ha tenido que luchar mucho. Tendió una mano Farrell y le hizo sentar.

—Dígame —dijo—. Y a propósito. Yo estuve en la Policía y llegué a sargento. De manera que puede creer que no me gusta verme en líos con la justicia y mucho menos con los federales. Quiero decir que me gusta ayudarlos.

—¿De veras? Me alegro. Se trata de un asunto bastante escabroso. Ya sé que ustedes no están obligados a hablar con nadie de los encargos que se les hacen, pero esto es especial. Dos detectives murieron en uno de los trabajos. ¿Por qué?

O'Myer encendió un grueso cigarro para tomarse tiempo de contestar. Luego miró fijamente a Farrell.

—Como usted ha dicho, no estamos en la obligación de hablar con nadie de nuestros asuntos ni de nuestros clientes; pero aquello fue una cosa que me dolió bastante. Eran dos de mis mejores hombres, palabra, y murieron cumpliendo con su deber. Puede estar seguro de que les pasé buenas pensiones a las familias. Son... gajes del oficio.

—Lo sé. Pero quiero decir, ¿por qué murieron? ¿Qué fue lo que descubrieron y que les llevó a la muerte?

De nuevo hubo una pausa.

—Casi no lo sé, créame. Estaban encargados de un trabajo. Me dieron unos cuantos informes, y luego, de pronto, ocurrió. No quise que me matasen más gente y abandoné el asunto. Eso es todo.

—¿Podría ver esos informes?

—No —dijo el otro claramente—. Son privados. Lo siento, amigo. Se trata de proteger a mi cliente.

—De acuerdo —Farrell se levantó—. Solamente una pregunta, O'Myer. ¿La contestará?

—Depende.

—En esos informes, ¿se citaba por casualidad el Country Club?

Antes de que el otro contestase, Farrell había adivinado la respuesta.

—Sí —dijo por fin escuetamente O'Myer—. Pero es lo único que puedo decirle.

—Gracias.

Farrell salió de la oficina y pasó de nuevo por entre el vigilante círculo de muchachas. Cuando salía, se volvió a la secretaria.

—Si decide quitarse esos lentes, la invitaré un día a cenar, preciosa. No lo olvide.

Almorzó en un restaurante cercano, mientras apenas podía contener su impaciencia. Tendría que esperar por lo menos hasta las ocho y media o las nueve antes de empezar a trabajar. Se le ocurrió una idea.

Se acercó a la cabina telefónica y marcó el número de los Van Stroewe. Le contestó una voz, en la que reconoció instantáneamente la del desagradable mayordomo.

—Quiero hablar con *miss* Van Stroewe —dijo secamente.

Al cabo de un momento, le llegó la voz de la joven.

—Habla Marty Farrell, Alby. ¿Quiere usted cenar conmigo?

—No puedo —respondió ella al instante. Su voz sonaba algo más animada que el día anterior.

—Ayer se me escapó usted de entre las manos. ¿Por qué lo hizo?

—Porque no me gustan las escenas. ¿Cree que estoy dispuesta a ponerme en evidencia ante todo el mundo con dos tipos batalladores? Podían haber esperado a que yo me marchase; pero como no lo hicieron, tuve que tomar mis medidas. ¿Todo aclarado?

Distaba mucho de estar todo aclarado; pero Marty no lo dijo.

—Ande, cene conmigo. Le juro que no volveré a pelear con nadie.

—Le dije ya que no puedo, Marty, lo siento, pero no me es posible. Tengo una cita.

—¿No puede cancelarla?

—No —contestó la joven secamente—. ¿Conforme?

—Bueno, pues hágalo mañana. Le advierto que soy un anfitrión magnífico. Venga a mi piso y verá qué cena le preparo. O si lo prefiere lo hacemos por ahí, en cualquier sitio.

—¿Mañana? Bueno, yo...

—¿Sabe lo que le ocurre, Alby? —preguntó de pronto Farrell, haciendo sonar su voz autoritariamente—. Que me tiene miedo, eso es. Pero no le servirá de nada. Quiero hablar con usted y lo conseguiré, aunque tenga que sentarme ante su puerta y esperar al lechero. Salga conmigo mañana o...

Pero ella acababa de cortar la comunicación.

IV



ARTY decidió volver a su departamento poco antes de las cuatro. Tenía la esperanza de que quizá se le reuniese allí Satterwhite; pero cuando le preguntó al chico de la centralita, se enteró de que no había llegado. Solamente había ido el hombre que regulaba los relojes por cuenta de la casa. Toby mismo le había atendido.

Cuando ya se disponía a marcharse, Marty vio entrar a Satterwhite, impecablemente vestido y con un bastón en la mano. Farrell pensó que era lo menos parecido a un detective que había visto en su vida, pero no lo dijo. Sabía de sobra que el inglés no era ningún tonto.

—¿Subimos a tomar algo? —preguntó mientras le estrechaba la mano.

—Se puede decir que padezco de claustrofobia cuando las tardes son tan maravillosas —respondió Satterwhite—. Podemos hacerlo en cualquier bar.

Algo andaba rondando por la cabeza de Farrell. Algo que se relacionaba con relojes.

—Toby —exclamó de pronto—. Mi reloj se lo llevaron hace tres días. Es decir, yo mismo se lo llevé al relojero. ¿No recuerdas que bajé con un paquete apenas regresado del viaje?

—Sí, señor Farrell. No me acordaba. De todas maneras, el hombre vino a arreglarlo. Y «yo» le vi andando con un reloj.

Farrell miró a Satterwhite rápidamente; pero el inglés no parecía atender a la conversación.

—Venga conmigo, John —le dijo de pronto—. Le voy a enseñar a usted una cosa que le agradecerá. Pero procure qué no le guste «demasiado».

Subieron rápidamente por la escalera ante el asombro de Toby, que se preguntó por qué no utilizarían el ascensor. Llegaban al piso de Farrell cuando ocurrió la cosa.

Como empujada por una mano gigantesca, la puerta del departamento de Marty se curvó y estalló en fragmentos que llenaron el corredor. El ruido de una fuerte explosión se confundió con el de la puerta al romperse, y, al mismo tiempo, una humareda acre, asfixiante, rodó por el pasillo y alcanzó a los dos hombres, haciéndoles toser. Se oía aún el ruido de cristales que se rompen y de desmoronamiento de ladrillos.

Satterwhite enarcó las cejas asombrado y se volvió a Farrell, que contemplaba los destrozos con ojos críticos.

—¿Sabía usted que esto iba a... ponerse así de caliente? —preguntó el inglés mientras que por las puertas del pasillo y de arriba empezaban a llegar agudos gritos y voces de alarma—. ¿Y pensaba entrar en su cuarto? Está usted más loco que una bandada de monos.

—No creí que estallase ahora —dijo Farrell—. Creí que me la habrían puesto para esta noche, cuando estuviera en el mejor de los sueños. Iría al cielo derecho sin enterarme siquiera. Veamos lo que hay por aquí.

Media hora después todo aquello estaba lleno de policías, periodistas y fotógrafos; pero Marty se las arregló para escapar, sin

más que decirle al teniente de policía quién era él. El teniente le dejó ir sin hacer más preguntas, y Farrell se marchó a un hotel, después de advertir a Toby que no comunicase a nadie su nueva dirección.

—Su repentina claustrofobia me salvó la vida, John —dijo a su acompañante. Y ambos se dirigieron al Country Club.

Éste estaba situado en la calle Mulberry, cerca del Bowery, y un letrero incandescente enorme, de los más grandes que había visto Farrell en su vida, encendía y apagaba por orden las letras del nombre.

Detalle típico es que había dos enormes palmeras que nadie sabe cómo podían soportar el invierno neoyorquino, una a cada lado de la puerta, ante la que paseaba un imponente portero en uniforme azul horizonte con grandes entorchados de oro.

A pesar de no ser más que las ocho de la noche, aquello estaba ya repleto. La principal atracción era una bailarina sudamericana, de cabellos más negros que el alma de un pirata y con un cuerpo que parecía el de una serpiente, de tal manera se movía, ondulaba, reptaba y retorció. En aquel momento estaba ejecutando una danza exótica, no llevando encima más que la ropa imprescindible para que la policía no cerrase el local por atentado a la moral pública.

—No baila mal —observó Satterwhite, observándola con atención—. Fíjese en los ojos de los hombres. No pierden un movimiento de la bailarina.

—Pues fíjese usted en los ojos de las mujeres. No pierden un movimiento de los de sus acompañantes.

Un camarero que llevaba el frac como un aristócrata, se acercó a ellos y torció el gesto al verlos vestidos de tarde. Pero cuando Farrell daba una orden era difícil no cumplirla. Pidió una botella de «whisky» escocés y se dedicó a mirar a su alrededor. El «*maître*» era francés, no cabía duda, y los decorados de las paredes no los había pintado cualquiera. Aquello «respiraba» dinero, y la clientela era de lo mejorcito.

—Mire aquel tipo que está junto al mostrador —dijo Farrell de pronto, tocando en el brazo al inglés—. He visto cosas feas en mi vida, pero como «eso», jamás.

Era un hombre tan gordo, que parecía mentira pudieran hacerle trajes sin pedir un aumento sobre el precio. Tenía unos ojos caídos,

casi escondidos entre las oleadas de grasa que descendían de sus mejillas. Daba repugnancia solamente pensar que le podía estrechar a uno la mano aquel individuo. Fumaba un puro casi tan Bordo como su dedo índice, lo que ya es mucho decir.

—Apuesto a que es el dueño o algo así —dijo Farrell—. No creo que dejen entrar en un sitio público a un tipo así. Espantaría a la clientela y le robaría atracción a la bailarina ésa.

Pero Satterwhite no contestó. Estaba mirando hacia la puerta fijamente, y cuando Farrell siguió la dirección de sus ojos, vio que llegaba Alby van Stroewe, vestida de noche, con un ligero abrigo en forma de capa, y con una diadema refulgente, casi perdida entre la masa de sus rubios cabellos, pero que despedía destellos cegadores a la luz de la lámpara.

Un hombre alto, de pelo castaño, tan guapo como un galán de cine, le salió al encuentro y la condujo hacia una mesa hacia la que ya acudía solícito el «*maître*».

—¿Quién es esa belleza tan irreal? —preguntó Farrell, sintiendo un curioso sentimiento de rabia.

—No lo sé —contestó Satterwhite—. Yo conocí a la señorita Van Stroewe por un amigo de la Embajada inglesa, y la he acompañado alguna tarde; pero jamás me dejó hacerlo de noche. Únicamente, la noche en que...

—Bueno, bueno, cálese. Creo que estamos en la buena pista. Me como mi sombrero si no es aquí donde la chica recibe la droga. Y no me gusta ese «gigoló».

El hombre de la tremenda gordura se acercaba lentamente hacia la mesa que ocupaban Alby y su acompañante. Se tambaleaba al andar, de puro grueso, y parecía que jamás podría llegar a ninguna parte. Hizo un conato de inclinación delante de la joven, y ésta le contestó sin sonreír. Efectivamente, aún no había sonreído ni siquiera una vez, y sus ojos brillaban. Desde donde estaban, Farrell y su compañero pudieron darse cuenta de que Alby no había probado la morfina aquel día y sintieron una gran satisfacción por ello. Alby «buscaría» la morfina, «fuese como fuese», y ellos estarían detrás.

Vieron cómo el gordo hacía una seña a un camarero, y éste traía nuevas consumiciones, Farrell tuvo de pronto la brillante idea.

—Vamos, John —dijo—. Sírvasse fingir que bebió demasiado.

Luego vamos a ir hacerle carantoñas a Alby y al gordo. ¿Podrá usted fingir que está borracho?

—Tantas veces me he emborrachado, que creo que podré hacerlo bien. Vamos tarareando en voz baja, cogidos del brazo, ambos se aproximaron a la mesa. El espectáculo de la bailarina había terminado y la pista se llenó de parejas que bailaban al son de la orquesta de color. Cuando llegaron ante la mesa de la joven, ambos se detuvieron exagerando su asombro.

—¡Pero si es Alby! —exclamó Farrell mirándola con ojos de embriagado.

—¡Vi... va Alby! —le coreó el inglés con la seriedad característica de sus compatriotas cuando llevan más alcohol que un barril en su sistema.

El gordo y el guapo se levantaron de sus asientos, evidentemente muy incomodados. Un par de camareros se acercaron solícitos, mientras Alby dejaba reflejar en sus ojos una expresión de furia mal reprimida.

—Hagan el favor de no seguir haciendo escenas —dijo con voz contenida—. Ayer pelearon ustedes y hoy se embriagan y yo...

—Bueno, pues emborrachémonos todos —dijo Farrell intentando sentarse en una silla. El tipo de aspecto de gigoló le dio un empujón y si Marty hubiera estado efectivamente borracho, hubiera caído al suelo, pero no lo estaba. Contestó con un puñetazo, empleando, a propósito, poca fuerza, y que alcanzó al otro en el pecho, echándole para atrás.

Los dos camareros y dos individuos vestidos de etiqueta, pero que no eran caballeros, ni mucho menos, cogieron a Farrell y a Satterwhite por los hombros y la cintura y los empujaron hasta echarlos a la calle. Los dos amigos se miraron sonriendo en cuanto los otros desaparecieron.

—Y ahora, a esperar —dijo Farrell—. Se metieron en el coche del inglés, un coche alquilado aquella misma tarde y aguardaron, fumando cigarrillo tras cigarrillo.

Al filo de las diez vieron salir a la muchacha, acompañada por el gigoló, y dirigirse hacia el «Lincoln» los dos juntos. Farrell y Satterwhite se apearon protegidos por la sombra de las fachadas, los siguieron. Vieron cómo ambos ascendían al coche y ponían éste en marcha.

—¡Arriba! —gritó Farrell—. Y ambos saltaron a la parte trasera del lujoso automóvil, abrieron una portezuela y se colaron dentro antes de que los otros pudieran darse cuenta siquiera.

—Quieta, Alby —ordenó Farrell—, para el coche en aquella esquina. Y usted, amigo, si mueve un solo brazo va a ir derecho al infierno. Porque esto que tengo en la mano no es una pipa. Satterwhite, el bolso de la señorita.

El inglés se apoderó del bolso de Alby, pese a la resistencia de la joven, que incluso llegó a lanzar un grito. Se veía que ya se había puesto una inyección, pero tendría que tener más en el bolso. Satterwhite lo registró rápidamente y sacó dos cajas aplastadas.

—Llévese usted a *miss* Van Stroewe a su casa. John —dijo Farrell autoritariamente. El inglés pareció decidido a protestar, pero una mirada de Marty le convenció.

—Volveré dentro de veinte minutos —anunció—. No se meta en líos entre tanto. Recuerde que...

Marty había obligado ya a bajar del coche al tipo de aspecto de gigoló y le empujaba hacia las palmeras bajo la amenaza de la pistola. El «Lincoln» arrancó velozmente llevándose su carga.

La luz de un coche que llegaba en dirección contraria iluminó por un momento las dos figuras, y Marty tuvo que pegarse al otro para que los ocupantes del vehículo no viesen el arma. En cuanto pasó, Farrell hizo volverse al otro.

—Ahora, lechuguino, sigue hacia adelante, hasta que dobles aquella esquina. El otro, intimidado por el arma que se apoyaba firmemente en sus riñones, obedeció. Se trataba de una callejuela sin salida, a la que sólo iluminaba un farolillo de gas. Un lugar magnífico para lo que Farrell quería. Cuando tuvo al otro entre las sombras del callejón, le hizo volverse.

—¿Quién dio la droga a la muchacha? —preguntó inmediatamente.

Solamente le respondió el silencio. Marty repitió su pregunta y el tipo tampoco respondió.

—Tú lo has querido —gruñó Farrell—. Le dio un golpe con el puño izquierdo entre los dos ojos y lo derribó al suelo. Cogiéndole por las solapas le hizo levantar de nuevo, le apoyó contra la pared y repitió la pregunta.

—No lo sé —gimió el otro, aterrorizado—. Le juro que no lo sé.

Yo... Esta vez el puñetazo fue en la mismísima boca del estómago. Como el gigoló se doblase hacia adelante, respirando entre estertores, Farrell le ayudó a mantener el equilibrio con un golpe de culata, no demasiado fuerte, pero sí muy doloroso, en la mandíbula. El tipo se desmoronó ante lo brutal del tratamiento. En realidad él no era más que eso, un don Juan de pacotilla para atraer a mujeres de mediana edad al salón de juego del Country Club; Farrell gruñó, decepcionado, le golpeó nuevamente para que tardase en recobrar el sentido, se guardó la pistola y abotonándose la americana salió de nuevo a la fuerte iluminación de la calle de Mulberry.

Pasó por delante del uniformado portero, el cual le contempló sospechosamente, porque acababa de ver cómo él y otro eran expulsados por borrachos. Pero ahora, el tipo éste no parecía borracho, pensó acariciándose los bigotes.

Farrell, no fue hacia su mesa, sino que se dirigió directamente al mostrador del bar. Uno de los camareros que le expulsaran hacía un momento, se le puso al lado.

—¿Quiere volver a salir? —preguntó en voz baja. En realidad, no parecía un camarero, sino un pistolero disfrazado con el «*smoking*». Farrell le miró de arriba abajo.

—No me echarías ahora aunque llamas a otros veinte —le dijo, y agregó un fuerte epíteto referente a la cara del otro. Éste palideció y parecía decidido a usar la fuerza. Se lo impidió la aparición del gordo, que acudía tambaleándose.

—Qué ocurre aquí —preguntó con una voz que parecía salida de lo más profundo de la caverna de Carlsbad.

—Es el borracho de antes, señor —dijo el camarero—. No quiere marcharse. ¿Lo...?

Como algunos parroquianos miraban la escena curiosamente, el gordo decidió no ser demasiado intransigente.

—Beba una copa por cuenta de la casa, amigo —le dijo a Farrell.

—Míreme bien —le respondió éste—. ¿Estoy borracho yo?

El gordo le miró fijamente.

—Venga conmigo. Hay algo bueno siempre para los amigos de la señorita Van Stroewe. Monetto, llévanos de lo bueno a mi despacho.

Farrell se dio cuenta de la trampa, pero quería, necesitaba saber a toda costa. Lo mejor era seguir la broma hasta donde pudiese llegar. Tenía gran confianza en sí mismo.

Siguió al gordo a través de la sala, bordeando el mostrador, y penetraron por entre una decoración de palmeras tropicales, cada una con su correspondiente familia de monos, y que era el remate de la sala. Allí se abría una puerta cuya mayor utilidad consistía en que para los clientes solamente era un espejo, mientras que para un observador desde el pasillo, era un cristal. Es decir, el cliente no vería nada de lo que ocurría en el pasillo, pero los del pasillo sí que verían lo que hacían los clientes.

Apenas la puerta se cerró tras él, Farrell puso la mano en su pistola. El gordo caminaba delante de él, y un poco más adelante aún, el llamado Monetto. Torcieron un recodo y penetraron en una habitación muy lujosa, con cuadros en las paredes y alfombras en el suelo. Era el despacho del gordo.

—Me llamo McKee, Julius McKee —dijo éste último—. Monetto, sírvenos del «Johnny» especial.

Farrell dejó que su copa estuviese llena, mientras observaba tranquilamente a los dos hombres. Luego, la tomó con la mano derecha y pareció contemplar su contenido con atención.

—Bébalo —dijo McKee intentando sonreír—. Me gustaría charlar un rato con usted, aquí...

Con la rapidez del relámpago, Farrell se volvió y tiró su «whisky» a la cara de Monetto, el pistolero disfrazado de camarero, y que en aquel momento estaba a su espalda. El alcohol le alcanzó en los ojos, sin darle tiempo a cerrarlos y el hombre lanzó un grito de sufrimiento. Al mismo tiempo, Farrell sacó su pistola de la axila y apuntó a McKee directamente a la cabeza.

—Quieto, gordiflón —le advirtió mientras oía a su izquierda los gemidos de Monetto que trastabillaba de un lado a otro, ciego como un topo—. ¿Qué le pareció la bromita, amigo? Pensaría usted que me tomaría ese «whisky» obedientemente, como un niño pequeño, me caería de la silla y dentro de un par de horas se me encontraría en cualquier carretera, en un coche, con las ropas empapadas de licor y los sesos pegados a un poste. Todo el mundo diría que me estaba bien empleado por conducir borracho. ¿O es otro su método, eh, gordo? Bien, esta vez no le valió. Tú, ponte al lado de tu jefe y no graznes más. Eso no es nada comparado con lo que podría hacerte si quisiera.

Tanteando la mesa, el pistolero se colocó al lado de McKee, que

hasta ahora no había pronunciado una palabra. Sus párpados se habían enrojecido y lloraba abundantemente.

—La droga —dijo Farrell.

—¿Qué? —preguntó McKee con inocencia—. Señor, ha entrado usted en una casa respetable, sin duda para robar, ha atacado a mi camarero y me amenaza a mí con una pistola. No le quepa la menor duda de que la policía se encargará de usted enseguida. No se asalta a un hombre honrado sin...

—¿Honrado tú, viejo marrullero, montón de grasa? —Gruñó Marty acercándose a él hasta casi tocarle—. La droga, McKee, o... —Le dio un revés en la oreja derecha, con los nudillos. El pabellón auditivo de mister Julius McKee tomó instantáneamente un cierto parecido con una coliflor, y el hombre abrió y cerró repetidamente los ojillos. Sin duda, no había sido maltratado antes en su vida.

—No tiene usted derecho —casi gritó, atropellándose las palabras y moviendo mucho las facciones—. No tiene usted ningún derecho a pegar a la gente, porque...

Todo aquel chaparrón de palabras tenía un fin. La puerta del despacho se iba abriendo lentamente y una figura asomaba por ella. En la mano del recién llegado había un rompecabezas, que esgrimió sobre Farrell. Se oyó el leve silbido del arma al descender velozmente, y Farrell se volvió con la rapidez del relámpago. El golpe, en vez de alcanzarle en la nuca, le magulló la frente, tirándole al suelo mientras la pistola se le escapaba de las manos.

Mister McKee dio la vuelta a la mesa, con sus andares vacilantes, se inclinó sobre Farrell y empezó a darle de patadas en la cara, en la cabeza, en los riñones, en todas partes donde pudo.

—Maldito, maldito, maldito —bramaba con su vozarrón de bajo—. Te has atrevido a pegarme a mí, maldito asesino. Te he de ver aplastado y como un gusano... ¡Ike!

El hombre del rompecabezas le miró en silencio. Era un tipo de pronunciados rasgos semitas, de ojos grandes e inteligente. Una cicatriz, seguramente producto de una cuchillada, le cruzaba todo el maxilar.

Coge a esta basura y llévatela arriba. Luego, más tarde, cuando ya no haya nadie por aquí, ya sabes lo que tienes que hacer. Porque lo sabes, ¿verdad?

—Sí —dijo lacónicamente el otro. Cogió, sin esfuerzo aparente,

el cuerpo de Farrell, se lo echó al hombro y salió al pasillo.

—Y tú, Monetto, imbécil, hijo de perra, ¿no viste que quería echarte el «*whisky*» a la cara?

Anda, vete a lavar esos ojos y no llores más. Te mataría de buena gana, porque por ti me han pegado. Te... destrozaría... ¿Cómo te explicas...?, de pronto se quedó pensando y una expresión de alarma brilló en sus ojos. Con toda la rapidez que le permitía su inmensa gordura se precipitó al pasillo y corrió tras de Ike. Éste se volvió al oír sus pasos y le esperó en silencio.

—Registra bien a ese hombre, Ike, hijo —dijo McKee casi temblando por la impaciencia. En un momento, el contenido de los bolsillos de Farrell quedó esparcido por el suelo. Las cerillas, los cigarrillos, llaves, pañuelo, estilográfica y... y una chapa de agente Federal. Luego, la cartera con los documentos.

—Me lo figuré, Dios Santo, me lo figuré —clamó el gordo McKee—. Ike, hijo, Barney ha sido muy imbécil, muy imbécil. ¿Cómo es posible que este hombre esté vivo si debía estar hecho menudos pedacitos? ¿Cómo es posible? A Barney le va a costar esto muy caro, pero muy caro. Las equivocaciones...

—¿Quién comete equivocaciones? —preguntó una voz a sus espaldas.

Había allí un hombre parado, contemplando al grupo con las manos en los bolsillos. Al ver el cuerpo de Farrell, lanzó un silbido.

—Ya veo —dijo.

—Bien, si no murió entonces no hay más remedio que procurar que muera ahora. McKee, no necesito decirle que no me gustaría que fracasase usted ahora. No, no me gustaría.

—Descuide —gimió casi el gordo—. Se harán las cosas, muy, pero que muy bien. Ya verá.

—Exacto. Lo veré. Porque pienso quedarme aquí.

—Sí, patrón —respondió McKee—. Ya verá.

V



ERO Satterwhite no pudo llevar a Alberta van Stroewe a su casa. Se encontró con la completa oposición de la joven y, además, tuvo que sostener con ella una batalla campal para impedirle apoderarse de las cajas que contenían la morfina. A punto estuvieron ambos de estrellarse contra las columnas de los faroles media docena de veces.

Por fin el inglés no pudo soportar más. Ignoraba lo que ocurriría si llevaba a aquella muchacha a su casa en esas condiciones. Ella parecía medio loca, le suplicaba, le amenazaba e intentaba apoderarse de la dirección del automóvil.

Por fin, John P. Satterwhite, que en su vida había golpeado a una mujer, no tuvo más remedio que hacer chocar su puño, con no demasiada fuerza, contra la mandíbula de Alberta. De otro modo no

hubiera podido conducir. Entonces, una idea salvadora cruzó por su mente como un relámpago. Ningún trabajo le costaba alquilar dos habitaciones en el mismo hotel que Farrell lo hiciera aquella misma tarde. Era, desde luego, la mejor solución. Además, quería volver cuanto antes al Country Club y ver lo que había sido del agente federal. No le agradaba nada dejarle solo en medio de aquellos tipos.

No tuvo ningún inconveniente en tomar dos habitaciones en el hotel, sólo que el encargado se extrañó cuándo le pidió que fuesen correlativas con la de Farrell. Pero, afortunadamente, estaban vacías y no había razón para negarse. Por medio de un expresivo gesto, Satterwhite indicó que su esposa había bebido algo de más y que él mismo estaba un poco alegre. Bajo la comprensiva mirada del encargado y con la ayuda de un par de botones, logró llevar a la desmayada Alberta hasta el cuarto. Despidió a los chicos, se sentó en una silla y se secó el sudor con un pañuelo.

«¡Santo Dios, que nochecita! —pensó, resoplando con escasa elegancia—. Y la chica está pidiendo morfina a gritos. Me gustaría que Farrell estuviese aquí. Creo que él sabe cómo tratar a las mujeres».

Alberta recuperaba el conocimiento en aquel momento. Miró a su alrededor con ojos extraviados y al instante de ver a Satterwhite tendió hacia él su mano suplicante.

—Por favor —rogó—. Una, nada más que una, John.

Satterwhite se desabrochó el cuello de la camisa en un vano intento de respirar mejor. Aquellos ojos azules, las mejillas enrojecidas, el rubio y luminoso cabello despeinado, todo ello era como para hacer soñar a cualquier tipo por materialista que fuese. Y pensar que la corrupción roía ya aquélla, belleza, como un cáncer... Una corrupción que aún no salía a la superficie, pero que fatalmente, como en el retrato de Wilde, acabaría por asomar, lenta, implacable, asquerosa.

—¡Maldita sea usted! —dijo el inglés de pronto estallando—. ¡Eso es, maldita sea! ¿Cómo pudo llegar a este extremo? En mi vida he pegado ni he maldecido a una mujer, Dios las bendiga, pero usted es un caso raro, algo de que todo el mundo debiera apartarse. Con sus ojos de ángel, con esa cara tan bonita que tiene, debería usted estar pensando en casarse y tener hijos buenos y sanos... y en

vez de eso... se «empapa» como una vulgar hampona. ¡Bah, no merece ni siquiera que hablemos de ello!

—Una nada más, John —pidió la muchacha enrojeciendo hasta parecer que sus mejillas echaban fuego. Tenía los ojos bajos, como si la vergüenza le impidiese mirar de frente al hombre que acababa de hablarle de aquella manera—. Una nada más. ¡Usted no sabe...!

—¿Qué es lo que no sé? Alberta, dígame lo que le haya ocurrido. Hay otro hombre que trabaja conmigo para impedir que personas como usted puedan caer en el vicio. Cientos de miles de personas asesinan, roban, cometen miles de crímenes con tal de proveerse de morfina, de opio, de heroína, de cocaína, de cualquier asquerosidad de esas. Por algo lo hacen. Usted, al menos, debe tener alguna razón. Farrell y yo la ayudaremos en lo que podamos. Haremos...

—Deme una nada más, John —suplicó Alberta de nuevo.

El inglés juró abundantemente de nuevo, mirándola con ira. Por fin decidió que allí no había nada que hacer. Y recordó que Farrell le necesitaría, seguramente.

—¿Cuántas inyecciones necesita para dormirse por unas cuantas horas? —preguntó. Los ojos de la muchacha brillaron de alegría.

—Dos, si me las pongo seguidas.

—Tenga. Se las tiró encima de la cama y se volvió de espaldas para no ver aquella operación que le daba nauseas. Cuando se volvió, los ojos de la joven brillaban placenteramente y estaba, si cabe, más bella que antes.

—Gracias, John —dijo con voz baja y débil—. Es usted un buen chico.

—Váyase al infierno —dijo claramente el otro. La cabeza de la muchacha reposó sobre la almohada y cerró los ojos.

—Ande, John, sea bueno hasta el final y quíteme los zapatos y las medias. Y no olvide que tenemos que ir a casa enseguida. Mi padre se asustará si no llego antes de la una.

John Satterwhite hizo lo que la joven le pedía, se volvió y, salió de la habitación, echando la llave. Se guardó ésta en el bolsillo y caminó corredor adelante. Bajó la escalera y se dirigió al encargado.

—Mi esposa está durmiendo tranquilamente —dijo—. No la molesten para nada. Yo volveré dentro de un rato.

—Estos ingleses —dijo el encargado a uno de los botones—. Apuesto a que están en su luna de miel y, sin embargo, él se larga

tranquilamente y deja sola a la chica, después de haberla emborrachado. No tienen sangre en las venas, eso es, con lo guapa que es la jovencita.

Marty Farrell despertó de su desmayo con la sensación de que una locomotora le había pasado por encima de la cabeza. Movi6 ésta de un lado para otro, con la vaga idea de que si hacia esto le desaparecería el dolor, pero éste prosiguió. Por fin se decidió a abrir los ojos.

Se encontraba en una habitación mal iluminada por una cansada bombilla. El uso del cuarto, debía ser, comúnmente, guardar sillas y mesas rotas, cajas de botellas y demás cosas inservibles. Él se hallaba atado de pies y manos, pero de manera que las cuerdas no le apretasen demasiado. Pensó con torcida sonrisa que aquello sería para que luego, su cuerpo, no presentase señales exteriores que pudieran hacer sospechar a la policía.

Un movimiento que oyó al otro extremo de la habitación, le hizo levantar la vista. Había allí un hombre, y Farrell no podía ver su cara, pero algo en la figura le hizo dar un ligero silbido.

—Usted, ¿eh? Hacía unas horas que lo sospechaba, pero no podía estar seguro. Me alegro de poder saberlo ahora con certeza.

—Por eso le he dejado, amigo, Porque ya no tendrá usted ocasión de hacer uso de lo que sabe. Erré el primer golpe, pero no erraré éste.

—Al menos es eso lo que usted se cree, ¿no es así? Mientras no me tiren al Hudson con un ladrillo al cuello, no podrá decir que todo ha acabado. O me hagan estrellar con un coche después de haberme rociado de matarratas.

—No me crea tan idiota.

El interlocutor de Farrell se había ido acercando a éste hasta casi tocarle con el pie. La bombilla iluminaba ahora perfectamente los rasgos correctos de su faz y el brillo de sus blancos dientes, que enseñaba en una sonrisa.

—Lo que no me explico es cómo míster Van Stroewe no ha sospechado nunca de usted. La apetencia de acumular millones ha debido adormecer sus facultades intuitivas, míster Cardigan. Ni Alby, por supuesto.

—¡Oh! —dijo Cardigan sin dejar de sonreír—. *Miss Van Stroewe*

lo sabe desde hace bastante tiempo. Pero ella sería la única que jamás se lo dijera a su padre. Antes se pegaría un tiro.

La puerta se abrió cuando Farrell iba a contestar al otro, y el corpachón de McKee apareció en el umbral, seguido por Ike.

—Hoy hay más gente que nunca —dijo Julius, secándose el sudor que le corría por la frente—. Esa bailarina, la Carmoea, está resultando un verdadero éxito.

—Entonces, aguardaremos. En realidad, no hay demasiada prisa —contestó Cardigan, encendiendo un nuevo cigarrillo. Envieme usted a Barney, McKee.

El gordo dio una orden a Ike, que se retiró silenciosamente. Un momento después llegó, acompañado de un tipo alto, en mangas de camisa y con pantalones de mecánico. Evidentemente no estaba muy seguro de lo que le esperaba, porque miró primero a Julius y luego a Cardigan, con aire irresoluto.

—Tu manera de calcular el tiempo, Barney, ha podido conducirnos a un desastre. A estas horas la policía ya estará buscando a un tipo con tus señas, lo cual no deja de ser un peligro. Tendrás que salir de la ciudad lo antes posible, ¿no crees?

—Sí, patrón, claro que sí.

—Bueno, Supongo que tendrás dinero, ¿no es así? Pues coge un coche y lárgate enseguida. Vete a Chicago, ya que tú procedes de allí, y procura que la policía no te siga la pista. Anda, lárgate ya y buena suerte.

Cuando el llamado Barney salía, Cardigan hizo una rápida seña a Ike. Éste, afirmando con la cabeza, desapareció detrás de Barney.

—Uno menos y los muertos no hablan, ¿no es eso, Cardigan? —preguntó Farrell.

—Lo mismo ocurrirá con usted. Y, a propósito, ¿cómo empezó a sospechar de mí?

—Nadie más que usted y míster Van Stroewe podían saber cuál era mi dirección para llegar con tal justeza de tiempo y poner un «huevo» en mi departamento. Y, la verdad, no se me ocurría sospechar del viejo millonario.

—Exacto —sonrió el otro—. Me costó muy poco trabajo leer sus señas y enviar allí a ese inútil de Barney. Bien, tendremos que esperar a que la gente desaloje el local para poder acabar tranquilamente con usted.

Farrell estaba pensando furiosamente. No le cabía ninguna duda de que estaba en un buen aprieto. McKee, Ike y Cardigan eran tipos muy peligrosos. Atado de pies y manos, ignoraba cómo podría salir de allí, pero confiaba en su suerte. Cerró los ojos.

—Necesitaría un trago de «*whisky*» y un cigarrillo —dijo de pronto. Cardigan le sirvió ambas cosas, encendiendo antes su cigarrillo para dárselo. Farrell fumó con él en la boca, sin soltarlo. McKee les contemplaba a ambos con sus cernudos ojillos escondidos tras de la grasa.

Volvió Ike. Llegaba limpiando una pistola, una «Lugger» de imponente aspecto.

Hecho —dijo escuetamente—. Hay un tipo abajo, en el bar, el que estaba antes con ése, y parece que quiere un poco de jaleo.

El corazón de Marty dio un vuelco. De manera que Satterwhite había vuelto y no le dejaría en la estacada, Buen chico. Abrió los ojos y contempló a sus enemigos.

—Ocúpese de él, McKee —ordenó Cardigan—. Procuren echarle con la menor cantidad posible de ruido. No nos conviene escándalos.

McKee y Cardigan se marcharon. Ike quedó al lado de Farrell, silencioso, como hasta entonces. Iba bien vestido, pero llevaba una corbata de colores tan chillones como Marty no había visto hasta entonces.

—Conque tú eres el ejecutor de altas obras, ¿eh? —preguntó Farrell—. ¿Te gusta el oficio?

—Calla, bastardo —respondió el otro sin moverse.

—Podemos hacer un trato —dijo Farrell, mirándole con curiosidad—. Nada más que me dejes las manos libres y...

El pistolero se le acercó mucho. La cicatriz de su barbilla se notaba lívidamente en su piel, a los reflejos amarillentos de la lámpara.

—No hago tratos con nadie jamás —dijo—. Pero, aunque los hiciera, no sería con bastardos policías.

—Pues eso te pierdes. Ahora podrías separarte de todo esto. Nosotros te protegeríamos. Ya verías que...

El pistolero estaba muy cerca de él. Farrell calculó la distancia rápidamente. Estaba echado en el suelo, con las manos atadas por delante. Muy seguros debían estar todos ellos, cuando ni siquiera se

les ocurrió atárselas a la espalda. Así, pues, cuando tuvo la cara del otro a poco menos de media yarda, actuó. Encogió ambas piernas y las distendió rápidamente. Los tacones de sus zapatos fueron a chocar contra la barbilla del judío y le empujaron hacia atrás, como si fuese lanzado por una catapulta. El esfuerzo le dejó a Farrell casi desriñonado, pero el efecto valió la pena, porque Ike, trastabilló, echando muy atrás la cabeza y cayó al suelo. Su nuca chocó contra las baldosas con apagado chasquido, y quedó inmóvil.

Apoyándose en las manos y en las rodillas, Farrell consiguió ponerse en pie, sujetándose a una de las rotas mesas que llenaban el cuarto. A cortos saltitos, procurando guardar el equilibrio para no caer rodando, se acercó a Ike y se dejó caer a su lado. Sus manos, atadas no demasiado fuerte, cogieron la pistola, que sujetó luego con los dientes.

No podía perder un minuto. O bien llegarían los demás, o Ike recobraría el conocimiento, en cuyo caso estaría completamente perdido. Introdujo las manos en el bolsillo del pistolero y encontró un cortaplumas de cachas de marfil. Mediante un esfuerzo que casi le partió las muñecas, logró abrirlo, y la emprendió con las cuerdas de sus manos. Las ligaduras estaban mojadas, y Farrell sintió cómo le corría el sudor por la frente, cegándole.

Por fin, con un suspiro de alivio, tuvo libres ambos brazos. Cortar las ligaduras de sus tobillos fue un juego de niños, pero en aquel momento, cuando lograba verse libre, el pistolero judío recobró el conocimiento.

La pistola que sostenía Farrell con la boca pasó prontamente a sus manos, y amenazó al otro con ello. Ike le miró, sin comprender aun lo que había ocurrido, viendo a Marty desatado y con su pistola, apuntándole. Movié la cabeza de un lado a otro.

—Cochino —dijo con voz sin inflexiones—. No pienses que vas a escapar.

—No me digas... Anda, ponte al lado de la puerta. Ten en cuenta que en cuanto alguien intente atravesarla, va a caer como un limón maduro. Y detrás irás tú, hermano.

Ike se levantó, dirigiéndose lentamente hacia la puerta. Pero cuando iba a colocarse en la postura que Farrell le indicase, la puerta se abrió, sin que ningún ruido se hubiese oído. Era evidente que el cuarto era a prueba de sonidos.

El hombre al que Marty le echase el «*whisky*» a la cara asomó la cabeza. Indudablemente venía a cobrarse la pequeña broma del agente federal, ahora que creía a este indefenso. Al encontrarse ante la pistola manejada por el hombre al que se imaginaba atado de pies y manos, intentó retirarse a toda velocidad, pero las balas son más veloces que ningún hombre. La «Lugger» envió su carga en su dirección y el hombre se desplomó, como un saco de arena, con un agujero en la sien izquierda. Instantáneamente, Farrell volvió a apuntar al judío, pero éste no se había movido. Se limitaba a mirar curiosamente, como si nada de lo que sucedía allí le importase gran cosa.

—Me estás resultando un engorro, amigo —dijo Farrell, avanzando hacia él—. No me gusta matar a los hombres indefensos, pero creo que lo voy a tener que hacer contigo. Tengo que salir de aquí y... Mejor dicho.

Cerró la puerta utilizando la mano izquierda, sin dejar de mirar fijamente al otro.

—Tú sabrás dónde esconden las drogas, ¿no es así? —preguntó.

—No.

—Quizá sí. Lo que te pasa es que tienes poca memoria. Veremos de refrescartela un poco.

Le dio un revés. Marty tenía la costumbre de usar un anillo que le regalara su hermana, un anillo con un brillante pequeño. La piedra dejó una huella sangrienta en la cara del judío. Pero éste no pestañeó siquiera.

—¿Hablas, imbécil? —preguntó Marty.

Volvió a golpearle. Le derribó al suelo y procuró darle en los sitios que más pudiera dolerle. El otro sólo exhaló un gemido ahogado cuando el puño de Marty se enterró en su estómago, pero apretó la boca y no dijo ni una palabra. Sudoroso, viendo la inutilidad de aquello, Farrell se incorporó.

Un súbito y salvaje golpe en la puerta le hizo estremecer. Al instante cogió el cuerpo de Ike, lo arrastró hasta detrás de unas mesas y empujó dos o tres de éstas para formar una especie de barricada. Una chaparrada de golpes se desplomaron contra los batientes, que crujieron. Indudablemente habían descubierto ya la muerte del pistolero.

La cerradura saltó, hecha añicos, y dos hombres entraron en la

habitación, tratando, inmediatamente, de ocultarse entre las sombras. Farrell rió alegremente y disparó contra ellos, casi a quema ropa. Su tercer disparo fue contra la bombilla. Ahora él estaba en la oscuridad, y los que vinieran a atacarle tendrían que hacerlo a plena luz. Uno de sus disparos tendió a uno de los hombres, pero el segundo sólo se tambaleó. Llevaba una pistola en la mano, y con ella cubrió de plomo el sitio en que había sonado la voz de Marty. Éste disparó de nuevo, y el hombre cayó definitivamente. Hubo un silencio que interrumpió de pronto el ruido de un cuerpo al arrastrarse. Marty se volvió y vio que Ike intentaba alejarse, sin duda tratando de coger alguna de las armas que habían caído al suelo.

—Tú te lo buscaste, hijo —dijo Farrell, y disparó tranquilamente.

El pistolero se dobló en dos, rodó sobre sí mismo y se quedó inmóvil. La batalla había acabado.

Adoptando toda clase de precauciones, Farrell se encaminó a la puerta, cambiando su pistola, casi descargada ya, por otra con el cargador entero.

Salló a un pasillo que se bifurcaba a cosa de cinco yardas más allá, Antes de doblar la esquina, ojeó aquello, por si acaso había alguien escondido, pero el corredor estaba completamente vacío. Entonces siguió adelante, hasta tropezar con una puerta cerrada y provista de una mirilla, pero el cerrojo estaba hacia la parte de Farrell, por lo que éste pudo deponerlo en un momento. Daba a una habitación cuadrada, muy grande, con una mesa de ruleta en medio y un par de mesitas de «póker» en los costados. La habitación estaba vacía, pero Farrell vio que detrás de una cortina había una ventana amplia, y esa ventana estaba abierta, porque la cortina se movía a la ligera brisa de la noche.

Se asomó y vio que daba a una calleja, quizá la misma en la que él golpeará y dejara sin sentido al gigoló. Al menos, en ésta tampoco había más que un farol.

Saltó de la ventana y caminó por la calleja. Antes de llegar a la calle Mulberry, ya oyó el escándalo que se estaba armando en el salón principal del Country Club. El portero no estaba en su puesto y Farrell pudo ver que un par de policías, con dos camareros, intentaban echar a Satterwhite del local. El inglés había recibido un

fuerte golpe en la cara, tenía desgarradas las ropas y uno de los policías levantaba de nuevo la porra sobre él.

—¡Les digo que tiene que estar dentro! —repetía una y otra vez Satterwhite—. ¡Esos individuos han debido co...!

—Quieto, oficial —ordenó Farrell, avanzando con la pistola en la mano—. Deje a ese hombre quieto.

—¡Ése es el otro, oficial! —gritó uno de los camareros, señalando a Farrell—. Venían los dos borrachos y armaron escándalo durante toda la noche. ¡Préndalo!

VI



NO de los policías se precipitó hacia Farrell, mientras el otro seguía sujetando a Satterwhite, pero sin golpearle ya. Marty levantó la mano de nuevo.

—Soy Martin Farrell, del Departamento de Investigaciones Federales —dijo.

El policía puso cara de asombro, pero inmediatamente esbozó una sonrisa.

—Y yo, Cristóbal Colón, amigo suelte ese chisme o voy a hacer que se pudra en una celda por unos cuantos meses.

Farrell no le hizo caso. En vez de ello, se dirigió, hacia donde estaba el inglés.

—Me han despojado de los documentos, pero no se preocupe. Estarán en alguna parte. Oficial, ordene que cierren todas las

salidas. Y recuerde, Cristóbal —añadió dirigiéndose al otro—, que no estamos jugando. Al menos, el F.B.I., no suele hacerlo.

El público que llenaba el salón había ido escapando hacia la salida tumultuosamente, y a la sazón el local estaba casi vacío. Solamente cinco o seis hombres, en traje de etiqueta, se habían quedado para ver en qué paraba todo aquello. El policía que se anunciase a sí mismo como el navegante genovés apartó, o mejor dicho, intentó apartar a Marty de un manotón, pero no contaba con la tenacidad del agente.

—A estas horas se habrán escapado ya, Satterwhite —dijo, dirigiéndose al inglés—. Debo reconocer que fueron demasiado listos. No obstante, he tumbado a cuatro. Oficial, hay cuatro hombres muertos y yo puedo decirle dónde están, pero ¡por amor de Dios!, no pierdan el tiempo.

En aquel momento, un teniente de policía, uniformado, apareció en la puerta del Country Club. Le seguían varios policías de paisano y un par de agentes de uniforme. Al ver a Marty no pudo reprimir un gesto de asombro.

—¡Farrell! ¿Qué mil diablos hace usted aquí? ¿Cuándo va a dejar de pelearse con la policía?

—Cuando sus agentes tengan algo de seso debajo de las gorras, Tim.

Se acercó al teniente, le cogió por las solapas de la guerrera y acercó mucho la boca a su oído.

—Estamos metidos hasta los muslos en el tráfico de drogas, Tim —le dijo en un susurro—. El rubio ese es agente del Intelligence, y yo acabo de escapar por un verdadero milagro. Necesito que rodee el edificio, aunque me parece que ya va a ser tarde. Sus hombres me lo han estropeado todo.

—No podemos saber nunca dónde van a aparecer ustedes, los federales —gruñó Tim. Pero inmediatamente empezó a dar órdenes con voz parecida a una sirena. Sus hombres se desplegaron, manifestando una actividad extraordinaria. El mismo Tim, dirigido por Farrell, se encaminó a los fondos, siguiendo los corredores. A la vista de la carnicería que había en la habitación trastera, Tim lanzó un silbido de asombro.

—¡Vaya faena! Lo menos de cuatro asesinatos tendrá que responder usted, Farrell. No ha dejado uno vivo.

—No me diga. No responderé de nada. Éste —señaló al judío— debe tener un prontuario de una milla de largo en Centre Street. Y los demás tampoco son unos angelitos, que digamos.

Volvían los hombres del teniente Tim Carrigan, con las pistolas en la mano.

—Nada, jefe —dijo uno de ellos.

—Busco a un hombre muy gordo y a un individuo de mediana estatura, vestido como un millonario —dijo Farrell, acompañando sus palabras con numerosos juramentos—. Debían enseñar ustedes a sus agentes que cuando alguien dice que es del F.B.I. lo más seguro es que, sea verdad, Tim. La tontería de sus policías nos ha costado el perder a los jefes de la banda. Ahí tiene.

Pero las búsquedas no dieron ningún resultado. Tres de los camareros resultaron ser de la pandilla y, esposados a medias con agentes, emprendieron el camino hacia el cuartelillo de policía. Pero ni McKee ni Cardigan lograron ser encontrados. El portero recordó haber visto pasar el «Buick» de McKee por delante de la puerta hacía cosa de un cuarto de hora. Nada más sabía nadie.

Farrell y Satterwhite echaron a andar por la calle de Mulberry, para salir al Bowery.

—Tengo a «Cara de Ángel» en el hotel donde se registró usted —dijo el inglés de pronto, cuando Farrell le hubo puesto en antecedentes de todo lo que había ocurrido—. No tuve más remedio que darle dos inyecciones para que me dejase tranquilo y poder ir a buscarle a usted.

—¡Maldito me vea si no consigo que esa chica deje de tomar drogas! —exclamó furiosamente Farrell—. Usted mismo acaba de llamarla «Cara de Ángel». Bueno, pues con ese ángel tengo que casarme yo. Está decidido. Y, claro, no quiero que mi mujer sea adicta a las drogas.

Satterwhite le miró, sonriendo.

—Es usted un impulsivo, Farrell, lo mismo que la mayor parte de los americanos que he conocido. Pero he de confesar que, a veces, con sus impulsos, consiguen más que nosotros, con toda nuestra cautela. ¿Quién le dice que ella querrá casarse con usted?

Farrell cerró los enormes puños.

—¿Quién? Yo lo digo. Lo único que le hace falta a esa chica es alguien que la sujete con mano dura, eso es todo. Y, ¡por Dios!, que

aquí está el hombre que lo ha de conseguir.

Tomaron un «taxi», que les llevó en un momento al hotel. Mientras rodaban por la iluminada avenida, vacía ya a aquellas horas de la madrugada, Satterwhite comentó que habría que decir al viejo Van Stroewe dónde estaba su hija.

—Tengo otros planes para con él, hombre —le contestó Farrell—. Por de pronto, sé que Cardigan no volverá a casa del viejo hasta que sus hombres, si es que le queda alguno, y eso no lo dudo, hayan acabado con usted, con Alby y conmigo. Sepa que somos los únicos que conocemos su verdadera personalidad. ¿Cree usted que nos dejarán tranquilos? Ni por pienso.

Ascendieron rápidamente las escaleras del hotel y penetraron en la habitación donde estaba Alberta. Ésta dormía con sueño intranquilo, revolviéndose frecuentemente. Farrell le echó una manta por encima.

—Necesito urgentemente un baño y un afeitado —dijo Satterwhite, acariciándose la rasposa barbilla—. Y comer algo, también. Me parece que hace siglos que no me llevo nada a la boca.

Farrell mandó subir una botella de «*whisky*», unos emparedados de pollo y café. Mientras tanto, por turno, ambos se ducharon en el baño. Farrell apareció en la puerta del mismo, metiéndose la camisa en los pantalones.

—Me gustaría que se despertase «Cara de Ángel» —dijo.

Observó que el inglés estaba devorando las provisiones, y se sentó al lado de él, con la puerta que comunicaba con la habitación de Alberta entreabierta, por si la joven despertaba.

—Le aseguro que cuando veo una cosa de éstas me dan ganas de empezar una batida contra los contrabandistas de drogas, y emplumarlos a todos.

—Algo ha debido ocurrir hace algún tiempo —dijo, pensativamente, Satterwhite, sirviéndose una generosa ración de «*whisky*», agregándole un dedo de soda y bebiéndolo rápidamente—. Algo que indujo a esta muchacha a tomar morfina, como si en ello le fuera la vida. Y quisiera saber qué fue.

Ferrell le contempló, sospechosamente.

—Sí, ¿eh? ¿Cómo lo sabe?

—No lo sé, Farrell, me lo imagino solamente por algunas palabras sueltas que se le escaparon cuando me estaba pidiendo a

gritos morfina. Habría que preguntarle. Quizá quisiera decírnoslo.

—¿Ella? Es más testaruda que una mula, y si no la presionamos, jamás lograremos saberlo. Y, ¿sabe a quién le gustaría «masajear» un poco para que dijera algunas cositas? Al gigoló aquél. Debíó recobrar el conocimiento y largarse. Si supiéramos dónde encontrarle...

Les interrumpió un súbito rebullir en el otro cuarto. Ambos se pusieron en pie y vieron que Alby estaba despertando del sueño de la droga. A través de los cristales empezaron a filtrarse las primeras luces de la aurora.

—¿Qué? ¿Cómo se encuentra? —preguntó Farrell adustamente, dirigiéndose a la joven—. ¿Lista para hablar?

—¿Hablar? —preguntó la chica, entornando los ojos—. Y ¿para qué quieren que hable? Y ¿qué quieren que diga?

—¿Quiere comer algo? —preguntó cortésmente Satterwhite. Alby contuvo un pequeño bostezo con el dorso de la mano y, de pronto, pareció recordar algo.

—¿Qué hora es? —preguntó, abriendo mucho los ojos azules. Farrell se dijo que en su vida había visto pupilas como aquéllas, ni las volvería a ver, aunque pasase docenas de años recorriendo el mundo en busca de bellezas.

—Amanece ya —respondió, plantándose firmemente sobre sus piernas y cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Amaneciendo? ¡Dios mío! Y yo, aquí, mientras mi padre me estará buscando, seguramente, como un loco. ¡Oh! ¡Dios mío! —Se cogió la cara con ambas manos, y el rubio pelo le cayó como un manto sobre los hombros.

—Yo no fui el que quiso «soparse» —dijo Farrell, con el mismo tono duro—. Usted, sí. Pidió morfina hasta que se la tuvieron que dar, ¿no? Pues ahora tendrá que apear con las consecuencias.

Ella le miró, con los ojos arrasados en lágrimas de vergüenza y de miedo.

—¡He de irme! ¡He de ir con mi padre! Estará como un loco... sin saber si me ha ocurrido algo... Yo, ¡he de marcharme! —Esto último lo dijo casi a gritos, con la voz quebrada. Satterwhite volvió la cabeza hacia otro lado para no ver aquella carita contorsionada y aquellos ojazos suplicantes. Pero Farrell permaneció en la misma postura, sin sonreír, parecido a una estatua de granito.

—No saldrás de aquí, Alby van Stroewe —le dijo, con voz metálica—. Tu padre sabrá que estás bien, pero nada más. Eres algo demasiado precioso para nosotros, para que te dejemos marchar. ¿Sabes? Excepto a McKee y a Cardigan y al tipo aquél, el gigoló, creo que hemos pescado a toda la pandilla.

—¿Cardigan? —preguntó ella bajando la vista—. ¿Cómo supo?...

—Por ti no, claro que no, vicioso. Tú, por el contrario, guardas perfectamente el secreto. Sabías que Cardigan era el cabeza de esa honrada familia, pero como necesitas «soparte» cada media hora, te daba lo mismo. Dejabas que el muy puerco continuase con su sucio tráfico, arruinando gente a diestro y siniestro, convirtiéndolos en viciosos y criminales, hasta decir basta para conseguir la droga. Supongo que se dedicaría a las familias ricas, es decir, a los vástagos de las familias ricas. Los acostumaría a la droga y, entonces, sacaría el dinero a sus padres, madres o hermanos. ¡Tú, y todos los malditos desocupados millonarios seríais la presa favorita de ese cerdo! Claro, ¿qué podía hacer la señorita Van Stroewe para divertirse un poco, para hacer menos aburrida la vida de niña mimada? ¿Casarse? ¡Absurdo! No, hay que agotar la vida, probarlo todo. Beber, bailar toda la noche con lechuguinos afeminados, fumar opio en cualquier casa de «un conocido» y, por fin, la morfina, la cocaína, lo que sea. ¡Exprimir la vida! ¡Puah!

La última frase casi la escupió. Sus azules ojos de irlandés lanzaban chispas y sus mejillas estaban contraídas hasta palidecer los pómulos bajo la tirante piel. Satterwhite intentó ponerle una mano en el brazo, pero Marty le hizo a un lado, sin miramientos.

—¿Qué, hermosa? Te parece duro, ¿verdad? Pues aún no he acabado. De buena gana te entregaría a la policía para que te encerrasen en un sanatorio o te llevasen al manicomio, que será donde al final tendrás que entrar. Allí te llevará tu asqueroso vicio. ¿Has visto alguna vez un manicomio? No, claro, ¿qué ibas a hacer allí tú, entre medias de esa porquería? No, en realidad, tu sitio está en medio de otra vez, la de los desocupados viciosos. Pues yo sí que he estado en manicomios. He visto a las locas retorciéndose...

—¡Bestia! —clamó la muchacha apasionadamente, trémulas las manos, poniéndose en pie al lado de la cama y temblando convulsivamente—. ¿Cómo se atreve a hablarme a mí así, a mí...?

¿Es que ignora acaso lo que son sentimientos humanos? ¡Policía! Eso es lo que es usted. Un policía que no hace sino golpear a su alrededor, insultar, airear las vidas de todos los que rodean y para el cual no hay nada sagrado. ¡Bestia, bestia, bestia...! —Poco a poco había ido levantando la voz hasta convertirla casi en un alarido. Farrell dio dos pasos hacia ella y le golpeó las mejillas sin demasiada fuerza, pero varias veces seguidas. Instantáneamente dejó de gritar, abrió mucho los ojos y se desplomó de nuevo sobre la cama sollozando, liberados al fin sus nervios de la atormentadora tensión. Farrell sonrió ampliamente. Eso era, exactamente, lo que él quería, provocar aquella reacción. Ahora estaba seguro de que la muchacha hablaría si es que algo podía decir.

Se dejó caer a su lado, mientras Satterwhite, les observaba absorto, y le pasó un brazo sobre los hombros. Alby se puso rígida un momento, pero al apretar él con más fuerza, cedió. Sin dejar de sollozar, apoyó la cabeza sobre el hombro de él, pero ya su cuerpo no se estremecía de la convulsiva manera de antes.

—Sólo queremos ayudarte, Alby —dijo Farrell, con la boca pegada casi al oído de la joven. El inglés se colocaba primero sobre un pie y luego sobre el otro, evidentemente violento por aquella situación. Los métodos de su compañero americano le repugnaban un tanto por creerlos demasiado brutales, pero no podía negar que había dado el resultado apetecido. La muchacha estaba ahora completamente en las manos de Farrell, relajada, abatida su voluntad hasta el extremo.

—Sólo quiero ayudarte —repitió Marty con voz acariciadora—. Pero para ello necesitas ayudarme tú a mi primero. Te doy mi palabra de que te sacaré de todo esto, palabra de honor que sí. ¿No comprendes? Volverás a ser libre de nuevo, no necesitarás ya la droga para poder vivir a cada momento, no habrá nadie que tenga influencia sobre ti y además permitiré que te cases conmigo. ¿No crees que vale la pena probar ante ese premio?

La muchacha empezó a reír, suavemente al principio, aumentando el tono luego hasta ser sacudida por una carcajada continua. Pero no era la risa nerviosa del que padece un ataque. Era algo así, pensó Satterwhite, como una «risa de liberación», si es que pudiera expresarse así.

El inglés dio media vuelta y salió de la habitación, entornando la

puerta tras de sí. Se sentó en un sillón y se aplicó a la tarea de vaciar la botella de «*whisky*». Farrell sacaría, seguramente, más, si estaba a solas con la chica.

Alberta van Stroewe empezó a hablar en voz tan baja, que Farrell tuvo que acercarse aún más a ella, cosa nada desagradable, por cierto. Estaba sintiendo unos deseos incontenibles de besar el perfumado cabello, las pálidas mejillas y los rojos labios de la joven, tanto que ignoraba si podría contenerse si ella tardaba demasiado en comenzar la historia.

—Fue hace dos años, Conocí a Allyson en el baile de una amiga mía y me resultó muy simpático, siempre tan correcto. Aunque habla sin acento, yo creo que es inglés por su manera de comportarse. Salí con él... unas cuantas veces y me llevó al Country Club. No tuve queja de su comportamiento hasta que una noche... —Se tapó la cara con las manos y Farrell crispó los puños, aun sin saber lo que iba a seguir—. Cuando me acuerdo... Creo que... bebí demasiado, y él me dijo que íbamos a terminar la noche a casa de unos amigos suyos. Fuimos allí y... no recuerdo ya nada de lo que sucedió. A la mañana siguiente me desperté en una casa extraña, en la que había una muchacha muy pintada, que me llamaba «querida» a cada momento. Al poco tiempo, cuando yo me iba a marchar asustada, llegó Allyson.

—Espera un momento, Alby —le interrumpió Farrell con voz ronca—. Ese Allyson es el que iba esta noche contigo en el automóvil, ¿no es así?

—Sí. Pero déjame acabar o no podré hacerlo —la joven tenía la cara tan encendida que parecía iba a empezar a echar llamas de un momento a otro. Inconscientemente, Farrell pensó en lo difícil que debía ser para la chica el contar todo aquello. Se comportó conmigo de una manera abominable, como si yo le perteneciese. Le abofeteé, le llamé canalla, pero él no hacía más que sonreír y decir cosas cínicas. Me escapé de allí, y cuando llegué a casa, me encerré en mi cuarto y estuve llorando todo el día. Luego, al día siguiente, me lo encontré en la puerta de casa, cuando salía. Me dijo que, quisiera o no, tendría que acompañarle a dónde él quisiera ir, o le diría a mi padre lo ocurrido aquella noche. Yo... no sé... Te juro que no me acuerdo de nada de lo que sucedió, pero él parecía tan seguro. Tuve miedo, mucho miedo de que mi padre llegase a enterarse y fui con

él de nuevo al Country Club, pero no bebí nada.

Farrell le acarició el pelo pensativamente, procurando que el volcán que sentía arder dentro de su pecho no trasluciese al exterior.

—Sigue, nena.

—Pues me dijo que tenía una casita en el campo, donde podríamos pasar los fines de semana. Yo tendría que decir en casa que pasaría esos días con una amiga en Long Island. Me decía todas esas cosas sin dejar de sonreír, seguro de que yo aceptaría. Luego me presentó a McKee, y éste nos invitó a pasar a su despacho. Yo empezaba a sospechar que lo que ellos querían era sacarle dinero a mi padre, o hacerme a mi objeto de un chantaje, pero aún no los conocía bien. ¡No, por Dios! Son más demoniacos que todo eso. Me amenazaron hasta conseguir que me pusiese la primera inyección de morfina. Yo no quería, pero me vi obligada. Y la segunda, y la tercera...

Un llanto silencioso conmovía hasta lo más profundo del ser de la muchacha. Farrell la soltó y empezó a pasear por la habitación a grandes zancadas, apretando los puños.

—¿Qué diablos esperaban conseguir con eso? ¿Por qué no se limitaron a exprimirme hasta dejarte sin un centavo?

—Creo que era protección para su negocio. Mi padre es muy influyente y, sin duda, ellos pensaban que podría sacarles de cualquier apuro. Fue entonces, cuando me negué a lo que querían, cuando supe que Cardigan era el dueño de todo el negocio. Subió un día a mi habitación y me dijo que mi padre se enteraría de todo. Para entonces, yo empezaba a necesitar la droga. Poco a poco se iban disipando parte de mis escrúpulos ante la necesidad de inyectarme. Eso... eso es todo.

Farrell se detuvo ante ella, dominándola con su alta estatura.

—Eso se ha terminado, nena. Escucha. Vas a permanecer aquí por algún tiempo, mientras yo acabo con esos tipos. Y, ¡por tu vida!, no vas a tomar ni un maldito miligramo de esa porquería. ¿Me entiendes? Aunque tenga que matarte con mis propias manos, no voy a dejarte seguir por ese camino. ¿Prometes ayudarme?

Ella vaciló, como el que se encuentra al borde de un abismo y siente la atracción del vértigo.

—Yo... no sé si podré... Martin, ¿crees que yo...?

—¿Qué si podrás? Así arda en los mismísimos infiernos si no lo consigo. Sólo necesito que tú me ayudes un poco. ¿Prometido?

Alby, con los ojos arrasados en lágrimas, incapaz de articular una sola palabra, afirmó con la cabeza. Marty Farrell se inclinó sobre ella, la tomó en sus brazos y la besó. Extrañado, vio cómo ella correspondía al abrazo apasionadamente, como el que se está ahogando se agarra a una tabla en medio de las olas.

—Ahora, querida, procura descansar. Procura apartar de tu cabeza todo lo que no sea la voluntad de vencer. Ya verás como no es tan difícil. Lo conseguiremos. ¡Y que Dios se apiade de los que te llevaron a esta situación, porque yo no tendré piedad!

Dio media vuelta y salió del cuarto, cerrando la puerta tras de sí. Hasta que dejó de verla, los ojos de la muchacha no se apartaron de su figura.



VII



ATTERWHITE había acabado casi su botella de «*whisky*» cuando Farrell se le reunió. Martin examinó la botella, gruñó por lo bajo y cogió, el teléfono.

—Envíeme inmediatamente otra botella de «*whisky*» —le ordenó al del «comptoir». Colgó y se quedó mirando a Satterwhite con el ceño fruncido.

—Venga —le dijo de pronto—. ¿A quién perseguía usted cuando vino a los Estados Unidos?

—Se trata de un hombre relativamente joven. En los archivos no tenemos ninguna fotografía de él. Nació en Inglaterra, pero tenemos noticia de que su padre era un armenio naturalizado. La policía alemana le persiguió también durante algún tiempo, por

contrabando de drogas, y nos pasó el aviso, basándose en que era inglés. Empezamos el trabajo y, poco a poco, empezamos a descubrir ramificaciones de los «negocios». Incluso creo que se manchó con algo de trata de blancas. Engañaban a las muchachas haciéndoles creer que tenían contratos para una casa de películas sudamericana, pero luego desaparecían las chicas y no se volvía a saber de ellas. Unos cuantos padres, escandalizados, dieron parte. Por fin, «alguien» nos dijo que el individuo ese —Roger Kardek se llamaba— había llegado a los Estados Unidos. Supongo que no tendré que revelar mi fuente de información. Al menos, en Washington no me la pidieron.

—Puede guardársela en conserva. Sé de quién me está usted hablando. Es más: esta noche le hemos tenido en nuestras manos y le hemos dejado escapar. ¿Qué le parece la noticia?

El inglés se irguió, instantáneamente alerta.

—¡No me diga! ¿Quién era?

—El gigoló. Piense un poco.

Satterwhite se le quedó mirando, y de pronto, se dio un golpe en la mandíbula con el puño derecho cerrado.

—¡Idiota de mí! Merecería que me colgasen de la estatua de Nelson por los pies, con la cabeza hacia abajo. Escuche, Farrell, tenemos que pescar a ese tipo. Es dinamita pura. Recuerde que no sólo usted y yo, sino también la policía alemana y la seguridad francesa andan detrás de él.

—Se olvida de una cosa, Satterwhite. «Yo» tengo que matarlo. Pero, antes de obligarle a exhalar el último maldito aliento, me propongo hacer que se arrepienta de todo ello. ¡Palabra que sí!

Sostenía un vaso en la mano. Cuando hubo acabado de pronunciar las últimas palabras, sus fuertes dedos quebraron el grueso cristal. Satterwhite vio cómo el licor le corría por entre los apretados dedos, mezclado con un poco de sangre.

—No me agradecería estar en el pellejo de Kardek cuando de usted con él —dijo—. La chica, ¿no?

Farrell movió la cabeza afirmativamente. Hubo un silencio, que rompió el camarero, que llegaba con la nueva botella. Farrell esperó a que se marchase y cogió el teléfono, y pidió un número al de la centralita.

—Quiero hablar con míster Van Stroewe —dijo, cuando tuvo

comunicación—. Y de prisa, o le arranco las orejas. ¿Míster Van Stroewe? Escúcheme atentamente. Aquí, Farrell. Tengo a su hija en un sitio seguro, pero por ahora no puede ir a su casa. ¡No! No, maldita sea, le estoy diciendo que su vida correría un gravísimo peligro si vuelve a la Quinta Avenida. ¡Si vuelve usted a decir otra palabra, le doy mi palabra de honor de que corto! Y atiéndame bien. Nada de policía ni demonios coronados. Su hija está bien, completamente bien. ¡Alby! —llamó, de pronto. La muchacha apareció en la puerta del cuarto con aspecto de gran abatimiento—. Tu padre está al teléfono. ¡Hazme el condenado favor de decirle que estás bien, que no te ocurre nada!

La muchacha se acercó al teléfono y le aseguró a su padre, con voz fatigada, que se encontraba perfectamente.

Farrell volvió a coger el auricular.

—Supongo que Cardigan no habrá ido por ahí, ni tampoco irá mañana; pero, en el caso muy improbable de que lo hiciera, haga que el cara de palo del mayordomo, y si es necesario tres lacayos, lo amarren fuertemente, y usted me avisa al momento. Mi teléfono es... —Le dio el número—. Y no se le ocurra tratar de averiguar dónde es, porque lo único que conseguiría sería estropear las cosas. ¿Entendido?

Colgó y quedó un momento pensativo, mirando a sus dos compañeros.

—Alby —ordenó—. Vete a la otra habitación, arréglate un poco y estate dispuesta por si hubiésemos de salir. ¡Ah, y otra cosa! ¿Cuál es la dirección de la casa de campo donde ese perro de Allyson quería llevarte?

Alberta, apoyada en la jamba de la puerta, contrajo las cejas en un esfuerzo de memoria.

—No... no logro acordarme. Sé que... no, no puedo.

—Haz un esfuerzo. No podemos pasar por alto ningún detalle de éstos. ¡Tienes que acordarte! —Y dio un fuerte golpe sobre una mesa, para apoyar sus palabras. La joven le miró, asustada.

—No puedo... yo estaba... había tomado... ya sabes.

Marty hizo un esfuerzo para contenerse.

—Comprendo, nena. Perdona. Pero, por Dios, ¡procura acordarte! Piensa en todo lo que ocurrió el día que te hizo la proposición...; piensa...

—¡Deje a la muchacha en paz, verdugo! —dijo, de pronto, Satterwhite sin poderse contener—. ¿No ve que la está martirizando?

Martin alcanzó la botella y se sirvió un vaso lleno. Lo bebió de un sorbo y se dejó caer en un sillón.

—Tengo los nervios de punta —bramó—. O nos ponemos en acción o aquí va a ocurrir algo. Dispensa, Alby. Anda, vete a tu cuarto.

Hubo un largo silencio. Satterwhite sintió que sus párpados pesaban como plomo, pero no hizo ningún intento para vencer al sueño. Sabía que si ocurrían pronto acontecimientos, y se figuraba que así sería, necesitaría todas sus energías para hacerlos frente. Martin Farrell, sentado al otro lado de la habitación, fumaba cigarrillo tras cigarrillo.

Un hombre de baja estatura, descubierto, salió por la puerta de servicio de la casa de los Van Stroewe. Cruzó la calle Cuarenta y Ocho y la Avenida de Madison y penetró en un bar situado enfrente del Marguery Hotel, y cuya puerta se abría a la clientela en aquel momento. Pasó al otro lado del mostrador y se dirigió hacia el hombre delgado, que estaba lavando vasos con la máquina. Habló un momento con él en voz baja y luego salió de nuevo, dirigiéndose a la casa de Van Stroewe. Instantes después, la puerta de servicio se cerraba detrás de él. Y un cuarto de hora más tarde, el hombre se dedicaba a sus ocupaciones en el palacete, vistiendo el chaleco a rayas de los ayudas de cámara.

Un coche negro se detuvo delante del hotel a las nueve de la mañana. Los tres hombres que se apearon de él empujaron sin miramientos a un grupo de muchachas que caminaban hacia la casa de modas, situada una manzana más allá. Las protestas de las chicas les siguieron hasta que la puerta giratoria se los tragó.

El empleado del registro los miró con atención un momento y les preguntó qué deseaban. Y se llevó un susto mayúsculo cuando vio el negro cañón de una automática que le apuntaba directamente al pecho. El vestíbulo estaba vacío y el empleado sintió que se le ponía la carne de gallina ante la imposibilidad de escapar a la fría mirada del hombre de la pistola.

—Atención, hermano —dijo el otro—. Nos vas a decir dónde se

meten dos hombres y una mujer que debieron llegar aquí anoche. Comprende bien que «nos lo vas a decir».

—Sí, señor. Yo...

—¡Vivo! —dijo el otro, fustigándole y acercándole unas pulgadas más la amenazadora boca del arma.

—Habitación ciento siete. Yo...

Dos de los hombres se dirigían ya a la escalera. El otro, el de la pistola, guardó el arma en el bolsillo, pero conservando la mano en la empuñadura.

—Si viene alguien y haces un solo gesto, te lleno de plomo la tripa. Verás que te conviene estarte quieto como un buen chico.

Y se apoyó en el mostrador sin dejar de mirarle como un gato cerca de la jaula del canario. Los otros dos estaban ya parados ante la puerta 107, en el primer piso. La puerta estaba cerrada y uno de ellos llamó suavemente.

Farrell dejó la colilla del cigarrillo sobre el cenicero y fue a abrir. En el momento en que dio vuelta al pestillo, sintió cómo una fuerza enorme le empujaba hacia dentro y, trastabillando, dio dos pasos hacia atrás. Dos hombres, con el sombrero encasquetado hasta los ojos, penetraron en la habitación. Ambos iban armados y cerraron la puerta tras de sí, quedándose mirándole.

—Hola, muchachos —dijo Marty, mientras pensaba furiosamente. Había caído en una buena trampa, pero lo más extraño para él era que los hombres de McKee hubiesen averiguado tan rápidamente dónde se habían escondido ellos—. Buen día, ¿eh?

—No para ti, bastardo.

Uno de los hombres se le acercó y le dio un puñetazo en la boca, mientras el otro se dirigía a la habitación contigua, aquélla en que esperaba Alby. Farrell se limpió el hilillo de sangre que le corría por la comisura de los labios, pero su cara no cambió de expresión.

—Esta puerta está cerrada —dijo el que se acercara a la otra habitación.

Volvió sobre sus pasos y le dio un fuerte puntapié al dormido Satterwhite. Éste despertó al momento, y pareció comprender instantáneamente las novedades. Tampoco él hizo ningún gesto.

—Tú, bastardo —ordenó el que golpease a Farrell—. Abre esa puerta o te agujereo la barriga. Y soltad las armas que tengáis. Así, nosotros no nos pondremos nerviosos.

Marty Farrell sacó con cuidado su pistola de la sobaquera y la tiró al suelo, delante de los pies del otro. El inglés, que se había puesto en pie, hizo un gesto indicando que él no llevaba armas. Un breve y eficiente registro demostró que decía la verdad.

—La puerta —ordenó, lacónicamente, el que hablara antes.

—Está cerrada por dentro —dijo Farrell mirando inexpresivamente.

—Abre esa puerta, hijo de perra —y levantó la pistola, apuntándole a la cabeza. Marty comprendió que el tipo aquel dispararía y se preparó a saltar, con todos los músculos en tensión, para no morir como un conejo, sin defenderse.

Hubo un chirrido y la puerta del cuarto de Alby se abrió repentinamente. La sorpresa hizo que el pistolero volviese la cabeza para mirarla, y ése fue el instante que Farrell escogió para saltar sobre su enemigo. Mientras lo hacía, y con el rabillo del ojo, vio cómo Satterwhite le imitaba.

Sonó un disparo y la bala rompió el artesonado, arrancándole trozos de estuco. Farrell golpeó al hombre en el brazo con toda su fuerza y enredó su pie derecho en el tobillo de su contrincante, mientras le hundía el puño en el estómago. Pero McKee o Cardigan habían elegido bien sus hombres. Ambos eran fuertes, con la fuerza de los toros de Iowa, y no era tarea fácil el derribar a ninguno de aquéllos.

El hombre se repuso prontamente, aunque la fuerza del impacto de Farrell casi le había hecho poner los ojos en blanco. Su pistola estaba en el suelo, pero confiaba en sus enormes puños. Bloqueó un nuevo golpe del agente y contestó con un derechazo a la mandíbula. Apenas el puño rozó la cara de Marty, cuando éste cogió la muñeca del individuo, en una presa dolorosa destinada a romperle los ligamentos. Hubo un bramido de dolor, y Farrell, mientras le sostenía, levantó su rodilla y la puso en doloroso contacto con el bajo vientre del «gorila». Dos golpes de esa magnitud en tan poco tiempo acaban con el ánimo de cualquier luchador, y aquél, aunque fuerte, no era ningún profesional. Se dobló en dos y se vino al suelo.

Pero Farrell no tuvo tiempo de volverse siquiera. El segundo pistolero había acabado con Satterwhite en un par de segundos y se le echaba encima por detrás. Le golpeó la nuca con el puño cerrado, en el momento en que Marty aún no conservaba el equilibrio, y el

agente cayó redondo.

—¡Perro! —Gruñó el otro.

Levantó el pie derecho y le asestó una coz en los riñones. Enfurecido, le golpeó, cogiéndole por las solapas, levantándole en vilo y machacándole la cara.

Alby lanzó un grito desgarrador y se apoyó en la puerta, sintiendo que le faltaban las fuerzas ante aquellas muestras de bestialidad. Vio a sus pies algo que brillaba, y de pronto, entre las nieblas que embrumaban su cerebro, aún no muy claro después de la morfina y el sueño, una idea se abrió paso, cegadora como un relámpago.

«Aquello» era una pistola. El manejo de las armas no le era desconocido. Varias veces, cuando tenía quince años, había cazado en los Adirondocks y tirado a las cercetas, en las lagunas de Virginia. Sabía cómo se utiliza una pistola.

Levantó el arma, que tenía el seguro quitado. Apuntó, con el pulso un poco tembloroso aún, y disparó. El pistolero, que estaba todavía muy ocupado en masajear diversas partes de la anatomía de Farrell, puso ojos de asombro, dio media vuelta, soltando al agente, y se enfrentó con la muchacha. Pero en todo ello no intervino su voluntad: fueron solamente actos reflejos, pues apenas sus ojos se clavaron en la joven, cayó al suelo. La bala le había tocado el vértice del corazón.

Alby van Stroewe se precipitó hacia Farrell, se arrodilló a su lado y le levantó la cabeza. El agente abrió los ojos, contrajo las cejas con un gesto que indicaba lo dolorido que estaba y, de pronto, se puso en pie, apartando a la muchacha. Ésta se hizo a un lado, sin dejar de mirarle, y el agente se inclinó sobre el cuerpo de Satterwhite. En aquel momento, unos golpes terribles dados en la puerta hicieron retemblar el cuarto y se oyó la voz de un camarero, que preguntaba repetidamente «si es que ocurría algo».

—Abre, encanto —dijo Farrell, por encima del hombro, mientras se arrodillaba al lado del inglés. La muchacha se dirigió a la puerta y dejó pasar a un criado y al encargado del registro, que llegaba pálido y tembloroso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó éste último mirando a su alrededor con ojos espantados.

Farrell cacheteaba las mejillas del inglés. Satterwhite había

recibido un violento golpe en la mandíbula y tardaría aún algún tiempo en recobrar el conocimiento.

—Un terremoto —replicó Farrell al encargado—. Traigan «cognac» y unos paños empapados en agua fría. ¡Rápido!

—Un hombre me amenazó con una pistola y me tuvo apuntando mientras esos dos subían —dijo el encargado, mientras el camarero se apresuraba a cumplir lo que Marty ordenara—. Al oír uno de los disparos, pareció asustarse y salió corriendo. Subió a un coche que estaba parado a la puerta y se marchó. ¡Por Dios; esto arruinará al hotel!

—Salga enseguida y procure calmar a los clientes, si es que se han asustado —ordenó Farrell—. Y avise enseguida al teniente Timothy Corrigan, de la policía, y dígame que venga para acá. ¡Vivo, hombre!

Había tal acento de autoridad en su voz, que el encargado voló a la escalera. Algunas caras curiosas se habían asomado a la puerta, pero Farrell la cerró tras el camarero, que volvía con el «cognac» y los paños. Con uno de éstos azotó repetidas veces la cara de Satterwhite hasta que el inglés abrió los ojos, y entonces le hizo tragar el estimulante.

—Me... encuentro ya bien —dijo Satterwhite incorporándose—. ¿Me coceó una mula?

—Casi. Levántese, tenemos algo que hacer. Usted —añadió, volviéndose al camarero—, cuando llegue la policía, les dirá que Martin Farrell les recomienda a este individuo, ¿me ha comprendido? Que le pongan en conserva hasta que yo les dé noticias. Y ahora, avise a un «taxi».

Cuando el camarero salió, Satterwhite y él se dedicaron a amarrar al pistolero que quedaba con vida, utilizando las cuerdas de las cortinas de las ventanas. Cuando terminaron, Marty se apoderó de un brazo de Alby.

—Está visto que no estarás segura más que en tu casa, si acaso, nena. No tengo más remedio que ponerte bajo la vigilancia de ese viejo pirata que se llama Van Stroewe. Y, ¡por Dios Santo!, que no me gusta nada la idea, pero te vas conviniendo en un engorro. Un engorro delicioso —añadió, besándole la punta de la nariz. El inglés tosió significativamente y las mejillas de la joven se tiñeron de rubor.

Sacaron al «gorila» al corredor y le dejaron bajo la vigilancia de un camarero, al que Farrell le dio una de las pistolas de los tipos. Éste empezaba a volver en sí cuando ellos descendían la escalera.

Se metieron en el «taxi» y Farrell dio al mecánico las señas de la casa de la Quinta Avenida. La muchacha se recostó en el hombro de Marty con un suspiro, que éste no pudo interpretar.

—No te asustes por todo esto, preciosa —le dijo—. Aún verás cosas mucho peores. Claro que si puedo evitarlo, no estarás presente cuando el amigo Allyson caiga en mis manos. Aunque... Bueno; no lo sé, pero me imagino que no tendrás mucha simpatía por él. ¿O sí? —preguntó, con un asomo de celos.

Alby rió musicalmente y su mano buscó la de su compañero.

—En este momento sólo me preocupas tú, ciclón —le dijo—. Parece mentira que haga sólo dos días que te conozco. Casi me parece que te he estado viendo desde muchos años atrás.

—Pues prepárate para los años venideros. ¿Te... te encuentras bien?

—Casi como en la gloria. Ya no siento deseos...; bueno —se ruborizó de nuevo—, mentiría si dijese que no siento deseos de tomar «eso», pero no son tan fuertes como otras veces. ¿Crees que seguiré así? ¡Contéstame! ¿Crees que será posible... que...? Bueno, ya lo sabes —terminó, excitada.

—¿Qué te curarás? ¡Qué duda cabe! ¡Quisiera encontrar al tipo que me diga que no!

—Yo no he dicho que no —intervino, tranquilamente, Satterwhite, levantando la mano—. Pero, si han terminado ustedes ese enternecedor arrullo, quisiera saber qué es lo que vamos a hacer.

—Eso es —interpoló, de pronto, el chófer—. ¿Por qué no nos dicen, lo que van a hacer? Cátese con ella, hombre.

—¡A callar! —ordenó Farrell—. Y procure que este cacharro de más de sí.

—Dígaselo a la Compañía. Ella es la que compra los «carros».

Pasaron delante de la casa de los Van Stroewe. Satterwhite pagó al chofer, y Marty, sosteniendo cogida del talle a Alberta, se colgó del timbre hasta que el mayordomo abrió la puerta. La vista de su señorita, abrazada a aquel tipo, hizo torcer el gesto al imponente personaje, pero ya había aprendido a temer la lengua de Farrell.

—Avisé a mi padre —dijo Alby entrando y dirigiéndose hacia una de las puertas que daban al «*hall*»—. Si está en su oficina...

—Si está en su oficina, le dice que tiene que venir aquí dentro de diez minutos —ordenó Farrell siguiendo a la joven.

Entraron en una sala muy grande, con grandes molduras de roble y varias mesitas, dispuestas cerca de las butacas. Alby se dejó caer en una de éstas y cerró los ojos con aspecto de cansancio. Marty le acarició el pelo, pero suspendió su ocupación al ver que ya entraba Satterwhite. Le disgustaba el extraño humor de éste.

—¿Conque así son las casas de los millonarios americanos? —preguntó el inglés, mirando curiosamente a su alrededor—. Siempre me las imaginé repletas de cuadros de Corot y de Ribera y con una copla de la Declaración de Independencia en cada pared. ¡Ah!, y un retrato de Washington.

—Cállese, descreído —dijo Farrell, paseándose nerviosamente por la habitación.

La puerta se abrió violentamente y Albert van Stroewe entró como un huracán. Se precipitó hacia su hija y la estrechó entre sus brazos.

—¡Pequeña! —exclamó con voz nada firme—. Creí... bueno, creí...

—No es nada, papá —dijo la muchacha apretándose contra él—. Ya lo ves, estoy bien.

El millonario soltó a su hija y se volvió hacia Farrell. Había un brillo sospechoso en sus prominentes ojos.

—¿Cómo es que la han traído aquí? Usted me dijo que había peligro. Y aquello, acerca de Cardigan. Tendrá usted que explicar muchas cosas, señor Farrell.

—¡Demonios tendré que explicar nada! —estalló Marty. Le dije que había peligro, sí, pero ahora cambié de opinión. No tengo tiempo de explicarle nada, si es que le interesa saberlo. Lo único que puedo decirle es que deje todo lo que tenga entre manos y procure que la chica no se separe de su vista ni un solo momento. Si es necesario arme a sus criados; pero, cuando yo venga, necesito saber hasta el más mínimo paso que ella haya dado. ¿Comprende? Tengo trabajo, y ese trabajo está relacionado con ella. No puedo hacer de niñera en estos momentos, aunque bien quisiera hacerlo. Será usted responsable si algo ocurre. Ahora no podrá usted alegar

ignorancia de lo que ella hace, ¿me entiende? Y si necesita amarrarla, para que no se procure la droga, bueno, pues hágalo. Es usted el responsable desde este momento.

La energía de Farrell le estaba haciendo ganar batallas. Los ojos de Van Stroewe parpadearon velozmente, como si aún no acabase de comprender, pero ya Farrell se inclinaba sobre Alby y le besaba en la boca. Luego tomó su sombrero y, seguido por Satterwhite, que parecía una esfinge, salieron de la casa.

Trío de ases:

¡CULPABLE!

LA HORA GRIS

EL REY DEL HAMPA

Primeros títulos de la arrolladora Colección

F. B. I.

VIII



O habían hecho más que plantarse en la acera, cuando, de pronto, «Cara de Palo» abrió la puerta y se acercó a ellos, corriendo todo lo que le permitía su dignidad británica de mayordomo importado.

—La señorita desea verles de nuevo, caballeros —anunció, tratando de hacerlo con la mayor pomposidad posible, pero los jadeos que agitaban su pecho apenas se lo permitieron.

Volvieron a entrar, y Farrell se dirigió otra vez a la sala. Alby le salió al encuentro y le tomó del brazo.

—Marty, ¿sabes?, aquella casa donde Allyson me dijo que tenía que ir a verle, ¿recuerdas? Tengo el nombre en la punta de la lengua...

—¿Qué es eso? —preguntó Van Stroewe acercándose a ellos.

—Algo muy importante. Ordene usted a los criados que estén

atentos. Necesito que nadie entre en esta casa que no pase por la vigilancia de «Cara de Palo» y de los lacayos. Ni los proveedores, ¿comprenden?

El mayordomo, ofendido hasta sus más recónditas convicciones, se dirigió a la puerta para impartir aquellas órdenes. Marty casi sacudió a Alberta, en su excitación por enterarse de dónde estaba aquella casa.

—¿Dónde? ¡Por Dios, si logras acordarte tendremos ganada una importante batalla! ¿Dónde, querida?

—Sus procedimientos, señor Farrell... —empezó fríamente el millonario, tratando de interponerse entre ambos, pero Satterwhite interrumpió su movimiento.

—Se trata de la vida y del porvenir de su hija, míster Van Stroewe. Deje a Farrell. Ha conseguido en dos horas lo que usted no pudo conseguir en dos años. Confíe en él.

Alby se dejó caer desalentadamente sobre la alfombra, en un gesto de desesperación. Allí, con las piernas recogidas, sin medias, que se había dejado en el hotel, parecía una niña, una niña con cuerpo de mujer.

—No puedo, por Dios, no puedo. Parece como si a cada momento fuese a surgir ese nombre, pero no lo logro... ¡Dios mío!

—Hija, hijita —se lamentó la voz de bajo de Van Stroewe. Con un considerable esfuerzo, el viejo se arrodilló al lado de su hija y le pasó una mano por encima de los hombros—. No te preocupes. Ya verás cómo todo se soluciona. Ahora estarás siempre conmigo, sin separarte de mí, ¿verdad? Entre todos verás cómo se arregla eso. Tengo influencia, puedo conseguir muchas cosas, Ya verás, hija. Pero ¿verdad que no intentarás volver a alejarte de mí como este tiempo atrás? ¿Verdad que no lo harás, Brechten?

Farrell sintió una súbita picazón en los párpados y vio cómo Satterwhite volvía la cabeza a otro lado. Aquel viejo lobo, aquel tigre de Wall Street había debido sufrir mucho, horriblemente, para perder de aquella manera el control sobre sí mismo. El hombre que arruinaba a docenas de otros hombres con sólo levantar una mano desde su despacho, parecía un muñeco desarticulado intentando consolar a su hija e infundirle e infundirse a sí mismo valor.

—Tal vez —dijo Alby, abrazando a su padre—. Tal vez... Cuando me lo dijo, yo estaba...; bueno, no me miréis, ya sabéis

cómo estaba. Quizá si volviese a tomar... Un poquito, nada más que una... me acordaría...

El viejo se puso rígido, como si alguien le hubiese golpeado con una maza. Farrell cesó bruscamente en sus paseos y miró a la joven echando llamas por los ojos. En dos zancadas se puso al lado de ella y, sin miramientos de ninguna clase, la puso en pie.

—¿No será eso un truco, Alby? ¿No será que deseas volver a probar de nuevo esa porquería? ¡Maldito sea yo si permito...! ¡Habla!

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

Su cabeza se abatió sobre el hombro del agente, pero éste la rechazó para poder seguir mirándola a los ojos.

—No... Yo, bueno; claro, no sé si podré acostumbrarme tan deprisa, pero te juro que ahora sólo quiero ayudarte, Marty, te lo juro. Sí, tomaría otra vez la droga, pero ya no sólo por mí, sino también por ti. ¿No comprendes?

El viejo Albert se puso en pie de nuevo y contempló la escena como alguien que está demasiado aturdido para tomar parte en ella. En aquel momento, cuando Farrell se disponía a contestar a la joven, se oyó el sonido inconfundible de la voz del mayordomo que regañaba con alguien.

—¡Silencio! —ordenó Farrell por encima del hombro.

Pero, de pronto, soltó a Alby y se precipitó hacia la puerta de la sala. Acababa de ver cómo uno de los criados golpeaba al mayordomo e intentaba salir corriendo. Pero, con la tenacidad de sus compatriotas, «Cara de Palo», que había caído al suelo, sujetó un pie del otro y le hizo caer a su vez. En aquel momento, Farrell sujetó al lacayo y le puso en pie de un tirón nada suave.

—Estaba espionando lo que ustedes decían, señor —dijo el mayordomo levantándose—. Ya había notado yo algo raro en este hombre, pero hasta ahora...

Farrell le hizo señas de que le siguiera e introdujo al individuo en la sala.

—¿Cuánto tiempo lleva este hombre a su servicio? —preguntó.

El mayordomo pensó un momento.

—No más de ocho meses, señor. El señor Cardigan lo recomendó para el puesto de ayuda de cámara.

Farrell lanzó un silbidito, coreado por Satterwhite.

—Creo que ya sé quién avisó a los pistoleros que nos atacaron cuando estábamos en el hotel —dijo el primero—. Fue este mico; ¿no es así, gusarapo?

El hombre cerró los labios con gesto de obstinación y se mantuvo silencioso.

—Señor Van Stroewe —dijo Farrell—. Usted y el mayordomo reúnan a toda la servidumbre y cerciôrense de que no hay ninguno que lleve menos de dos años en la casa. Si lo hubiera, despídalo sin contemplaciones. No podemos echar a perder nuestro trabajo si tenemos algún enemigo dentro. ¿Tu doncella particular, Alby?

—¿Cuál? —preguntó, ingenuamente, la joven.

—No me figuraba que tuviese más de una. Bueno; como sea, ¿tienes confianza en ellas?

—Completa. Denise es francesa y la tengo conmigo desde hace tres años y medio, desde que estuve en Europa. Y Silvia es italiana y lleva conmigo la misma cantidad de tiempo. Son leales, querido.

—Bien, Creo, nenita, que no tendrás necesidad de recurrir a ese remedio drástico que pedias antes. Este gusarapo nos va a decir dónde se encuentra esa casa. Y algunas cositas más. ¿No es así, bonito?

Silencio.

—Necesitaré la cocina —dijo Farrell.

—¿Qué piensa usted hacer? —preguntó Van Stroewe mirándole con ojos bovinos.

—Hacerle hablar, eso es todo. Pero es que no quisiera manchar estas alfombras.

—Farrell, no se meta en líos —pidió Satterwhite.

—¡Váyanse todos al infierno! Mataré al que intente impedirme saber dónde se esconden esos hijos de perra. ¿Lo has oído, animal? —preguntó al preso, mirándole ferozmente.

—Enséñeme dónde está la cocina —le pidió luego al mayordomo.

Éste, inmediatamente y como si se hubiese establecido de pronto una corriente de simpatía entre ambos, le precedió, con una mueca que casi podría tomarse por una sonrisa, Satterwhite cerró la marcha. Antes de salir, Farrell se dirigió a una de las muchachas, que habían acudido a la llamada del mayordomo.

—Usted es Denise, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Encargo a usted de que nadie que venga a esta casa pueda ver a la señorita, ¿me ha comprendido? Nadie absolutamente. Ni aunque sea su más íntima amiga.

—Perfectamente, señor —respondió la francesa haciendo una ligera reverencia.

Farrell hizo una seña animosa a Alby y, siempre con el lacayo cogido del cuello, se zambulló entre los corredores que conducían a las cocinas. Allí, en esa especie de saleta donde se preparan los alimentos antes de servirlos a las mesas, se encerraron los cuatro: Farrell, Satterwhite, el mayordomo y el lacayo.

—Bueno, hermano gusano. ¿Vas a hablar o prefieres un «tratamiento»?

Silencio.

—Perfectamente. Mayordomo, quítele un zapato.

—Gustoso, señor. Este individuo no merece la más ligera consideración, si me permite usted expresarme así, señor.

—¿Quiere usted mucho a la señorita, no es cierto? —preguntó Farrell mirándole con algo más de simpatía.

—Mucho, señor. Yo fui la primera persona que la tuvo en brazos, si es que me permite expresarlo de esta manera. Su madre, la difunta señora, fue muy buena conmigo en... cierta ocasión. No me desagradaría, puedo asegurarlo así al señor, si me lo permite, presenciar el «tratamiento» de este... individuo.

—Satterwhite, átemelo a la silla —ordenó Farrell, mientras el mayordomo le quitaba un zapato.

El hombre contemplaba todos aquellos preparativos con cara de pánico, pero era evidente que algún temor más profundo aún le obligaba a mantener la boca cerrada.

Satterwhite, con cara que evidenciaba su disgusto bien a las claras, cumplió la orden.

—Creo que sería mejor entregar a este hombre a la policía, Farrell —dijo, cuando terminó—. No me gusta... someter a nadie a «tratamientos». No es nada legal.

—Tampoco es legal lo que hicieron con Alby, señor «Escrupuloso». Eso de la estricta legalidad podrá usted hacerlo en Inglaterra, pero no aquí. No olvide que nos llega la escoria de todos los países, y contra eso hemos de luchar en todo momento. No

puede ser demasiado mirado quién se dedica a acabar con estos bichos. Bien. Por última vez, bestia, ¿quieres hablar?

Silencio. Farrell se arrodilló junto a él y le cogió el desnudo pie entre sus dos manos.

—¿Oyeron ustedes hablar alguna vez de la bota malaya? Bueno, pues esto va a ser una especie de bota malaya, sólo que sin bota. Bastará con retorcerle el pie hasta que se le desate la lengua. Es tan fácil como beberse un vaso de «*whisky*».

Y en el momento en que terminaba de hablar, dio casi media vuelta al pie del criado. Este contrajo la boca en un gesto de dolor, pero no pronunció ni una palabra. Creía poder aguantar más. Las ligaduras lo sujetaban a la silla, de manera que no podía torcer el cuerpo para hacer más llevadero el dolor. Farrell le miró atentamente un instante y luego retorció de nuevo.

Esta vez el hombre lanzó un gemido ahogado. Brillantes gotitas de sudor brotaban de su frente y sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¡Bestia! —gritó, con voz entrecortada.

Farrell no le hizo el menor caso. Sus fuertes manos hicieron palanca de nuevo. Ahora fueron verdaderos aullidos los que se escaparon de la boca del lacayo.

—¡Suelte, por amor de Dios, suelte! ¡Ahú!

—¿Hablarás? —preguntó Farrell, disponiéndose para un nuevo esfuerzo. Sabía que si el hombre no hablaba, poco podría ya retorcer, ya que el pie se partiría si se le sometía a nueva presión. Pero el hombre había llegado ya al límite de sus fuerzas.

—¡Sí, hablaré! —gimió—. Lo diré todo, pero no siga. ¡Por Dios, suélteme el pie!

Farrell le soltó. El otro lanzó un suspiro de alivio, entrecortadamente. Respiraba como un fuelle y sudaba como un condenado.

—¿Dónde telefoneaste? ¿Cómo te pusiste en contacto con ellos? Habla o...

Hizo ademán de volver a cogerle el miembro.

—¡No! En el bar de Hugh, al lado del hotel Chatham. Él es el contacto.

—¿Hugh?

—Sí, lo juro.

—Te prevendré: Si esto es mentira, palabra de honor que lo que te he hecho no será nada comparado con lo que te haré. ¿Cómo es Hugh?

El lacayo le dio una descripción del aspecto físico de Hugh. Marty Farrell pensó un momento. Luego, de pronto, su cara se iluminó.

—Muy bien, hermanito. Me vas a llevar al bar de Hugh. Ten en cuenta que estarás constantemente a mi lado y que, a la primera jugada que intentes hacerme, te lleno de plomo. Aún me condecorarán por quitar del mundo a un gusano como tú. Le dirás a ese tipo que tiene que ponerse inmediatamente en contacto con quien sea. Le dices que hay peligro, mucho peligro, ¿entiendes?

El hombre afirmó con la cabeza. Farrell le desató en un momento.

—Vamos —dijo a Satterwhite. Pusieron entre ambos al lacayo y echaron a andar—. Y recuerde, mayordomo...

—Mi nombre es Parker, señor —dijo el otro.

—Bueno, Parker, recuerde lo que le he dicho acerca de la señorita Van Stroewe. Nadie debe entrar en la casa. Nadie.

Este último «nadie» sonó como un pistoletazo. Luego, Martin, Satterwhite y el lacayo se dirigieron a la puerta de salida.

Serían apenas las once y media cuando entraron en el bar de Hugh. Había allí diez o doce personas comiendo emparedados apresuradamente y consumiendo cerveza. Detrás del mostrador estaban dos hombres. Uno de ellos, en mangas de camisa, parecía un esqueleto de puro delgado que estaba. Una cabeza cadavérica, completamente calva, se balanceaba sobre el par de hombros más estrechos que jamás viera Farrell en su vida. El otro era un tipo de tabernero corriente, fuerte y dinámico. Una sola ojeada reveló a Farrell que el esqueleto humano era Hugh.

El criado se dirigió a él, cojeando aun ligeramente. Farrell, a su lado, adoptó la actitud de un pistolero: las manos en los bolsillos, el cigarrillo en la comisura de la boca y los ojos quietos, fijos sombríamente en el dueño del bar. Éste miró con sospecha al lacayo, pero no dio otras muestras de conocerle.

—Tengo que hablarte —dijo el criadillo.

Hugh dio una orden a su ayudante y se metió por la puerta que conducía a los fondos, Farrell, sin dejar de tocar con el codo al

criado, le siguió. Apenas la puertecilla se cerró tras de ellos, Hugh se volvió hacia el lacayo como si le hubiese picado una serpiente.

—¡Idiota! —Le escupió—. ¿Cómo sé te ha ocurrido venir aquí a estas horas? Y ¿quién rayos es éste?

Farrell cambió la colilla de comisura, sin apartar los ojos de Hugh.

—No puedes conocer a todo el mundo, ¿verdad?

—Tengo que hablar con el jefe —exigió el lacayo, tembloroso—. Han ocurrido cosas y empieza a caldearse el ambiente. Tengo que hablar con él. Éste es uno de confianza. Ya trabajó para mí en otras ocasiones.

—Seguro —dijo Farrell—. Dese prisa, hombre.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el tabernero sin abandonar su aire de sospecha.

Se había ido aproximando a una mesita, en la que había un teléfono y cuyo cajón se hallaba abierto unas pulgadas. Marty estaba seguro de que en aquel cajón había un arma y que sí Hugh se olía algo, empezarían los tiros. Y eso no le convenía. La imagen de Alby, pidiendo morfina para poder acordarse de aquella casa, no se apartaba de su imaginación. El «tenía» que «saber» por otro conducto.

—Te digo que estamos todos sentados sobre un polvorín —repitió el lacayo, cuyas dotes de histrión no eran nada despreciables, por cierto. Estaba bien claro que el miedo le obligaba a superarse a sí mismo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el tabernero de nuevo, pero sin acercarse ya más a la mesa.

—El tipo ese, Farrell, pescó a los chicos que le enviaste —dijo Marty—. Mató a uno e hizo hablar a otro.

—Tú eras el del «auto», ¿no? —preguntó Hugh de pronto.

Farrell se temió una trampa, pero ya estaba lanzado y no podía frenar. Decidió asumir la personalidad del que se escapó en el «auto». Por tanto, afirmó con la cabeza. Ahora ya, le parecía, pisaba un terreno más seguro si el otro se tragaba el cuento.

—Tuve que salir por pies. Tuve suerte, desde luego, pero el jefe ha de enterarse de todo esto.

Hugh pareció decidirse. Cogió el teléfono y marcó un número. Los ojos de Farrell eran tan agudos como los de un marino y vio

perfectamente qué cifras eran hechas rodar. Su memoria se encargaría de guardarlas. También vio que las letras correspondían al Estado de New York.

—¿Mamaroneck? —pidió Hugh en voz muy baja—. Aquí, Hugh. Quiero hablar con McKee —esperó un momento y luego siguió—: Ocurre algo, jefe. Los chicos que fueron a buscar a Farrell cayeron en una emboscada. Tengo aquí a uno de ellos, el que logró escapar... —se interrumpió de pronto, escuchando, y súbitamente brilló un turbio resplandor en las oscuras cuencas de sus ojos.

Martin se dio cuenta de que estaba descubierto, pero la cosa no tenía demasiada importancia, ya que conocía la situación de los traficantes y dónde se escondían éstos. Dio un salto de tigre, que le llevó hasta Hugh, y su enorme puño chocó como una catapulta contra aquella repugnante cara de muerto.

El golpe fue tan violento que el hombre cayó, arrastrando el teléfono y arrancando el cable. La cabeza chocó contra el suelo, y Farrell, sin detenerse, volvió sobre sus pasos. Instantáneamente el lacayo levantó ambas manos sobre su cabeza indicando que él no atacaría y que no quería líos.

Farrell le cogió del brazo y salió corriendo. Los parroquianos del bar le miraron pasar con aire de indiferencia, pero el ayudante de Hugh quiso detenerlos. Farrell le empujó a un lado y salió a la calle, donde Satterwhite le estaba esperando. Un agente de policía pasaba en aquel momento por allí, observando curiosamente a su alrededor. Farrell le puso la chapa delante de la nariz y el agente, aún asombrado, le preguntó qué quería.

—Meta a este tipo en la primera Comisaría que encuentre, oficial —le dijo Farrell—. Y avise al teniente Corrigan.

—Lo conozco —dijo el oficial—. Pertenezco a su división.

—Pues haga lo que le digo. Y diga al teniente Corrigan que avise al inspector Prudens, del F.B.I. Que envíen inmediatamente un «auto» con muchachos a Mamaroneck, en el Estado de Nueva York, y que se presenten en la central de teléfonos. Pero todo como si dependiese su vida de ello.

—Enseguida. —El oficial cogió al lacayo, sin ningún miramiento, y echó a correr. Farrell se limpió el sudor de la frente.

—Hemos de correr, Satterwhite. Seguramente a estas horas están ya preparándose para huir. «Tenemos» que llegar antes de que

vuelen.

Satterwhite hizo una seña a un «taxi», pero Farrell le cogió del brazo.

—Eso sería lo mismo que ir montados en un carro de heno, hombre; necesitamos algo más rápido.

Un enorme «Cadillac», de último modelo, estaba parado a dos yardas de distancia. Era un coche descubierto y dentro de él una pareja de jóvenes discutía muy animadamente, al parecer. Farrell empujó a su compañero y casi lo arrastró hasta el coche. La pareja dejó de discutir y miró a ambos sospechosamente. El joven, que no tendría más allá de diecinueve años, hizo ademán de poner el coche en marcha.

—Esperen —casi gritó Farrell, echando mano al bolsillo y sacando la placa—. Servicio oficial, amiguitos. ¿Pueden dejar su discusión para otro rato y llevarnos a Mamaroneck?

—Al manicomio, amigo —dijo el joven, poniéndose muy colorado—. ¿Qué se cree que es esto, un taxi?

—No; pero creí que ustedes eran americanos —dijo Farrell, fingiendo gran amargura—. Ya ve que soy de los Federales. Hemos de estar en Mamaroneck dentro de media hora todo lo demás. Muchas vidas dependen de ello.

La jovencita, una preciosa muñeca que no pasaría de los diecisiete, tocó a su amigo en el brazo.

—Vamos, Billy, podríamos hacerlo. Parece «muy muy importante».

—Lo es, señorita. Pero buscaremos algo más...

—Vamos, suban —dijo el joven, abriendo la portezuela.

Ninguno de los dos se hizo repetir la orden.

—No se preocupe del tráfico a no ser que resulte imprescindible —dijo Farrell—. Hay que llegar sea como sea.

Los ojos del chico brillaron de placer.

—¿De veras puedo «pisar» a gusto? —preguntó, poniendo en marcha el potente motor.

—Claro que sí. Y gracias a los dos. Siempre dije, señorita, que las mujeres de Pennsylvania son las más inteligentes de toda la Unión.

La chiquilla se ruborizó y sonrió mostrando una dentadura magnífica mientras su compañero empezaba a «pisar» el acelerador,

enfilando la Quinta Avenida hacia el Norte, para bordear Central Park. En el cruce con la calle Noventa y Seis, se dio el gustazo, por primera vez en su vida, de desobedecer la señal del policía, el cual apenas tuvo el tiempo justo para silbar desesperadamente.

—¿Cómo diablos sabía usted que esa muñeca era de Pennsylvania? —preguntó Satterwhite, mirando recelosamente por encima de su hombro.

—Porque lleva el emblema de un colegio de allí. Eso, unido al acento, hacía casi seguro que fuera de ese Estado. Además, si me hubiese dicho que no era de Pennsylvania, le hubiera dicho exactamente lo mismo de cualquier otro Estado. El caso es agradecerle el favor que nos ha hecho.

—Ya llevamos cola —dijo de pronto alegremente el chico, mirando por el retrovisor. Dos agentes con motocicletas. Les voy a hacer correr un poco, ¿eh, Patsy?

La jovencita no pareció encontrar aquello tan divertido ya; pero animosamente sonrió a su compañero. Por su parte, Farrell ni se preocupó. Había que salir a toda costa de Manhattan, y eso era lo único que le atormentaba por el momento.

—No se ocupe de éstos, amigo —le dijo al chico—. Si llegan aquí les enseñaremos la placa.

El coche, sorteando el tránsito a una velocidad meteórica que demostraba el magnífico pulso y serenidad del chiquillo, dobló como una exhalación la esquina de la calle Ciento Dieciséis, y alcanzó la Avenida Lenox, que cruzó haciendo saltar a los peatones y dejando una estela de maldiciones detrás de ellos. Y una vez en la Octava Avenida, la cosa fue ya mucho más fácil. Las motos eran ahora tres; pero se hacía evidente que no podrían sostener mucho tiempo aquella velocidad. No obstante, con la tenacidad propia de los agentes del tráfico, que antes se dejan los sesos en cualquier poste que ceder, seguían, haciendo sonar sus sirenas, lo que resultaba sumamente beneficioso para el coche perseguido.

En el puente de Macombs Dam estuvieron a punto de chocar con un gigantesco camión, y sólo la pericia del chico impidió la colisión. Hacía un rato que Patsy, la linda muñequita, había cerrado los ojos y se agarraba con fuerza al respaldo de su asiento, murmurando de vez en cuando con voz ahogada:

—Jimmy, Jimmy, ¿crees que no ocurrirá nada?

Pero Jimmy gozaba con la carrera. Cruzó Harlem como un relámpago, a pesar de que las amplias calzadas de Manhattan empezaban a ser sustituidas por callejuelas donde pululaban críos de color de ébano vestidos como golfillos. Una negra recogió del arroyo a su retoño y amenazó a los del automóvil con el puño levantado.

La carretera que cruza el Bronx Park les hizo ganar mucho camino. Antes casi de darse cuenta, cruzaban la divisoria y penetraban en el Estado de Nueva York.

En línea recta desde la frontera hay unas siete millas y media al pueblo de Mamaroneck, situado en la costa, un sitio en el cual un montón de «snobs», con más ganas de presumir que dinero para lograrlo, acostumbra pasar los veranos. Pero en primavera, otoño e invierno aquello es casi un desierto. Los hoteles están cerrados, los pescadores casi no salen al mar sino cuando lo necesitan de una manera urgente, y la hierba crece en todos los jardines de las villas de alquiler.

Llegaron a Mamaroneck a las doce, y la primera parada fue en la Centralita de Teléfonos. Farrell se apeó de un salto, cuando ya se oían a lo lejos las sirenas de los motoristas que habían sido reforzados por otros del Estado.

En dos saltos, Farrell se introdujo dentro del edificio y se paró ante un mostrador, detrás del cual había varias muchachas jóvenes y atractivas.

Echó su chapa de agente sobre el mostrador y se inclinó hacia la muchacha más próxima.

—Necesito saber a quién pertenece este número y cuál es la dirección del propietario. Tengo prisa, bonita.

—Al momento —contestó la chica con una sonrisa. Hojeó un listín especial que sacó del cajón, y levantó la vista luego para fijarla atentamente en Farrell.

—Al señor Stephen Gleason, en Sun Valley Cottage. Eso está a dos millas de aquí, en la carretera de White Plains. Hay un bosque a la entrada de la carretera, de manera que no puede uno perderse.

Cuando la muchacha terminó de hablar, se oía ya un estrépito grande en la calle. Farrell sonrió a la empleada y salió de nuevo a la soleada calle.

Seis o siete policías de tráfico rodeaban el coche de Jimmy,

mirando a éste ferozmente, mientras Satterwhite, con su característica flema, intentaba discutir con ellos. Farrell se abrió paso entre los curiosos y apartó a un policía de un manotón.

—El fuego es aquí, oficial, —dijo, metiéndole la placa por debajo de la nariz—. Si se toma el trabajo de leer, verá que dice: Fidelidad, bravura y todo lo demás. Ahora ya sabe por qué corríamos.

—Aún no —rezongó el oficial, apartándose un poco. Farrell palmeó la espalda del chico.

—Te portaste, Jimmy. No te olvidaremos. Ahora llévate a tu amiguita de regreso a Nueva York.

El chico le saludó con un gesto de la mano, Patsy sacó la lengua a unos de los agentes y el coche arrancó camino de la ciudad. Farrell se dirigió al que hablara con él antes.

—Necesitamos llegar a Sun Valley Cottage ahora mismo, oficial. Hay varios hombres, por los que el Buró Federal daría hasta la camisa, metidos allí. Eso —añadió pensativamente— si no se han marchado ya.

—Adelante —dijo el oficial concisamente, Farrell montó en la trasera de la enorme «Indian» y Satterwhite se encaramó a otra.

—Sin sirena —dijo Farrell. El policía movió la cabeza y arrancaron en medio de la expectación de un puñado de muchachas de la escuela que salían en aquel momento, con sus pantalones remangados y las camisas con los faldones fuera.

Aumentando a cada momento el régimen de marcha, las motos enfilaron la carretera de White Plains, atravesando como centellas las inmensas parcelas de tierras destinadas al ensanche de la ciudad. Allá a lo lejos se veían los árboles del bosque que nombrara la telefonista, y que cuando toda aquella parte estuviera edificada, quedaría como parque.

Estarían apenas a unas quinientas yardas de la linde del bosque cuando vieron al auto de pronto. Era una furgoneta «Dodge», pintada de verde oscuro y avanzaba velozmente en dirección contraria a la de ellos. Nada de sospechoso habría en ella si la aguda vista de Farrell no hubiese distinguido los inconfundibles rasgos de la enorme cara de McKee cuando la furgoneta casi estuvo encima de ellos. Inmediatamente su voz sonó como un trueno, dominando las explosiones de los motores.

—¡A ellos, oficial! ¡Ellos son!

El agente metió los frenos con tal bravura, que casi salió disparado por encima del manillar. Inmediatamente, con la indiferencia característica por el peligro de todos los policías americanos que visten el uniforme, hizo dar media vuelta a su artefacto, chocando casi con el que venía detrás.

La pistola estaba ya en la mano de Farrell y procuraba, a despecho de los vaivenes de la motocicleta, alcanzar con sus disparos las gomas de la furgoneta, tirando por encima del hombro del agente. Detrás de él oyó el crepitar de otra arma de fuego, confundiéndose casi con el ruido de los motores.

De la ventanilla trasera de la furgoneta brotó una serie de llamaradas y uno de los motoristas se encogió encima del sillón, perdiendo el control de la máquina. Ésta, casi con el manillar en ángulo recto con respecto al cuerpo, se interpuso en el camino de otra de las motos, aquélla en la que viajaba Satterwhite. Con el rabillo del ojo vio Farrell cómo los tres hombres y las dos máquinas se amontonaban en la cuneta, en una horrible mezcolanza.

Pero aún quedaban cinco motos, con cinco héroes encima. Aquellos muchachos no tenían la más ligera posibilidad de salir con vida de aquel fregado, y, sin embargo, se obstinaban, con uñas y dientes, en alcanzar la presa. Farrell se sintió poseído de un odio tan violento hacia los maleantes aquellos, que estuvo a punto de prorrumpir en imprecaciones.

Hubo nuevas llamaradas en la trasera de la furgoneta y otra moto se salió de la carretera y su ocupante se estrelló contra un árbol al lado de la cuneta. Un coche que llegaba en dirección contraria a ellos, se apartó para dejar el paso a aquella persecución de locos. Su ocupante, un hombre de edad madura, se les quedó mirando aterrado e hizo frenar su automóvil al ver cómo uno de los policías era lanzado de su máquina al dar ésta media vuelta de campana. El infeliz agente resbaló más de cinco yardas sobre el asfalto y luego quedó quieto, espantosamente quieto, mientras uno de sus compañeros hacía un brusco viraje para no pasarle por encima.

Farrell levantó una mano y gritó algo a su conductor. Éste afirmó con la cabeza y fue frenando poco a poco, imitado por los dos que quedaban.

—Esto es imposible —dijo Farrell, guardando su arma y viendo cómo la furgoneta desaparecía a lo lejos—. No conseguiríamos más que morir todos. ¿Cuál es la población más cercana? Hay que dar aviso a las otras patrullas y marcar la ruta de esos malditos asesinos.

—En Hartsdale podremos hacerlo —dijo el que le llevara en la moto.

—Bien. Uno de ustedes vaya a Hartsdale y ocúpese de que ese coche no quede sin vigilancia desde ahora. Ustedes dos vengan conmigo.

El ocupante del cochecillo se había apeado, y con un maletín en la mano estaba observando a los policías.

—Soy médico —dijo concisamente—. Uno de estos hombres está vivo, éste, indicó al que estaba en medio de la carretera. —El otro, no.

—Gracias, doctor —dijo Farrell montando en la moto—. Hay otros un poco más lejos. ¿Le importaría?

—No. ¿Qué demonios eran esos hombres?

—Traficantes y pistoleros.

De nuevo las motos echaron a rodar hacia el sitio en que se encontrarían los restos de Satterwhite y los otros dos agentes. El inglés estaba de rodillas, tratando de reanimar a uno de los policías, pero el otro estaba muerto. Inmediatamente el médico se dedicó a los vivos, vendándoles las heridas.

—Buena carnicería —dijo el policía que condujese a Farrell—. Si cojo a los que han hecho esto no saldrán vivos —añadió con furor reconcentrado.

—Hay una probabilidad, oficial —dijo Farrell, sujetando a Satterwhite. Éste tenía un brazo roto y un enorme desgarrón en la frente, producido por el asfalto al resbalar sobre él. Cuando el médico procuraba reducirle la fractura, perdió el conocimiento.

—Ocúpese de ellos, doctor —dijo Farrell. Nosotros— añadió, volviéndose al policía —iremos hacia la casa.

Y las dos motos partieron ruidosamente en dirección al bosque. Llegaron a éste en menos de cinco minutos y vieron que la carretera se bifurcaba. Mejor dicho, un caminito vecinal, sólo lo suficientemente ancho para un coche, arrancaba de la arteria. Siguieron el camino, de tierra apisonada, por espacio de media

milla, y al fin divisaros la casa.

Era un edificio bastante grande, una especie de granja, rodeada por todas partes de copudos olmos y castaños. No tenía jardín; pero sobre la puerta de entrada, encima del porche, campeaba un letrero con el nombre de la posesión, que, en realidad, casi parecía una ironía, porque los árboles debían dejar penetrar muy poco el sol hasta allí, incluso en el mediodía.

Se apearon los tres y echaron a andar hacia el porche. Se veían, tanto en éste como en el «*hall*», las señales de una fuga repentina. Había cacharros tirados por todas partes, restos de conservas, bastones, hachas, trozos de cordel e infinidad de papeles.

—Busquen en las habitaciones —ordenó Farrell, dirigiéndose hacia la puerta del fondo.



¿POR QUE SE HA IMPUESTO LA COLECCION

F. B. I.

*Porque es un género novelesco inédito
hasta ahora en el mundo entero.*

IX



RA una habitación cuadrada, destinada seguramente a almacenar aperos y herramientas. No viendo en ella nada de particular, salió de nuevo al «*hall*». De pronto, la voz del policía que le condujese sonó desde lejos, llamándole. Halló al oficial, en pie, al lado de un hombre atado a una silla y cuya cabeza caía sobre el pecho. Una gran mancha de sangre florecía sobre su camisa; pero a la primera ojeada Farrell se dio cuenta de que aún vivía.

—Mójele un poco la cabeza con agua fría, oficial —dijo. El policía volvió enseguida con un paño húmedo y sacudió con él las sienes del herido. Éste abrió penosamente los ojos. Al distinguir el uniforme tuvo un sobresalto, pero Farrell procuró calmarle.

—No tenga miedo, nada le ocurrirá. ¿Quién le hirió? Y ¿por qué

lo hicieron?

El hombre no contestó de momento. Farrell, impaciente, prosiguió:

—Si hablas tendrás un médico y te curarás seguramente. Pero si no hablas, pienso dejarte aquí para que acabes de desangrarte. Elige, no creo que tus compañeros se lo merezcan, ¿verdad, chico?

—Fue McKee —dijo el hombre con voz apenas audible—. Él y Gleason querían huir solos, y McKee me dio un golpe y me ató a la silla. Pero luego debieron tener miedo de que les delatase, y disparó contra mí.

—¿Gleason? —preguntó Farrell extrañado. De pronto recordó la información de la muchacha de teléfonos—. Gleason, ¿es un hombre de mediana estatura y pelo negro? Un tipo elegante, ¿no?

El hombre afirmó con la cabeza. No cabía ninguna duda acerca de quién era Gleason. Sin duda, con ese nombre hacía mucho tiempo que alquilara The Sun Valley Cottage.

—¿Y la droga? —preguntó Farrell de nuevo. Pero el hombre se encogió de hombros.

—Nunca nos dejaban ver dónde la escondían. Sólo él y McKee lo sabían. Pero un día yo vi a McKee con una escalera apoyada en uno de los árboles del frente de la casa. Me dijo que había visto un nido de ruiseñores y quería coger los huevos. Yo no me lo creí, porque estaba tan gordo, que hasta andar le costaba trabajo. Pero luego se me olvidó. Yo creo que ahí escondían algo.

—¿Qué árbol? —preguntó Farrell.

—El castaño de enfrente de la puerta. Ese que tiene las primeras ramas tan altas.

Farrell hizo una seña al oficial y éste salió rápidamente. En aquel momento el hombre perdió el conocimiento de nuevo. Había hecho un esfuerzo considerable. Farrell le tomó el pulso y luego dejó caer suavemente la muñeca del individuo. Otro pistolero no volvería jamás a oprimir el gatillo de un arma.

Salló al porche, y vio cómo el oficial, ayudado por su compañero, trepaba al castaño. Al llegar a las primeras ramas, lanzó un silbido.

—Aquí hay un agujero enorme —dijo—. Pero está vacío.

—Asegúrese bien y baje —le ordenó Farrell—. El hombre ha muerto ya. Volveremos a Mamaroneck y allí ordenarán ustedes que

venga una patrulla para hacer un registro completo de la casa. Si es necesario, que la eche abajo, pero que se enteren de si hay algo de morfina en ella. ¿Comprendido?

El policía hizo un ligero saludo. Bajó rápidamente del castaño y se dirigieron hacia las motos.

En Mamaroneck se enteraron de que la radio ya estaba lanzando mensaje tras mensaje a los coches de la Brigada Móvil del Estado; pero que hasta ahora se desconocía el paradero de la furgoneta. En cada cruce de carreteras, un motorista tomaría nota de los automóviles que pasaran por su lado, y cada cinco millas un coche marcharía de pueblo en pueblo. Las redes de la policía eran muy tupidas, pero por alguna desgarradura de las mallas habían encontrado los fugitivos manera de colarse. Cuando Farrell emprendió el regreso hacia Nueva York, aún no se sabía nada de ellos.

Llegó a la Quinta Avenida hacia las cinco de la tarde. Acababa de telefonar al hospital y allí dijeron que Satterwhite estaba bien y que la fractura era normal y sin complicaciones. Luego avisó a Centre Street y habló con el inspector Prudens, de los Federales.

—Tendrá usted que avisar a la Embajada británica, señor —le dijo—. El agente que pusieron a trabajar los del Intelligence en la cuestión de las drogas ha recibido en un alón el plomo de una ametralladora y por poco se deja la cabeza en el asfalto de una carretera.

—La policía metropolitana no hace más que darme quejas de usted, Farrell —se lamentó el inspector Prudens—. Parece que entre usted y un pistolero no hay más diferencia que...

—Que yo tiro mejor y lo hago legalmente —tronó Farrell, indignado—. ¿Tendré que repetirle a usted, señor, que esos hombres no son chiquitines jugando a los soldados? Yo creo que...

—¡Basta, Farrell! —La voz de Prudens adoptó tonos más suaves—. Ya sé, ya sé todo eso; pero procure hacer las cosas con menos ruidos. Y pida ayuda cuando la necesite. Se metió usted a trabajar en este asunto, sin pedir permiso a nadie, ni siquiera a mí. Reconozco que ha logrado usted algunos éxitos; pero la policía metropolitana se escandaliza si ve demasiada sangre, aunque sea sangre de pistoleros. ¿Qué hace usted ahora?

—Quiero ayuda. En alguna parte del Estado de Nueva York hay

en este momento una furgoneta «Dodge», con dos individuos más peligrosos que víboras y algunos kilos —esto lo sospecho nada más— de morfina. ¿Qué le parece? En vez de chillarme podía usted mandar aviso a Washington y que se pusiera en marcha todo el mecanismo. Si acabamos con esos tipos podremos estar tranquilos, en lo que a drogas se refiere, durante unos cuantos años. ¿Vale la pena?

—Sí, hombre, si lo vale. Pero, por favor, Farrell, recuerde que está usted propuesto para inspector. No estropee su ascenso por...

Farrell escuchó lo más respetuosamente que pudo las quejas del pusilánime Prudens, y luego colgó. Menos mal que la mayor parte de los jefes del F.B.I. no eran tan cautos. No es con gente así como se acaba con las bandas de maleantes.

Le abrió la puerta Parker, el mayordomo inglés. Venía bastante preocupado, y Farrell se dijo que algo debía andar mal.

—¿La señorita?

—En su habitación, señor. Está... muy nerviosa, si me permite que me exprese así.

Farrell sintió oprimírsele el corazón, y en dos saltos alcanzó la escalera de mármol, subiéndola de tres en tres peldaños. Se encontró en un corredor de inusitada anchura, a cuyos lados se abrían varias puertas. A través de los entrepaños de una de ellas oyó el ruido de voces, y abrió sin contemplaciones.

Había cuatro personas en la habitación. Van Stroewe, pálido, resollante, con el cuello desabrochado y los ojos más parecidos que nunca a los de un carnero. Denise, la doncella francesa; Silvia, la italiana, y Alby, una Alby desconocida.

—Farrell —murmuró Albert van Stroewe, con voz temblorosa—. No sé qué hacer... Lleva así más de una hora...

Marty se acercó al sillón donde estaba Alby. Ésta no le había oído entrar, pero volvió de pronto la cabeza y le vio. Instantáneamente, el rubor cubrió sus mejillas.

—¿Volvemos a las andadas? —preguntó Marty, apretando los dientes. Sabía que es imposible, para un morfinómano, el dejar la droga instantáneamente, pero quería que el sentimiento de dignidad de Alby estuviese constantemente humillado. De este modo, la joven trataría de curarse, coadyuvaría a ello con todas sus fuerzas —. Hagan el favor de salir todos de aquí —ordenó. Van Stroewe

pareció ir a rebelarse, pero a una señal imperiosa del agente obedeció. Marty se enfrentó con la muchacha.

—Estoy pensando en dejar todo este maldito asunto —dijo, ferozmente—, y dejarte a ti con tu asqueroso vicio hasta que te pudras en un sanatorio de alienados. Apenas volví la espalda, cuando ya empezaste de nuevo.

—Marty —susurró ella—. No eres justo, querido. «Sabes» que no puedo dejarlo así. Es imposible...

Marty se inclinó sobre ella, mirándola severamente.

—No hay nada imposible. Tendrás una inyección dentro de una hora. Ni un minuto más, ni un minuto menos, ¿entendido?

—Pero lo necesito ahora, de veras, querido; lo necesito ahora. ¿No ves que es que tú te vas, y entonces me quedo sola y empiezo a pensar, a ponerme nerviosa y ya no soy dueña de mí misma? Si al menos tú no te movieses de mi lado... Podría soportarlo mucho mejor. Hasta que tú no te marchaste antes, no sentí ninguna necesidad, ya lo viste. En cambio, luego te fuiste...

Farrell tragó penosamente saliva. Era evidente que la valiente chica estaba haciendo lo posible. Pero se había enamorado de él de una manera desesperada y quería tenerle cerca. Algo interior le dijo a Farrell que si no abandonaba a la joven, ésta se curaría en muy poco tiempo.

—No me moveré de tu lado mientras pueda evitarlo, nena —le dijo, dejándose caer a sus pies y abrazándose a las rodillas de ella—. Verás cómo conseguimos lo que queremos. Bueno... eso si tú quieres lo mismo que yo.

—Claro que sí, tonto.

—Tu padre tendrá uno de los mayores disgustos de su vida cuando se entere de que te vas a casar con un agente federal, un hombre que no tiene más dinero que su sueldo, y para eso éste no es demasiado grande. Cuando sepa que te tendrás que contentar con una criada de color para las faenas de la casa. Ese día bajará la Bolsa meteóricamente.

Alby rió musicalmente, mientras despeinaba la rojiza cabeza de Farrell.

—No me importará. Además, no te casas con ninguna pordiosera. Mi madre era una Van dem Berg, y tenía mucho dinero. Me lo legó todo a mí.

—¡Bueno! Entraré en una familia tan noble que me sentiré como el patito feo. Empieza la cosa porque no quiero tu dinero, maldita sea. Se lo dejas a tu padre para que se divierta haciéndolo prosperar. En segundo lugar, tus parientes no querrán siquiera oír hablar de mí. Te vas a encontrar un poco descentrada, querida, cuando veas que sólo tienes un marido, pero has perdido a una nobilísima familia.

—No conoces a mi padre, pelirrojo. Si yo me pongo... buena, todo le parecerá poco para el hombre que lo ha conseguido. Y ese hombre, por si no lo sabes, eres tú. Ya verás como no dice ni una palabra en contra de nuestra boda. A propósito —añadió enrojando de nuevo—, estamos habla que te habla y aún no me has pedido que me case contigo.

—¿Qué te figuras? ¿Qué yo pido la mano de la primera muchacha que se me pone delante? No, querida. Tendrás que estar curada completamente. Hasta entonces, sólo puedo darte algunos anticipos. Como éste.

La besó con tanta fuerza que a ella se le cortó la respiración. Con inmensa alegría, Farrell comprobó que ni una sola vez en la media hora que estuvieron juntos había aludido a la morfina. Rogó al cielo fervorosamente que continuase así.

—¿No sabes? —preguntó ella, haciendo sonar el timbre para que viniera Denise—. He logrado acordarme de la dirección aquélla. Me vino sola a la cabeza. Eso debe ser buen síntoma, ¿verdad?

—Supongo que sí. Bueno, de todas maneras, ahora ya no tiene importancia. Solamente han logrado escapar de Mamaroneck McKee y Cardigan, que por cierto se ocultan bajo otro nombre.

—¿Mamaroneck? Pero no, Marty. No era ahí donde me dijo Allyson.

Farrell se irguió, instantáneamente, alerta. Se había obcecado de tal manera que con la idea de que lo que el lacayo y Hugh le dijeran sería lo mismo que la joven pudiera indicarle, que no se había preocupado de averiguar si era el mismo sitio.

—¿Dónde, querida?

—Era en Long Island, en Remsenburg, en la bahía de Shinnecock. Una casita de campo al lado de la costa.

Farrell se puso en pie, mientras la joven le miraba expectante.

—Querida Alby —le dijo inclinándose para besarla—. Has

tenido la más luminosa idea de tu vida. Ahora ya sé dónde están McKee y Cardigan. Y Allyson, al que había perdido de vista. Y conste que tengo muchas ganas de ponerme enfrente de él.

—¿Te vas? —preguntó ella, temerosamente.

—Sí, nena, pero volveré enseguida. Y, recuerda, dentro de media hora puedes ponerte la inyección. No sabrás quién la tiene, pero cuando sea necesario la tendrás. Voy a dar una orden.

—Si vuelves antes de media hora, no me la pondré —dijo ella, de pronto, en un arranque de valentía. Farrell le sonrió y le lanzó un beso, mientras salía rápidamente de la estancia.

Habló un momento con Van Stroewe y con Denise, y luego se lanzó a la calle. Tenía que actuar solo, si no quería que los pájaros se le escapasen. Tomó un «taxi» en la esquina de la calle Cuarenta y Siete y le ordenó que le condujese a Long Island. Al enterarse del sitio donde tenía que ir, el mecánico frunció el ceño.

—No haga el tonto —le previno Farrell—. Tendrá buena propina y la satisfacción de servir al país. ¿Le gusta la idea?

—Bueno, todavía la propina... Haremos lo que podamos, hermano.

Eran la siete de la tarde cuando llegaron al pequeño pueblecito de Remsenburg. Este consta de unas docenas de «chalets» y un pequeño puertecillo de pescadores. Anocheció cuando Farrell pagó al chofer, y se zambulló en las callejuelas. Recordaba lo que Alby le dijera; «Una casita de campo a orillas del mar». Pero debía haber allí docenas de casitas de campo a orillas del mar.

Un viejo pescador holandés, con una pipa negruzca en la boca, miraba estoicamente al mar, que cada vez se iba poniendo más oscuro. A lo lejos empezaba a parpadear el faro de Muntauk.

El hombre, después que hubo escupido abundantes veces y carraspeado con entusiasmo por espacio de varios minutos, se decidió, al fin, a dar la información requerida. Un hombre de la ciudad había alquilado una casa hacía un par de años allá, en el roquedal. Se reunía allí con unos cuantos amigos de vez en cuando, y armaban algunas buenas francachelas.

Marty le hizo describir al hombre. Alto, moreno, con el pelo muy teñido de brillantina, como si fuera un italiano. Pero no era italiano, no señor, pues hablaba, sin el menor acento. Farrell le dio las gracias y echó a correr por la costa, camino del roquedal. Éste

era una pedrera de bastante extensión que se adentraba en la bahía como un pico erizado de rocas. Éstas habían sido apartadas para formar una especie de camino, pero Farrell prefirió, ahora que la oscuridad había caído por completo, no arriesgarse a recibir un tiro si seguía en medio del caminillo.

Mientras se acercaba a la casa notó que él que en su vida se había puesto nervioso a la proximidad de una batalla, ahora lo estaba. Sentía palpitaciones, y sus nervios no eran todo lo firmes que debieran. Y es que estaba pensando que si los bandidos no estaban en la casa, sería muy difícil pescarlos ya nunca. Y Farrell se quedaría sin poder enfrentarse con Kardek, el armenio inglés, el hombre que se portase con Alby...

Se encontró enfrente de la casa casi sin darse cuenta de que había llegado, porque una enorme roca se la tapara hasta entonces. La situación era ideal, desde el punto de vista de una emboscada. Sin duda, aquella casa debió ser construida en los tiempos de la prohibición, cuando los «gángsters» peleaban como gatos unos contra otros.

De pronto oyó ruido de voces. Se agachó instantáneamente y permaneció inmóvil, procurando que su figura no se destacase de entre las rocas. Con un ronco suspiro de alivio oyó la gruesa voz de McKee, la educada de Cardigan y otra... un poco chillona y con leve acento extranjero. ¡Kardek!

Oyó también el chapoteo de algo que se movía en el agua. Parecía el ruido de una barca, y Farrell sintió que la frente se le cubría de sudor. Si escapaban por el mar, era señal de que algún barco les esperaba fuera de la bahía. Y él no podía dar aviso a las autoridades marítimas, porque para cuando llegase a la Prefectura los pájaros habrían volado. Pero se tranquilizó al oír a Cardigan:

—Todo preparado... —Su voz se hizo inaudible por el chapoteo —. Entonces embarcará Allyson y usted, McKee. Yo esperaré a Tyler.

Farrell se aplastó aún más contra la roca cuando vio la elevada figura de Allyson que se dirigía hacia la casa desde el pequeño embarcadero. También oyó las voces de McKee y de Cardigan, que continuaban hablando.

Era una ocasión única. Farrell se movió silenciosamente, como una sombra, siguiendo a Allyson. Éste había llegado a la casa, subió

las dos gradas y empujó la puerta. Farrell sabía que si alguno de los dos que estaban charlando en el embarcadero se daba cuenta de su presencia, lo matarían de un tiro antes de que pudiera decir amén siquiera. Pero la sangre le bullía atormentadora por las venas al solo recuerdo de Alby van Stroewe.

Se introdujo en la casa siguiendo a Kardek y se encontró en la profunda oscuridad de un vestíbulo. Sacó la pistola de la sobaquera y la empuñó con mano firme. Estaba dispuesto a saber y sabría, aunque tuviera que dejarse la piel en la tarea.

Una luz se encendió repentinamente en la habitación de al lado. Farrell se pegó contra la pared, pero vio que Allyson volvía, silbando distraídamente. Era evidente que había estado buscando alguna cosa y la había encontrado ya. Farrell se preparó, como un tigre, con los músculos en tensión...

En el momento en que Allyson pasaba por su lado, sin verle aún, Marty saltó sobre él, rodeó con su brazo izquierdo el cuello del otro y le hundió la pistola en las costillas.

¡Quieto y ni un grito, lagarto!

Lo arrastró hasta la habitación que Kardek acababa de abandonar, cerró la puerta tras de sí, y de un empujón violentísimo tiró a Allyson contra la pared. Luego se fue encima de él con las intenciones de un foro.

Allyson le reconoció enseguida, a pesar del sombrero, caído sobre los ojos, y un gemido de miedo se escapó de su garganta. Farrell le abofeteó repetidas veces con tanta fuerza que sus bofetones casi parecían puñetazos.

—Te voy a matar, asqueroso. Vas a morir, pero enseguida. ¡Oh, no! Lo más lentamente posible, aunque me cueste después la placa. Y ¿ya sabes por qué, verdad?

Le metió el puño en el estómago y le dio, al mismo tiempo, una violentísima patada en la espinilla izquierda. Allyson cayó al suelo y empezó a sollozar.

—Abusaste de Alberta van Stroewe, abusaste de ella de la manera más repugnante que existe, y eso te va a costar la vida —murmuró Farrell, entre dientes, con la cara contraída, mientras seguía golpeando el cuerpo del otro. Lo puso en pie, sosteniéndolo por las solapas, y le dio un rodillazo en el muslo, uno de esos golpes que parten la pierna de un individuo. Pero sus palabras habían

atravesado la capa de dolor en que el armenio se iba desvaneciendo.

—¡No, no! —chilló casi, jadeando, con los ojos casi fuera de las órbitas y la sangre corriendo por las comisuras de la boca—. ¡Le juro que a Alby van Stroewe no le ocurrió nada en absoluto!

—¡Gusano! Ahora quieres mentir para salvar tu asquerosa pelleja, ¿no es así?

Un nuevo golpe de Farrell hizo moverse dos dientes de Kardek. Éste echó una bocanada de sangre por la boca, pero siguió moviendo la cabeza desesperada y negativamente.

Levantó un brazo pidiendo misericordia, y Farrell cesó un momento en sus golpes.

—Si me mientes —le anunció—. Cuando entregues tu alma no llevarás ni un solo hueso sano en tu cuerpo. ¿Te enteras?

—¡McKee si quería! —dijo el otro, llorando—. Pero Cardigan... y yo, claro, nos opusimos. Cardigan dijo que bastaba con tenerla en nuestras manos, y que ella así lo creyera.

—¿Y el narcótico? ¿Y la casa en la que ella estaba cuando se despertó? —preguntó, airadamente Farrell, disponiéndose a golpear de nuevo.

—¡Todo falso! —gimió Kardek—. Teatro para que ella lo creyera. ¡Lo juro!

—¿Lo harás constar en público?

—¡Sí!...

—Eso, lo dudo mucho —dijo una voz a espaldas de Farrell. Empuñando una «*Parabellum*». Cardigan acababa de aparecer en la puerta. Detrás de él se insinuaba la enorme corpulencia de McKee.

—Tire su pistola al suelo, Farrell —ordenó Cardigan—. En cuanto a ti, Allyson, voy creyendo que eres demasiado flojo para estar constantemente con nosotros. Has hecho muchas cosas, algunas bastante bien hechas, no lo niego, pero la persecución a que estás sometido constantemente por parte del F.B.I., del Intelligence, de la Seguridad y de la policía alemana, te va tornando, poco a poco, en un huésped... indeseable. Y valga decir, además, que ya no te necesitamos. Farrell, tire su pistola.

Marty tenía su arma dirigida contra el suelo. Sabía que en cuanto iniciase el más leve movimiento, la «*Parabellum*» de Cardigan le destrozaría el vientre, pero aún no se resignaba. Tan

cerca como había antevisto la victoria...

—Vas a morir, Allyson —siguió diciendo Cardigan, con su bien modulada voz—. Vas a morir como debiste haber vivido. Llorando y lamentándole. Farrell, es la última vez que le digo que tire la pistola. Dispararé contra usted si no me obedece.

En aquel momento, Allyson Kardek, poseído de un pánico violentísimo, hizo un movimiento como para escapar, aprovechando que Cardigan estaba cubriendo a Farrell. El exsecretario de Van Stroewe dejó escapar una ligera risita, apuntó a Kardek y disparó. El gigoló cayó a tierra, se retorció un momento, sin dejar de mirar a Cardigan con ojos espantados.

Pero en aquel momento perdió a los pistoleros. McKee lanzó un grito de aviso y Cardigan dirigió instantáneamente la negra boca de la «*Parabellum*» hacia Farrell, pero éste disparaba ya todo lo rápidamente que le permitía su dedo índice.

Dos manchas escarlata del tamaño de cinco centavos aparecieron en la pechera de la camisa de Cardigan. Puso los ojos en blanco, se le desprendió la pistola de la mano y cayó a tierra, muerto antes de tocar el suelo.

La tercera bala fue a incrustarse en el vientre de McKee, pero se cruzó con la que éste último envió a Farrell, y el agente sintió un ardiente desgarrón en el brazo izquierdo. Disparó de nuevo otra vez; su bala se clavó, con un repugnante sonido, en aquella montaña de grasa.

McKee empezó a chillar como un cerdo herido. Aquellos gritos taladraban los oídos, Farrell tenía los nervios de punta. Vio cómo el gordo se dejaba caer al suelo, lanzando espantosos alaridos inarticulados, y ya no pudo más. Fue casi una misericordia el que su bala penetrase en el cerebro del traficante de drogas.

Farrell, tambaleándose, se dirigió hacia Allyson. Aquel hombre no podía morir sin antes haber limpiado por completo la mancha que Alby creía tener sobre ella.

Kardek estaba vivo aún. Respiraba agitadamente, y de su boca se escapaba un hilillo de sangre. Pero Farrell estaba seguro de que esa sangre era de sus golpes, y no de la bala de Cardigan.

Lo cogió en sus brazos, a pesar del atroz dolor que supuso para su brazo herido el cargar con aquel peso, y se encaminó hacia la salida. A diez yardas más allá estaba la gasolinera en la que se

propusieran escapar los bandidos. Farrell la alcanzó, dejó a Allyson en el fondo de la navecilla y, reprimiendo las náuseas, empuñó el volante y puso en marcha el motor.

La gasolinera fue dejando una estela luminosa al dirigirse hacia Remsenburg. No llegó a diez minutos el tiempo que tardó Farrell en arribar al puertecillo. El ruido del motor había atraído a un grupo de hombres al embarcadero, y cuando vieron que Farrell llevaba a un herido y que él mismo iba sangrando, varias manos se tendieron, hacia él para ayudarle en su desembarco.

El policía de la localidad surgió del bar, agitando la porra.

—Ese bote lleva muchos miles de dólares en morfina, oficial —dijo Farrell.

—Cuídelo hasta que yo pueda telefonar a Nueva York.

—Descuide —dijo el policía, apartando a los curiosos, así que hubo echado una ojeada a la placa de Farrell—. Vamos, señores, circulen.

—Y consígame un coche para llevar a este hombre al hospital más cercano. Está malherido, pero «no puede» morir ahora. «No debe morir».

X



L sol caía a plomo sobre los jardines, haciendo brillar entre la hierba las gotitas de agua del riego reciente. La sombra de los álamos resultaba muy agradable al contrastar con el violento calor de la cancha de tenis. Farrell se dejó caer en el banco rústico, al lado de una mesita que contenía botellas de «*whisky*», un cubo con hielo y ginebra para los «cock-tails». Se sirvió un «*whisky*» doble y lo apuró de un trago, sintiendo la frescura del helado soda al tragarlo.

A su lado, míster Van Stroewe, en mangas de camisa, limpiándose de vez en vez la sudorosa frente, le observaba atentamente. Farrell llevaba aún su brazo en cabestrillo, pero seguramente que al día siguiente podría abandonar ya el molesto pañuelo. La bala de McKee no había hecho otra cosa que un limpio

agujero en la carne de su brazo. Y ya estaba casi curado.

—¿No le ha molestado hoy para nada? —preguntó.

—En absoluto. Únicamente que me hubiera gustado jugar con Alby, contra mi hermana y mi cuñado.

—Volverá a hacerlo pronto, Farrell. A propósito, yo quería hablar con usted de algo muy importante.

—¿No podríamos dejarlo para luego, por ejemplo? —preguntó Marty, viendo que se acercaba el grupo que estuviese jugando hasta entonces.

—Preferiría hacerlo ahora; si no es que le molesta.

Marty se levantó de su asiento con un ligero suspiro de desencanto, y siguió al millonario hasta el interior de la casa, que se alzaba en una especie de colina, sobre el río, y rodeada de árboles. El lujo más refinado y la más refinada elegancia habían coadyuvado para hacer de aquella casa campestre un sitio de placer. La residencia veraniega de los Van Stroewe había aparecido cientos de veces en las revistas de «Hogares» como modelo de lo que se podía hacer uniendo el buen gusto a la abundancia de dinero.

Entraron en el despacho de Van Stroewe, y el millonario se sentó en su sillón, clavando sus ojos de pez en los de Farrell. Le ofreció un cigarro, pero el joven lo rechazó con un gesto.

—He estado hablando con mi hija respecto a usted —dijo de pronto Albert, sin dejar de mirarle.

—¿De veras? Y ¿qué impresión sacaron los dos? —preguntó Farrell, con un asomo de ironía.

—Me ha dicho que usted quiere casarse con ella.

—La cosa, presentada así, no es del todo exacta —contestó Marty, inclinándose sobre la mesa—. Sin duda Alby se olvidó de decir que «ella» también quiere casarse conmigo. ¿O lo dijo?

El millonario apartó la vista por un momento.

—Puede que... sí, que haya sido así. De todas maneras, señor Farrell, quería decirle que le estoy muy agradecido por todo lo que ha hecho por nosotros. Muy agradecido. Alby está... bueno, casi curada, mejora a ojos vistas, y sólo de muy tarde en tarde... necesita la droga. Los médicos afirman que estará perfectamente bien en el invierno que viene. Hizo usted una labor extraordinaria, señor Farrell, muy extraordinaria.

Farrell se puso en pie de pronto, con violencia.

—Quisiera saber adónde quiere usted ir a parar, Van Stroewe — dijo, prescindiendo adrede del tratamiento—. Tiene usted algo entre ceja y ceja, pero no piense que me va a engañar a mí como a esos pobres diablos de Wall Street, que a una seña suya se aplican la pistola a la frente.

Van Stroewe también se puso de pie.

—Creo que no me ha entendido usted, Farrell. No comprendo el porqué de esa violenta manera de hablar. Tan sólo quería hacer ver a usted los inconvenientes de un matrimonio que no estuviera completa e inteligentemente madurado. Una fusión de dos seres ha de ir siempre precedida por un estudio detallado de los caracteres de ambos, de sus aficiones, de...

El puño sano de Farrell golpeó con tal fuerza la mesa que un tintero se volcó sobre la brillante superficie de cristal y manchó una carpeta de cuero. Van Stroewe parpadeó repetidamente.

—¡Escúcheme ahora usted, viejo pirata! Voy a llamar a Alby a esta habitación y delante de ella va usted a repetir todas esas cosas que me acaba de decir, todas esas majaderías acerca de pensarlo mucho antes de casarse. La chica quiere casarse conmigo y yo quiero también, ¿comprende? Es lo que más deseo en este mundo, aparte de verle a usted comido por las hormigas. Lo que usted quiere es impedir que podamos salirnos con la nuestra. Mucho decirme que salvé a su hija, que la he curado y demás manganillas, pero cuando llega la hora de... entonces todo se vuelve impedimentos y reflexiones. No se va a salir usted con la suya, viejo, al menos por esta vez. Alby es mayor de edad y posee fortuna propia. Pero, le advierto una cosa. Si opone usted de nuevo su ranciedad de antepasados e intenta que eso pueda ser un impedimento en mis relaciones con su hija, le prohíbo a Alby que vuelva a mirarle a usted a la cara ni a dirigirle la palabra en toda su vida. ¿Quién tiene los mejores triunfos en la manga, eh, viejo lobo? ¡Vamos, repita usted todo lo que ha dicho, pero delante de su hija...!

Farrell calló bruscamente, un poco avergonzado por su arrebato. Golpeó con los dedos el cristal de la mesa y acercó un secante a la mancha de tinta que se iba extendiendo. Albert van Stroewe le contemplaba como pudiera mirar a un cartucho de dinamita a punto de estallar.

—Dispéñseme —dijo abruptamente Marty—. Se me fue la boca.

Alby entró en aquel momento, arreboladas las mejillas, deliciosamente despeinado el largo cabello y luciendo, con sus «shorts», las más bonitas piernas que viera Farrell en su vida. La muchacha tenía tal aspecto de salud y de felicidad, que cada vez que Farrell la miraba, sentía que se le cortaba la respiración. Ahora, al verla, se preguntó si no habría algo de cierto en las palabras del viejo Van Stroewe. Si ella no estaría demasiado alta para él.

Mientras no fueron más que dos camaradas que lucharon juntamente, la idea de casarse con Alby le había parecido a Farrell una cosa sencilla, algo que ocurriría como tantas cosas ocurren: naturalmente. Pero ahora era cuando empezaba a ver qué no sería tan sencillo como se figuraba. A despecho de sus palabras amenazadoras, sabía que no tendría más remedio que revisar toda su actitud.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Alberta echando para atrás su abundante mata de cabello en un movimiento que recordaba el de una potrilla joven y bella—. ¿Qué os traéis los dos entre manos?

Farrell la miró un momento y luego, sin decir una palabra, salió de la habitación. Alby le siguió con los ojos y luego, muy asombrada, se volvió a su padre.

—¿Qué ha ocurrido, papá?

—Verás, hija... —Van Stroewe dio un rodeo a la mesa y pasó un brazo sobre los hombros de la joven—. Ese joven, Farrell, es muy... impulsivo. Estábamos charlando amigablemente, cuando de pronto se exaltó y empezó a acusarme de no sé cuántas cosas raras. Es muy excitable. A veces creo que su oficio, ese oficio en el que ha de correr tales peligros, estar siempre atento al enemigo, disparando, matando hombres, quizá haya trastornado... ¡Bueno!, no quiero decir trastornado, sino solamente desequilibrado un poco su carácter. ¿Me comprendes?

Alby se soltó bruscamente de la presión del brazo de su padre y clavó sus inmensos ojos azules en los de él.

—Papá —dijo serenamente—. Creo que estás tratando de poner la duda en mi cabeza, pero desde ahora te puedo decir que no lo conseguirás. ¡No! Ni Marty es un desequilibrado o asesino, como tan bondadosamente acabas de insinuar, ni yo pienso dejar que tus necios prejuicios me aparten de él. ¿Me comprendes tú a mí, quizá?

Ten en cuenta que si él me dice que le siga, lo haré hasta el fin del mundo. Por él soy yo una mujer como todas las demás, en vez de un guiñapo humano que se arrastra por el suelo. Por él únicamente. Y fíjate bien, aunque no me hubiese salvado, aunque fuese un hombre cualquiera, me casaría con él porque le amo. Y voy a decírselo, porque ignoro qué es lo que le has hecho creer a él.

Alberta dio media vuelta y salió rápidamente de la habitación. Atravesó el «*hall*» y salió al jardín de nuevo. Allí estaba Farrell, apoyado contra un árbol, mirando a lo lejos, hacia las figuras de su hermana y de Archie que paseaban por el prado.

La joven puso una mano en el brazo de él. Sobresaltado, Marty se encontró con las azules pupilas.

—¿Qué té dijo papá? —preguntó Alberta de pronto.

—Nada. Charlamos un rato. De veras.

—Eres muy mal embustero, Marty Farrell, quizá porque siempre has dicho la verdad. Conozco bien a mi padre. Habrá empezado seguramente agradeciéndote mucho todo lo que has hecho por mí y luego, muy probablemente, se habrá puesto a insinuar el profundo abismo que nos separa, ¿no? La barrera infranqueable de la distancia social. ¿Acierto?

Marty no pudo menos de reír al ver la penetración de la muchacha. Ésta le cogió de pronto la cara, la bajó hasta ponerla a su altura y le besó apasionadamente en los labios.

—Bueno; pues mira: ahí tienes mi contestación a todo lo que pueda decir mi padre.

—Le dije que si se oponía a nuestro matrimonio, haría que no le volvieses a dirigir la palabra, querida —dijo Marty frunciendo las cejas—. Naturalmente, no era más que una amenaza...

—Si se opone a nuestro matrimonio, yo haré que eso deje de ser una amenaza —aseguró ella firmemente—. Pero no lo creo. Cuando vea que no tiene otro remedio, verás cómo acaba cambiando de parecer.

—¿Te quedas, entonces, con la criada de color y con ir al teatro un par de veces a la semana nada más?

—Espera un poco, querido. No puedes engañarme. Sé que te van a ascender a inspector, y los inspectores ganan bastante más dinero que los agentes especiales, ¿no es así? No pienses que me contentaré con ir al teatro dos veces a la semana. Serán, por lo

menos, tres, y un día a cenar por ahí. ¿Conformes?

Farrell la besó de nuevo. Con la mano sana buscó en su bolsillo y extrajo de él un papel.

—Toma, querida. Mi regalo de boda.

La joven desdobló curiosamente el papel y al ver la letra se puso pálida como una muerta. Farrell la sujetó, sonriendo.

—Léelo. Ya verás que no me dormí. Mientras cumplía con mi deber no me olvidé de que mi futura esposa no podía tener ni siquiera la sombra de un mal recuerdo. ¿Qué te parece el resultado?

—Ne... necesito algo fuerte —dijo ella, tratando valerosamente de sonreír—. Allyson confesó que...

—Exacto. Ya puedes olvidarte hasta de que existió ese cerdo. Jamás te tocó, porque Cardigan, estoy seguro, se lo impidió. Me parece que era el único que tenía ciertos sentimientos humanos.

—No era más que un ambicioso, pero no estaba podrido como los demás. Tuvo que sufrir mucho cuando era pequeño y, por lo visto, decidió hacer que la sociedad le pagase su deuda. Descanse en paz.

Ése fue el epitafio de Cardigan, el hombre que estuvo a punto de perderla. Cuando Farrell tapó los rosados labios con los suyos, Van Stroewe apareció en la puerta y se quedó mirando a ambos con sus ojos de pez.

—Me rindo. Sé cuándo estoy vencido —dijo, inexpresivamente—. Farrell, cásese con mi hija y hágala feliz o le destrozaré con mis propias manos. Pero, por favor, deje el servicio.

Farrell se encaró con él.

¡No me diga! Me metí en él por mi gusto, no porque necesitase el sueldo. Eso lo podría haber ganado en cualquier otro sitio. No, señor. Mientras Alby no me lo exija para casarse conmigo. Y aun entonces... Bueno; no soy muy amigo de las imposiciones. Seguramente le daría una paliza, pero estese seguro, señor, de que no pienso dejar mi trabajo por ahora. M-e g-u-s-t-a, ¿comprende?

—Pero... entraría, usted en mi negocio, en cualquiera de mis negocios, subiría usted enseguida, gozaría de una posición desahogada, no correría riesgos personales...

—Alby —dijo Farrell, volviéndose a la joven—. ¿Te importaría quedarte viuda?

—¡Claro que sí! Pero peor me sentaría que tú faltases a lo que

consideras tu deber. Cuando pienso que, como yo, puede haber muchas muchachas... comprendo tu punto de vista, Marty. Debes ayudarlas, a ellas y a todo aquel que pasa por un mal momento. Sí, querido, creo que ése es tu deber. Tendré que sufrir mucho cuando te vea coger la pistola, pero me aguantaré y sonreiré encima. ¿Te parezco bien para esposa?

Se besaron de nuevo. Van Stroewe torció el gesto un momento. Luego, inopinadamente, con una sonrisa maliciosa, puso una mano encima del hombro de cada uno de los jóvenes.

—¡Ah juventud, juventud! Siempre vences. O, al menos, lo crees. Van Stroewe no ha sido vencido jamás. Seguiremos luchando, Farrell. Veremos quién gana.

—Seguiremos luchando, viejo. Veremos quién convence a quién.

Pero los ojos de Alby, fijos en Marty, le dijeron a éste que Van Stroewe sería derrotado por primera vez en su vida.



Si es usted un hombre culto y amante de la
emoción, suscríbase a la

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

¡La emperatriz de las Colecciones!

A LA OFENSIVA

¡EN UN APARTAMENTO DE LA DECIMA AVENIDA NEONYORQUINA APARECE APUNALADO UN HOMBRE!

¡LA MAQUINA POLICIACA COMIENZA A FUNCIONAR!

¡INTERVIENE EL F. B. I. !

A LA OFENSIVA

Esta es la historia de un valeroso agente especial del **Federal Bureau of Investigation**, enfrentado a la más temible y tenebrosa organización criminal. Audaces ataques, tretas ingeniosas y heroicos actos de servicio.

EDDIE THORNY

causará con esta magnífica novela una verdadera revolución en la literatura moderna, cautivando al lector con el hechizo de su narración desde las primeras páginas.

¡INTRIGA! * ¡EMOCION!
¡AVENTURAS!

DISTRIBUIDORES PARA CATALUNA Y BALEARES:

Comercial **ARPA**

UNIÓN, 30.—BARCELONA
